

# 2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO





## **Autoridades**

### **Presidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

### **Secretario de Cultura de la Nación**

Jorge Coscia

---

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

### **Presidenta**

Lic. María del Carmen Bianchi

### **Secretario**

Lic. Martín Cáneva

### **Vocales**

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

---

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | [www.conabip.gob.ar](http://www.conabip.gob.ar)

★ 2110 ★  
LA  
ARGENTINA  
DEL  
TERCER  
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular  
del BICENTENARIO

conabip  
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de  
Cultura  
Presidencia de la Nación



200 AÑOS  
BICENTENARIO  
ARGENTINO

---

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -  
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.  
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.  
CDD A863

---

### **Libro de distribución gratuita**

#### **Coordinación general:**

María Julia Magistratti

#### **Coordinación editorial:**

Esteban Gutiérrez

#### **Diseño y diagramación:**

Laura Rovito

#### **Ilustraciones:**

Pablo Bernasconi

#### **Colaboraron especialmente con esta edición:**

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional  
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

## Índice

Presentación .....	7
Prólogo de Ricardo Piglia .....	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i> .....	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i> .....	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i> .....	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i> .....	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i> .....	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i> .....	53
Juan Forn / <i>Así</i> .....	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i> .....	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i> .....	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i> .....	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i> .....	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i> .....	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i> .....	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i> .....	105
Alberto Laisecca / <i>Argentina: tercer centenario</i> .....	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i> .....	117
María Moreno / <i>El parto</i> .....	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i> .....	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i> .....	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i> .....	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i> .....	163



## Presentación

Desde el pasado que llega al presente y en el ejercicio de imaginar el futuro, la Colección Biblioteca Popular del Bicentenario, ha sido editada especialmente para conmemorar con la sociedad toda, los doscientos años de la Argentina, y los cuarenta años de la creación de esta Comisión Nacional. El libro *2110* que aquí presentamos reúne las plumas de destacados escritores de la narrativa contemporánea: Jorge Accame, Ariel Bermani, Oliverio Coelho, Marcelo Cohen, Pablo De Santis, Jorge Di Paola, Juan Forn, Elvio Gandolfo, Angélica Gorodischer, Daniel Guebel, Luis Gusmán, Juan Diego Incardona, Federico Jeanmaire, Martín Kohan, Alberto Laiseca, Guillermo Martínez, María Moreno, Sergio Olguín, Claudia Piñeiro, Federico Romani y Sara Rosenberg. Su prólogo está a cargo de Ricardo Piglia y las ilustraciones son de Pablo Bernasconi.

El futuro es siempre incertidumbre y desvelo. Su horizonte crea imaginarios y sentido para el presente. El título *2110*, emula la gesta orwelliana y vincula también la tradición de nuestra literatura de mediados del siglo XX cuando la ciencia ficción despierta como género, caudalosa en fantásticas especulaciones sobre el año 2000.

Los escritores aquí reunidos cuentan libremente y en clave prospectiva instancias de la vida del próximo siglo. Como arqueólogos del futuro, iluminan modos de habitar, relaciones, construcciones, escenarios y desenlaces posibles. Fundan también, en este gesto de pensarnos y soñarnos en un espacio-tiempo apenas vislumbrado, una confrontación constructiva con nuestro presente.

En su prólogo, Ricardo Piglia, a quien la CONABIP agradece especialmente su aporte fundamental para la elaboración de este libro, ha imaginado que –en un futuro muy lejano– un célebre ensayista, experto en todo tipo de lenguajes y cuyas obras son apreciadas en todo el vasto universo es requerido para escribir un prólogo a un volumen cuya fecha de edición es incierta. Piglia imagina que el investigador reconstruye la realidad histórica a partir de los relatos de este libro.

Todo hace suponer que las Bibliotecas Populares, protagonistas desde hace 140 años de la vida cultural de los argentinos, atesorarán este material como sólo ellas han sabido hacerlo con muchos libros cuya



sobrevivencia llega hasta nuestros días gracias a su cuidado. En las horas oscuras de la historia, han llegado hasta el extremo de enterrar material bibliográfico de valor para evitar la censura, la expropiación y la hoguera. Anhelamos que en el Tercer Centenario de la Patria, este libro se “desencripte” en alguna de las 2000 Bibliotecas Populares que son hoy sus depositarias. Y, en el juego dialéctico que proponen estos relatos, les hable de aquella –su– realidad como así también sirva entender significativas claves de nuestro presente –su pasado.

Queda abierta la incógnita acerca de las coincidencias con ese futuro; incógnita que sólo podrán develar las nuevas generaciones lectoras.

Lic. María del Carmen Bianchi  
Presidenta  
CONABIP





Esta Antología reúne una serie de relatos de ficción escritos en la primera década del siglo XXI donde se narran hechos que imaginariamente sucedieron en los primeros años del siglo XXII. Algunos historiadores sostienen sin embargo que este libro fue escrito en la primera década del siglo XXII *finjiendo* haber sido compuesto cien años antes. Cualquiera sea la dilucidación de este dilema, se trata de uno de los testimonios más antiguos de la práctica literaria en los tiempos de expansión de la cultura web previos a su brusco viraje y a su crisis.

La Antología o *Libro de Quequén*, –llamado así por haber sido encontrado en las cercanías del puerto de ese nombre a orillas del mar Atlántico– fue descubierto por Armeno y su primo Roque, dos pescadores de los buques factoría chinos quienes, al echarse a dormir la siesta en los bajos de un emplazamiento arenoso, vieron el libro entre las ruinas, en un pozo bajo una viga de hormigón. Se cuenta que Armeno lanzó el libro al mar “por carecer de conocimiento sobre la importancia del hallazgo” (**Xul news**). El mar lo devolvió a la playa, muy deteriorado pero íntegro, y el ejemplar permaneció en la arena bajo el sol hasta el atardecer. Por eso algunos historiadores lo han denominado *El Libro del Naufragio*. No es una botella al mar, pero es un mensaje enviado varios siglos atrás desde una isla de edición perdida en tiempos lejanos.

El volumen se encuentra desde hace meses en la sala restringida de la Biblioteca Nacional. Su estado de conservación –y la tradicional escasez de fondos de la Biblioteca– impide por el momento resolver con certeza el enigma de su fecha de edición. Esta incertidumbre temporal parece formar parte del concepto de ficción al que la antología quiere adscribir.

La crítica filológica –básicamente la corriente actualmente en boga en el departamento de lenguas clásicas de la Universidad de Buenos Aires– analiza esta antología como testimonio del momento en el que los escritos literarios todavía estaban firmados por sus autores aunque asediados ya por la expansión de las escrituras conceptuales del cyber, el anonimato generalizado de los blog, las identidades virtuales del facebook y el twitter, las intervenciones y modificaciones libres de los textos en las interferencias **ram** y los conectores **net**. Esas remotas tecnologías –que aspiraban a la divulgación, a la traducción automática y a la escritura generalizada pusieron en cuestión la noción de autoría, de creación individual y de

originalidad. *La literatura debe ser hecha por todos y no por uno*, la frase del uruguayo Lautremont fue la consigna literaria de la época.

Por su parte la corriente historicista de la escuela de Bahía Blanca considera que estos relatos son documentos etnográficos de una cultura en crisis y el nombre de sus autores simples registros de la identidad de los informantes. Los textos de la Antología –según esta hipótesis– habrían tomado la forma del testimonio, la autobiografía, el reportaje periodístico, la crónica, para hacer ver la ficción en la realidad y ya no –como en el realismo mimético del siglo XXI– la realidad en la ficción. Los historiadores lo consideran el único archivo existente de una época de transición, un mapa del momento en que la realidad –construida por los medios, las tecnologías y las ciencias– pasaba a ser un espejismo. Estos relatos del siglo XXII –según las hipótesis más radicales– eran ficciones poderosas capaces de *entrar* en ‘la realidad’. Una realidad mutante, aterradora, que incluía sueños, mitos, delirios, mundos virtuales, catástrofes reales y hechos imaginarios. *La historia es una pesadilla de la que trato de despertar*, la legendaria postulación de Stephen Dedalus, es uno de los fundamentos del nuevo historicismo.

Cualquiera sea la posición que se adopte en el debate es preciso señalar la importancia de estos relatos cuyo ciclo –al menos en el área del Río de la Plata– hace referencia explícita al segundo y al tercer centenario de la Revolución de 1810. En el siglo XXI la democracia era una utopía que los jóvenes estados americanos estaban realizando en la tierra pero ya en el siglo XXII esa realidad se había vuelto anacrónica y la dispersión y el desorden de los estados individuales la habían convertido en un recuerdo. Mi abuelo –si me disculpan esta interferencia personal– recordaba haber recibido de su abuelo y éste del suyo, el relato mítico de los fastos del segundo centenario cuando grandes carromatos reales pasearon por las calles asfaltadas del centro de la ciudad con estampas y figuras de la historia. Se comenzó con los pueblos originarios y se llegó hasta aquel lejano presente. Sólo tenía la patria entonces cien –o doscientos– años, pero ya se pensaba altiva y antigua, aunque vista desde nuestra distancia axial era apenas un segundo –o dos– en la interminable hora de la historia. Miramos hoy con ironía pero también con admiración el entusiasmo de aquellos tiempos. Cerca de tres millones de personas salieron a la calle para ver la representación. “*Es mejor que verlo por televisión*” dijo un testigo presencial captado por las cámaras –una asombrada joven de ojos claros (**Xul.History**)– y su frase aún nos emociona a todos. Todavía eran posibles las experiencias directas, aunque la epifanía de la muchacha anónima muestra que comenzaban a ser sorprendentes y escasas.

A medida que avanzo en el estudio de este libro presiento –con nostalgia como si ya los hubiera vivido y olvidado– de qué estaban hechos aquellos años remotos. Sufro el mal de los historiadores, de tanto imaginar cómo eran los hombres del pasado me convierto en uno de ellos y me siento desorientado y extraño –un muerto vivo– en el presente interminable. Mi módica propuesta es restituir –en lo posible– el contexto histórico y las referencias implícitas en los relatos de la antología. Para entender el secreto mensaje que nos ha llegado desde esas épocas remotas conviene navegar hacia atrás en el río del tiempo.

El texto que ha generado más controversia es “Infierno grande”; muchos investigadores sostienen que hay rastros de este relato en un libro –ya legendario– del mismo título que se publicó unos años antes del segundo centenario. No existe ningún ejemplar pero circula en **Xul** una vieja copia web considerada por los jóvenes cuentistas del siglo XXI un libro de culto. Está escrito en primera persona por el dependiente de un almacén –local cerrado donde se vendían personalmente los alimentos. Los protagonistas se asombran por la presencia de uno de los primeros televisores de color, es decir que el relato narra hechos sucedidos en la segunda mitad del siglo XX. Algunos detalles deben ser aclarados. Los médanos por ejemplo eran dunas de arena a veces móviles y nómades y otra vez fijados con arbustos que bordeaban las playas del sur. Desaparecieron luego de las grandes crecidas oceánicas pero se conservan imágenes de la zona de Gesell (**cf. Tlön.9**) a la que se refiere también un relato de este libro que consideraré más adelante.

La misma incertidumbre temporal produce el relato de Luis Gusmán: en aquellos tiempos el fuego era una amenaza real y un grupo de voluntarios uniformados patrullaban en coche bomba las calles a la caza de un incendio. El texto está fechado con exactitud (martes 18 de enero de 1994) es decir diez y seis años antes del segundo centenario pero se extiende hasta el 2004 por lo que algunos investigadores sostienen que los festejos del bicentenario pudieron haber comenzado algunos años antes con la llegada del crucero Odessa a las provincias del sur. El pronóstico que se enuncia sosegadamente en la frase “Los muertos anuncian el futuro” podría ser el modo de anticipar en este relato el llameante –o ardiente– porvenir. No hay que olvidar que el autor –según **Tlön 008**– fue uno de los mayores expertos en espiritismo y psicoanálisis de su época.

El relato “Lombok” de Jorge Accame narra con una prosa rápida y muy eficaz una versión desviada –e hindú– del pacto con el diablo y resuelve con una elíptica alusión (“Anoche leyó sobre un problema financiero en Argentina. (...) Es la crisis más grave de los últimos años”) su incertidum-

bre cronológica al remitir la anécdota al tiempo incierto y circular de las periódicas (¿o futuras?) crisis económicas argentinas.

“El arte del espectáculo” repite los juegos con el tiempo y es parte de un texto con el mismo nombre difundido originariamente en la web. Gardel es conocido por todos y su voz sigue mejorando y ahora mismo lo estoy escuchando cantar *Viejo smoking*. Di Paola es autor de la eterna novela *Minga!* una de las obras cumbres de la literatura rioplatense. Su calidad estilística es tal que no ha podido ser invadido con intercalaciones **ram** porque nadie puede escribir con esa prosa y los injertos se notan a la lengua. Su fama universal ha hecho que muchos autores y artistas hoy olvidados sean recordados sólo por haber sido amigos de Dipi y estar citados en alguna de sus inolvidables páginas (por ejemplo el desconocido autor polaco cuyo apellido aparece en el título del relato autobiográfico de Di Paola llamado *Tango Gombrowicz*) (**Xul 05**).

Daniel Guebel reconstruye –bajo la forma de un testimonio personal sobre el arcaico mundo de las ferias populares- las costumbres de los suburbios que rodeaban a Buenos Aires hacia mediados del siglo XX. Utilizando su estilo emotivo y sarcástico, que lo ha hecho célebre (**cfr. Tlön 6**) Guebel refleja en estampas costumbristas su visión del horror de un submundo atrozmente familiar. Los críticos han asociado este relato con las aguafuertes de Roberto Godofredo Arlt, el mayor escritor de la baja antigüedad rioplatense, pero Guebel ha renovado esa fórmula al desentenderse del presente inmediato y reflejar una realidad histórica.

La rememoración de De Santis con su elegante resolución a la Edgar Poe, también trabaja con el anacronismo deliberado y se instala en 1984. Por medio de la sugerente presencia del profesor Abestur “que recibe imágenes del futuro” insinúa las formas de la arquitectura del porvenir, (“construcciones con pinzas de cangrejos, largas patas de insectos acuáticos, alas de libélula, murallas de telaraña”) y da así testimonio de las *ciudades biológicas* del litoral entrerriano que renovaron el urbanismo del cono sur a mediados del siglo XXI.

Consideraremos ahora una serie de relatos que eluden registrar los hechos políticos pero narran sus consecuencias. Algunos historiadores de la antigüedad han señalado que la descripción del conurbano bonaerense en el relato de Incardona alude a una suerte de “extraño *Chernobyl* deliberado que destruyó la zona con sucesivas remisiones territoriales y múltiples catástrofes ecológicas” (**Cfr. Solar.9**). Narrado por el hombre regenerativo, una especie de *stalker* que atraviesa “los climas paranormales del cordón suburbano” sorprendido por los restos arqueológicos de

fábricas y automóviles pertenecientes a las décadas pares 2040, 2050, 2060. No hay referencias directas en el relato pero los teóricos de la *thick description* sostienen que el ambiente aterrador confirma la conjetura de que el movimiento peronista sólo pudo haber sido derrotado por una intervención extraterrestre que sepultó en una ruina biopolítica a los cinturones electorales del Gran Buenos Aires (**Solar.9**).

La sensación de carencia de masas, de ausencia de multitudes y de desaparición de los vecinos de los barrios populares –típicos de ese período oscuro– aparece también en el relato de Coelho que asimismo registra las altas temperaturas artificiales, las arterias laberínticas, los edificios abandonados y hace notar los rasgos de la ciudad “inusualmente vacía y ordenada [...] que ya no se parece a Buenos Aires”. Además de sus referencias a los movimientos extraparlamentarios de aquella época se debe señalar que el protagonista de este relato fechado en 2075 es el “último miembro de la Logia de Desocupados Vocacionales”, nítido rastro del post peronismo, reforzado por la alusión a “los tres diputados y un senador, representantes [...] de las fuerzas políticas que habían promulgado la Ley de Trabajo Obligatorio”. Los historiadores señalan que esas leyes no hubieran podido ser dictadas en tiempos del movimiento y fechan así los hechos narrados (**Solar.8**).

Por su parte la crónica de Romani, con su precisa descripción del desierto urbano también parece responder a dicha periodización. La referencia a la secta de “Los Profetas de la Hora Seca” es un testimonio de las luchas de los grupos dispersos de la llamada *Tercera resistencia*. Algunos analistas sostienen que las adicciones químicas sugeridas en el texto son un efecto de la despersonalización social de esos tiempos sin esperanza. Todas estas puntualizaciones son conjeturales porque los relatos, lejos de tematizar sus claves políticas, narran los hechos desde la conciencia “baja” y “ciega” de los sujetos de la historia.

En resumen, estos textos apocalípticos de los jóvenes escritores son testimonios indirectos de un tiempo catastrófico. Puede inferirse además que, paralelamente a la zona devastada, existían ciudades cerradas y que el país estaba dominado por mutantes que habían logrado por fin imponer sus pretensiones liberales neo-republicanas.

Algo de eso se desprende del relato de Jeanmaire, que transcribe un muy emotivo reportaje periodístico a un anciano de la época. La clave ahí es la aparición de nuevas tecnologías de control como “la red de caza furtivos” que capturan a las “motos celestes” de los jóvenes aéreos quienes hacia el final responden con nuevas formas espontáneas de lucha (las



navajas que cortan las redes). Lo mismo podemos decir del sistema de prisión privada en el relato de Claudia Piñeiro con su novedoso sistema de medición del tiempo y su representación ominosa de un sucio terror claustrofóbico. La pulsión alegórica del relato gira en torno a una capucha de arpillera y a la desprotección psíquica del protagonista (“el psicoanálisis murió en el siglo XX”) que por momentos parece enclaustrado en una cárcel personal entre sus heces, su dinero y sus recuerdos falsos. Sin nombre, el personaje cree a veces ser un secuestrado, a veces un policía, a veces una mujer hasta que al fin –en un cierre narrativamente muy eficaz– elige ver –por fin– la realidad con sus propios ojos. En el caso de “Garúa”, el sensible relato de Sara Rosenberg vemos los efectos urbanos de esa catástrofe ecológica, con las lluvias interminables que disuelven la realidad de Buenos Aires. El texto se concentra en la conciencia de un cuidador del Zoo y varios antropólogos han querido ver en la cálida despedida del final y en el gesto melancólico del gorila que da nombre al cuento una referencia irónica a olvidadas nominaciones políticas.

La intensa crónica de María Moreno con su combinación de parto y peronismo (“La Columna Norte. La Orga”) ha sido considerada por los investigadores un sutil recuerdo de la tradición gauchesca del cielito *El fiord* de Osvaldo Lamborghini. Sin embargo el texto por su ferviente feminización revolucionaria y su precisión técnica (“El hecho que haga subjetivas de los pensamientos de los personajes no es un error de estilo. Está conectada a la Paraconciencia de Cohen”) parece exceder ese canon y acercarse a los procedimientos del nuevo periodismo marginal que Moreno ha ayudado a inventar desde los tiempos de su memorable *samisdat Alfonsina (Tlon 2)*.

El testimonio de Laiseca es un intento de negar el escepticismo historicista que siguió a la catástrofe y un llamado a respetar la función específica de la ficción literaria. Puede ser leído como uno de los últimos manifiestos dedicados a defender la utilidad pública de los novelistas en tiempos de lisa modernización pragmática (“En teoría alguien que piensa dedicarse a la ingeniería no necesita leer cuentos o novelas. Pero no es así, puesto que la ficción enseña a imaginar”). Con su reconstrucción autobiográfica de los antiguos provincianos y su referencia a perdidos acontecimientos del siglo XX, esta nueva Catilinaria describe un momento de trasmutación de la cultura literaria –bajo la forma de una premonición admonitoria: “El problema de hoy es que cada vez se lee menos y esto pone en grave peligro la civilización humana”.

La conmovedora historia de amor que cuenta Olguín –que parece retomar la leyenda inglesa de una imposible pasión adolescente– es una

reconstrucción compleja y eficaz de esos años inciertos. Gestación biológica artificial, nuevas legislaciones represivas y nuevos métodos de control y de encierro son el marco científico y jurídico de la separación absoluta de los sexos masculino y femenino, que recuerda las utópicas divisiones político-sexuales postuladas por Williams Burroughs, Olguín es recordado hoy con entusiasmo por las jóvenes generaciones rebeldes como el director del fanzine *Con V de Vian*, cuyo enigmático título alude, según se afirma, al virus que liquidó gran parte de la red de bibliotecas virtuales del territorio de Avellaneda (**cf. Xul 03**).

Angélica Gorodischer, autora insigne del eterno *Kalpa imperial*, sitúa su relato en el Gran Rosario, en la región árida en los tiempos inmediatamente posteriores a la catástrofe. Los historiadores aseguran que en esa ciudad también se habrían producido las intervenciones destinadas a modificar el mapa electoral. En el relato, un poderoso clan que controla la región –y publica su propio diario con noticias familiares– decide salir de su casa amurallada para hacer un picnic y festejar el inminente casamiento de una de sus herederas. El relato contado con la gracia y los tonos orales clásicos de Gorodischer, se cierra con un oscuro contacto indefinido. Algunos críticos han sostenido que se trata del cruce con los aliens a los que alude la crónica rusa ***Piknik na bochorne*** (Picnic extraterrestre) de los hermanos Stugatsky, quienes han registrado los efectos del rápido aterrizaje de un vehículo interplanetario que sale de su ruta cósmica para hacer un picnic en la tierra, como quien baja de la autopista y se instala en un parque aledaño. La basura y los restos que dejan en su breve pausa dominical tienen consecuencias incomprensibles y catastróficas para la zona infectada. En el relato de Gorodischer, el picnic terrestre se interrumpe por una extraña aparición o posible encuentro que (con su conocida sabiduría narrativa la autora no aclara ni identifica) produce la fuga o el secuestro de la novia prometida. Los filólogos de la UBA sostienen en sus congresos que un picnic remite al otro, pero las pruebas que presentan son –como es clásico en la crítica poscolonial– arbitrarias y conjeturales por no decir aberrantes (ver ***Viterbo 7***).

Consideraremos ahora una serie de relatos que son –a mi entender– posteriores a la gran crisis. Se repite aquí la discusión sobre la cronología: escritos en el siglo XXII estaban cerca de los hechos, escritos cien años antes, los prefiguran. No nos interesa ese debate eclesiástico ni tampoco las hipótesis del ridículo Doctor Anselmi con sus resonancias malévolas y su inconsecuencia metodológica. Con los datos que actualmente tenemos sobre ese período y los nuevos hallazgos arqueológicos es posible una reconstrucción relativamente aceptable de los hechos. Luego de un período de larga oscuridad se produjo el viraje, como consecuencia del cual toda la geografía política se modificó. Veamos.

El relato de Kohan –con su técnica del iceberg a la Hemingway– parece referirse, sin nombrarlo nunca, al decisionismo político del tercer centenario cuando el gobierno social demócrata –ante la crisis mundial y el incremento sideral de las exigencias financieras internacionales– decidió trasladar la República Argentina y sus instituciones a la isla Martín García. El estado nacional con sus tres poderes instalados en la isla debía honrar los compromisos jurídicos adquiridos en su historia, mientras que el vasto territorio continental iniciaba una nueva etapa con el nombre de República del Río de la Plata, libre ya de la deuda externa, de su pasado trágico y de los tratados preexistentes de los que debía responder ahora la Argentina peninsular (ver **Solar 77**). Kohan, que no explicita –ni conoce, quizás– estas causas, imagina sus consecuencias y denomina al hecho metafóricamente El Gran Replique. El narrador situado describe con aguda intensidad el momento en que cientos de ciudadanos argentinos fueron extraditados a la isla. El título de su texto con la alusión a Domingo Faustino Sarmiento parece criticar las soluciones civilizatorias por sus costos sociales y sus efectos no deseados.

Comenzó ahí una nueva época en las provincias del sur que los anales históricos han registrado como *La patria invertida*. La nación argentina se desplazó con todo su pasado y dejó un territorio libre, en el que se inició una nueva era libre de deudas (en todo sentido) y sin el peso de la herencia recibida de gobiernos anteriores. Comenzó entonces un proceso de construcción histórica a partir de cero que llegó hasta fines del siglo XXII (**Solar 79**). El resto de los relatos de la antología deben ser localizados en esa situación y son crónicas de los nuevos tiempos.

“Nombres de calles” de Bermani parece fijar el momento inmediatamente posterior al cambio cuando la joven república comenzó a reescribir su historia y fue necesario modificar el registro de los próceres y de las instituciones; las nominaciones se volvieron fluidas porque la nueva historia afectó la nomenclatura de la realidad. Algunos no querían a Rivadavia y otros no querían a Mitre. “Rosario antes se llamaba Venezuela, Santo Domingo se llamaba Belgrano, San Francisco, Moreno y San Carlos, Alsina [...] ¿Por qué le cambiaron los nombres? Eso quiere saber, por qué le cambiaron los nombres”.

El relato de Gandolfo se instala en los tiempos en que la región ha resuelto ya sus problemas políticos y económicos pero enfrenta una oleada de grandes catástrofes climáticas mundiales. Gandolfo registra al pasar la existencia de la nueva historia (“cuando el tiempo empezó a ser medido de otra manera”) y se instala –como Gorodischer– en el gran Rosario, –donde ya parece regir la nueva constitución con “la ley nacional/extranjero”– y hace ver con rápidos toques realistas las nuevas realidades,

en especial la incertidumbre del nombre propio (“los registros exigían siempre un nombre y un apellido distinto”). El relato fija en una lírica estampa emocional una pequeña historia de amor y se cierra con una discreta alusión al nuevo aniversario de la patria (“Mayo, dijo Teresa Camus. Mayo, contestó Ciriaco Yu”). Recordado en la **Xul** por sus admirables crónicas culturales de la sección *Polvo de estrellas*, Gandolfo se ha mantenido ajeno a las modas, siempre fiel a su sencillismo costumbrista, típico del Neo Boedo rosarino (cfr. **Tlön. 55**).

El texto de Forn es uno de los últimos testimonios que nos han llegado de la época de los sueños privados, antes de la expansión comercial del **Sky** con su acceso libre y generalizado al mundo onírico. El texto está situado en Gesell y su tranquila cualidad alegórica permite inferir una utopía esperanzadora sobre las nuevas pertenencias colectivas. “Seguimos siendo parte de ese fluir, de esa deriva fraternal. [...] El sueño nos iguala, el sueño nos fraterniza: hermosa idea. [...] Yo no sé si los sueños hablan del pasado o del futuro, pero en este instante panorámico de nuestra historia me alcanza con la idea de que hubo un tiempo, o lo habrá tal vez, en que seremos o supimos ser así”. Forn, uno de los más legendarios nadadores de la costa, ratifica en este relato su cualidad estilística y confirma la luminosa comparación pavesiana entre nadar y narrar.

Cohen –en este relato, pero también en su monumental obra narrativa– (cfr. **Tlön 77**) es el cronista imaginario de la tercera época. Sus libros han cartografiado el nuevo territorio, han definido su nuevo sistema político (La democracia gentil), canonizado el nuevo lenguaje y establecido los criterios axiológicos. “Por mi parte, creo, en efecto, que en cierta forma los sistemas nos inducen a querer lo que queremos; que si existe una autenticidad es la de buscar aquello que no queremos, lo que nos enseñaron a no querer, creo que en lo puramente detestable puede germinar la nueva ética”. Incluso el título de la obra de donde hemos extraído la cita (*Donde yo no estaba*) parece referirse a la nueva situación territorial. Cohen es conocido por otra parte por su notable crónica sobre los modos de leer en los transportes públicos de Buenos Aires (cfr. **Xul.99**) que es hoy texto obligatorio en las clases de antropología cultural de nuestras universidades y casa de estudios. Su relato en esta antología está contado en primera persona por su Heródoto, el *sociólogo fantástico*, que capta aquí un instante fugaz de la vida cotidiana de las nuevas regiones donde parece renacer la violencia gratuita y la tentación del mal.

En este sentido podemos recordar el relato de De Santis con su sugerente conclusión que sirve en cierto sentido de síntesis a lo que hemos dicho hasta aquí: “No debemos preocuparnos por diferenciar lo verdadero y lo falso, sino el bien del mal”. Esa precisión permitiría ordenar los

textos antiguos bajo la forma de las grandes sagas. La magia como tradicional respuesta al dilema del bien y del mal, es –por ejemplo– un elemento básico en las novelas históricas de Laiseca y en especial en su célebre tratado *El jardín de las máquinas parlantes* (cf. **Tlön.07**) mientras que en Cohen el mal que rige sus historias, se ha secularizado y la magia ya no tiene lugar.

Entre el relato de Martínez, con su elíptica alusión al posible militante político que llega al pueblo y va a ser asesinado, y la áspera percepción utópica de los flujos urbanos de Marcelo Cohen, han pasado casi dos siglos. El futuro de esos relatos es ahora nuestro pasado. Jamás podremos percibir el presente en su interminable presencia pero podemos –es nuestra esperanza–, imaginar un futuro en el que nuestras incertidumbres actuales sean ya un recuerdo olvidado.

El estado del lenguaje utilizado en los relatos parece obedecer a las reglas del español escrito en el período de la gramática unificada anterior a las grandes transformaciones lexicales y sintácticas de la alta era web y a ese lenguaje he sometido este prólogo. Lo he fijado y reglamentado con los procedimientos de traducción automática de los **sensores Quain** a los que mis eventuales lectores también pueden recurrir en caso de duda sobre el sentido de alguna frase en los relatos de esta antología. Hemos preferido conservar el lenguaje original de los textos con sus arcaísmos múltiples –y su remota sintaxis– para no alterar los dispersos dialectos rioplatenses que lo constituían.

El prólogo inicial firmado por Ricardo Piglia fue el texto más afectado por la permanencia del libro en las aguas del mar. Sólo han sobrevivido algunas frases aisladas.

*Vivimos en un tiempo que es ciego al futuro, por eso es auspicioso leer estos...* y luego más abajo *La literatura no representa la realidad, la literatura postula una realidad que puede ser reconstruida imaginariamente* y por fin al final: *Escribo este prólogo en Temperley el 11 de junio de ...* Eso es todo lo que ha quedado del prólogo pero hemos querido sin embargo reponer el nombre de su autor para que esta reedición **Xul** conserve el marco del libro original. Será un modo también de rememorar a este olvidado autor de quien sólo ha perdurado el recuerdo de su amistad con la escritora uruguaya Amalia Ibáñez, según una nota al pie de una de las tesis dedicadas a la autora, en la que se afirma que el *Ricardo* del legendario poema *Tekhnai en Luján* era él.





La combi se desliza a toda velocidad por la avenida sin calles laterales. La gente está condenada a vivir al costado de la ruta, no tiene acceso a ningún territorio más allá. Cuando termina la zona urbana, empieza abruptamente la selva.

Nadi Suarsana, el guía, muy joven, habla un español tartamudo, e intenta explicarles a Sergio y a Cecilia las costumbres de los balineses.

–Normalmente ...

A Sergio le gusta cómo Nadi dice “normalmente”. Es una palabra en sí misma graciosa, casi sarcástica, porque no existen cosas normales en esa parte del mundo. Nadi la usa como una muletilla, para ganar tiempo y no quedarse en silencio cuando tiene que pensar una frase difícil.

A esa altura del paseo, los nombres de los lugares se extienden sobre imágenes que no les pertenecen por completo. Los templos hindúes se mezclan con el palacio y el museo de Tanah Lot y la cabeza hace un esfuerzo inútil por mantenerlos separados.

Frutas perfumadas, colores, piedras que tienen significado histórico junto a otras que no lo tienen desfilan por la memoria sonriendo burlonas y desafían: “¿Dónde nos viste? ¿Fue en Sanur? ¿O en Benoa? Idiota. ¿Para qué gastar dinero viajando si no vas a recordar?”

–Nadi – dice Sergio, tratando de espantar la bandada de superposiciones. ¿Cuántos años tenés?

El guía hace un cálculo.

–Cincuenta años. En Bali, año dura seis meses.

Cecilia bromea diciendo que está feliz de haber nacido en occidente.

–¿Cómo se divierten los jóvenes aquí? ¿Salen a bailar?

–Hombres con hombres, mujeres con mujeres. A veces, mis amigos y yo reunimos y matamos un perro.

Cecilia hace una mueca de rechazo. Sergio se lamenta por no haber viajado a Italia o España.

Llegan al hotel con la puesta del sol. Se despiden de Nadi, le desean buenas noches.

Se duchan, hacen el amor y se visten. Cenar langosta en la orilla del mar en un restaurante al que acceden por un camino de antorchas. De regreso, en el hotel hacen el amor de nuevo.



La mañana siguiente, Sergio llama a Nadi. Desea ir a Ubud, dice que debe comprar unas artesanías.

Nadi y el chofer lo esperan en la puerta del hotel después de mediodía. Sergio sale, saluda al conserje y sube a la combi.

–¿No viene la señora Cecilia? –pregunta Nadi.

–No –responde el hombre. –Vamos solos. Cecilia se fue esta mañana.

Nadi sonríe.

–Me abandonó –explica Sergio.

El muchacho no comprende bien.

–¿Abandonó, adiós?

–Abandonó adiós.

–¿Nadi puede preguntar por qué?

–Dejó una nota, me robó todo el dinero.

Nadi lo contempla. Trata de entender.

–No sé cómo regresar. Me quedan 177 dólares.

–¿Hotel, comida? ¿Pasaje de vuelta?

–Hotel, comida y excursiones están pagos hasta mañana. Pasaje de vuelta no saqué. Se acabó.

–¿Tarjetas de crédito?

–Llegué al límite.

Nadi se agarra la cabeza. Traduce al chofer, que asiente.

–¿Por qué tu señora Cecilia hace esto?

–No es “mi señora” Cecilia. La conocí hace unos días en Kuala Lumpur.

–¿Qué dice nota?

–Anoche leyó sobre un problema financiero en Argentina. Que la perdone por llevarse todo.

Nadi traduce al chofer. Hay un silencio largo.

–¿Y qué va a hacer el señor Sergio?

Sergio cabecea.

–No sabe. Es decir, no sé. Cualquiera cosa para volver a mi país.

Llegan a Ubud. Caminan por las calles, miran el palacio desde lejos.

Sergio no compra artesanías.

Al regreso casi no hablan, la tarde cae. La cabina de la combi va oscureciéndose. Nadi canta canciones balinesas. Sergio apenas puede distinguir su silueta en la penumbra.

Esa noche seduce a la camarera que lo atiende en el restaurante tailandés del hotel y la lleva a la habitación. Es bonita, tiene ojos largos y grandes y cuerpo de junco. No hacen el amor, él no quiere y quizá ella tampoco. Se abrazan, cada tanto Sergio le acaricia los pechos y la pulpa de la entrepierna, hasta que se quedan dormidos. Los despiertan unos golpes en la puerta. Sergio se levanta y atiende. Es Nadi.

-Disculpe. ¿El señor Sergio tiene un minuto?  
Sergio entra al baño, se echa agua en el cuello. Le dice a la chica que ya vuelve y va con Nadi al bar. Piden café.  
-¿El señor Sergio ha pensado qué hacer?  
Sergio prende un cigarrillo.  
-Llamé a mi padre y a mis amigos. No pueden ayudarme. Es la crisis más grave de los últimos años. Mañana voy a ir a la embajada de mi país.  
Nadi permanece expectante unos segundos.  
-Sí, el señor Sergio puede ir a la embajada y esperar ayuda. Quizá le den, quizá no.  
-No tengo opción.  
-Quizá no, quizá sí. Normalmente, hay muchos ratones en Lombok.  
Sergio lo mira perplejo.  
-¿Ratones? ¿En Lombok?  
-Comen toda la cosecha. El pueblo no tiene alimento.  
Sergio está por decir “pobre gente”, pero no lo hace. La conversación ya le parece demasiado rara.  
-Deben hacer sacrificio humano al dios de los ratones para salvarse.  
Sergio sigue mirándolo.  
-Ah -dice.  
-Nadi tiene amigos en Lombok. Sacerdotes. Pidieron que pregunte al señor Sergio si quiere. Ellos pagar pasaje de vuelta a su país.  
Sergio tiene poca sensibilidad en el cuerpo, se toca la piel adormecida de los brazos.  
-¿Y yo qué tengo que hacer?  
-Sacrificio humano.  
Sergio toma café, sin dejar de mirarlo. Se imagina en una pirámide parecida a las aztecas y al sacerdote con un cuchillo en una mano y su corazón chorreando en la otra.  
-Normalmente, cuando Ud. muere, dona su alma a Lombok para el dios de los ratones.  
-Cuando muero... ¿De muerte natural?  
El guía se queda en silencio. Luego ríe.  
-Sí, muerte natural. No, no matan al señor Sergio. Ud. muere en su casa, su país, anciano, pero alma regresa aquí para siempre.  
-Con el dios de los ratones.  
Nadi ríe otra vez, ahora complacido.  
Sergio podría considerar que Nadi y sus amigos sacerdotes están locos, pero se encuentra en Indonesia, su amante lo abandonó, no tiene dinero. La proposición es seria. Le dice a Nadi que lo pensará y lo llamará por la mañana.  
Cuando llega a la habitación la camarera ya no está. Se ducha y se extiende desnudo sobre la cama.

Sergio sube al barco. La noche está estrellada, hay manchas blancas en el cielo, pero no puede distinguir si son nubes o galaxias. Nadi, apoyado en la baranda, sonríe como siempre.

A medianoche unos hombres con pareos y él acordarán que su alma será del dios de los ratones cuando muera. Quizá firmen algún papel.

Venderá una sustancia liviana e improbable. Esa venta le permitirá regresar a Buenos Aires. Se pregunta si es una estafa. De ninguna manera: en el peor de los casos se desprenderá de algo que él no aprecia demasiado. Se trata de un negocio como tantos otros. Como una venta de órganos. Un órgano poco consistente. De precio incierto. Un paso sencillo, quirúrgico, que le dará el pasaje de vuelta a su patria. El alma debe tomarse como una inversión riesgosa, puede que no valga nada, o puede valer más que la vida. ¿Y si lo estuvieran estafando a él?

Por primera vez desde que aceptó el trato piensa si después de la muerte tendrá que pagar. Si un gran ratón vendrá a buscarlo y lo obligará a seguirlo. Un ratón en nada parecido a Mickey, un ratón del infierno hindú. Un ratón que él no conoce.

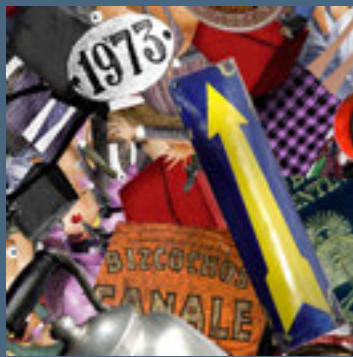
O si el buen dios argentino estará esperándolo como a un hijo pródigo; le palmeará la espalda, soltará una carcajada de trueno y le dirá: “Te pasaste, pibe, los jodimos otra vez”.

Mañana embarcará en el aeropuerto de Denpasar; pronto estará tomando un mate en su departamento de Balvanera.

Mira Bali desde la popa. Ve las luces de la explanada del hotel donde estuvo con Cecilia, cree identificar la habitación en la que hicieron el amor.

Ve también la grieta que abre el bote en el mar. Según Nadi, en dos horas llegarán a Lombok.





Rosario, antes, se llamaba Venezuela –le digo.

Me mira. Abre bien los ojos para mirarme.

Santo Domingo se llamaba Belgrano. San Francisco, Moreno. Y San Carlos, Alsina.

¿Sabés cómo se llamaba Las Torres?

Baja la vista.

Rivadavia.

¿Cabildo?: Hipólito Yrigoyen. ¿Piedad?: Mitre. ¿Y La Merced? La Merced, antes –mucho antes, incluso, de llamarse Perón–, llevaba el bonito nombre de Cangallo.

Recostado boca abajo en el piso hace dibujos en su cuaderno. Al mediodía preparé una comida de nuestro agrado, salchichas. Las comimos en panchos, con mayonesa, salsa de queso, papas y ketchup. Y tomamos coca. Cuando come salchichas y toma coca y tiene su cuaderno y es sábado –hoy es sábado–, él es feliz. Llevamos muchos días encerrados, comiendo, durmiendo, pero creo que para él fueron varios sábados, un mismo día que se estira y no termina nunca.

Estamos seguros acá, lo mejor es no salir.

¿Sabés cómo se llamaba San Nicolás?

No –dice. Sin mirarme.

Corrientes, se llamaba.

Paso las páginas de la enciclopedia y se me vienen, casi con violencia, como una tormenta de imágenes que no puedo evitar, tantos recuerdos, tantas noches a la deriva, tantas conversaciones con extraños y con amigos que ahora me resultan extraños, tanto tiempo perdido.

¿Y? –pregunta, levantando los ojos– ¿Te dormiste?

¿Querés más calles?

Mueve la cabeza. Hacia atrás y hacia adelante.

San Andrés, nuestra calle, se llamaba Chile. Concepción, que es la avenida de allá, se llamaba Independencia. San Isidro, Estados Unidos y San Fermín, Carlos Calvo.

¿Por qué?

¿Por qué se llamaban así?

No.

¿Por qué les cambiaron los nombres?

Sonríe. Eso quiere saber, por qué les cambiaron los nombres.

Antes de la última revolución las calles tenían los nombres que les pusieron los...

Se le cae el lápiz. Rueda, el lápiz.

–No te ensucies.

Rueda, él. Lo busca. Los pantalones le quedan grandes, la remera le queda chica. La madre compró la remera y yo los pantalones. Las zapatillas, en cambio, le van bien. No me acuerdo quién se las compró. Recupera el lápiz y se recuesta, de nuevo, frente a su obra.

¿Vos sabés lo que es una revolución?

Tengo hambre, dice.

¿Otra vez?

No contesta. Decido modificar el método.

Antes, las calles tenían nombres de próceres: Alsina, Moreno, Belgrano, Rivadavia. Después les pusieron nombres de santos: Santa Rosa, San Nicolás, San Gregorio, San Andrés. Pero mucho antes, hace muchísimos años, tenían los mismos nombres de ahora. Antes de la primera revolución.

¿Entendés?

No –grita.

Por qué gritás.

Porque tengo hambre.

¿Vos sabés qué es un santo?

No contesta.

¿Y un prócer? Un prócer, mirá, un prócer...

Algo me traba. Tal vez sea lo que ví esta mañana cuando abrí la ventana: chicos revolviendo la basura. Gente cocinando perros y gatos en la calle, en grandes ollas. Familias durmiendo en coches abandonados.

Yo tampoco sé lo que es un prócer –le digo-. Quiero decir, no creo en ellos. No confío.

Se ríe. No sé si me escucha, es probable que ya no. Está pensando en otra cosa. Piensa en un buen paquete de papas fritas, por ejemplo, o en más panchos.

También tenían nombres de batallas, de países, de artistas, de escritores.

Pinta. Con mucho rojo.

Otra vez vuelven las imágenes: la cara de su madre, antes de que fuera su madre, el día en que me dijo que estaba embarazada. Me acuerdo bien de todo. Llegó envuelta en su persistente olor a cigarrillo. La besé en la mejilla. Enseguida se encerró en el baño. Siempre volvía de la calle con ganas de orinar, como los chicos. Se aguantaba tanto, durante horas a veces, que cuando conseguía sentarse en el inodoro tenía que hacer un esfuerzo para aliviar su vejiga. Tardaba diez o quince minutos en salir. En ese rato fumaba y también se comía las uñas. No al mismo tiempo. Primero una cosa, después la otra. Cuando no fumaba se dedicaba a masticarse las uñas. Esas son las dos actividades que realizaba con mayor frecuencia, al menos mientras estaba en casa, compartiendo conmigo

el atardecer, la noche, la madrugada. Me instalé en la cocina. Tener que levantarme, empezar a cocinar, esos actos, tan simples, tan naturales, terminaron con el resto de buen humor que todavía conservaba. Cuando salió me dijo que acababa de hacerse un test y que estaba embarazada. También dijo: ¿qué vamos a comer hoy?

Vos estás loca, le grité. Y me puse a afilar el cuchillo contra la pared.

Ahora me paro.

¿Querés algo de la cocina?

Traeme facturas.

No hay facturas. ¿Te hago la leche?

Dice que sí con la cabeza.

Preparo café. Caliento leche.

En realidad, tanto los próceres como los santos afean la ciudad con sus estúpidos nombres. Odio esos nombres. La leche sube por el jarro y sé que en unos segundos se volcará. No me importa. Cae sobre la hornalla y se expande. Me concentro en el líquido que avanza por las baldosas, como afluentes de un río blanco. Debería apagar la hornalla, buscar un trapo, pero me quedo quieto, apoyado en la mesada y observo cómo la leche se estanca en las juntas de las baldosas.





1

Para paliar las altas temperaturas, Dollman duerme en el lavadero de un departamento deshabitado, de día y en períodos de dos o tres horas. Cuando cae la noche, suele recorrer las entrañas del edificio y caminar por la azotea.

Es de noche, pero esta vez Dollman no recorre esas arterias laberínticas en busca de restos; fuma en su colchón y observa el techo convencido de que contando manchas acelera el paso del tiempo. No se deja distraer ni siquiera por el zumbido desesperado de las moscas. Escucha del otro lado de la pared el latido mecánico del ascensor. Vive en la última planta de un monoblock tomado desde la muerte de su padre, y la intimidad gestada con ese organismo prehistórico que acarrea hombres y familias a sus guaridas de promiscuidad en cualquier momento del día, suple de algún modo la relación con su progenitor.

2

Dollman es un príncipe ignorado: el último miembro de una centenaria Logia de desocupados vocacionales y combativos, cónclave nacionalista creado un siglo atrás para repudiar la empresa capitalista, la generación de empleo, la plusvalía, el materialismo histórico, las distintas vertientes del “trosko leninismo”, y reivindicar, a fin de cuentas, la pasividad política, el autismo salvaje y el ocio social que el humano cultivó al principio de las edades.

De la Logia podría decirse que en el año 2050, cuarenta años después de su formación, sus integrantes dejaron la pasividad y con una eficacia asombrosa –ni una sola huella, ni un solo nombre filtrado– perpetraron el magnicidio más importante que recuerde la sociedad argentina: tres diputados, un senador, todos melómanos representantes de distintas fuerzas políticas que habían promulgado la Ley de Trabajo Obligatorio, fueron asesinados a la entrada del Teatro Colón. El gran golpe, sin embargo, a lo largo del tiempo no se coronó con una ola de asesinatos que pusiera en peligro la confianza de la población en la expandida fe del trabajo, y se transformó en uno de los grandes enigmas de la política argentina del siglo XXI.

## 3

Treinta y cinco años después del atentado, cuando todos los fundadores habían muerto en el anonimato sin que se encontrara ni persiguiera a los responsables de los crímenes, el padre de Dollman –a su vez descendiente directo de un fundador– tras un romance con la única mujer de los por entonces siete miembros de la Logia, concibió un hijo en el que confluyeron los secretos y la historia política de la agrupación.

Tal vez por eso Dollman, sin su padre, se siente un animal en extinción. Cuando su padre estaba vivo, la posibilidad de heredar un secreto y la posibilidad de morir no le asustaban. Ahora se sabe más mortal que nunca y se siente más deseoso de inmortalidad. Aunque no encuentra motivos para vivir en el presente, le horroriza la posibilidad de dejar de pensar y que el mundo siga existiendo en su ausencia. Durante un tiempo se ilusionó con revelarle a alguien el secreto, transmitirlo y desentenderse lo más pronto posible, como si en el secreto heredado aumentara su propia muerte. Pero terminó decidiendo que lo mejor era suprimirlo: empezar una nueva vida. Dejar de ser el heredero.

En unas horas, cuando amanezca, habrá llegado el día y el momento indicado para llevar a la práctica su plan y ser un mortal más.

## 4

La ciudad está inusualmente vacía y ordenada. Dollman camina por el carril lento destinado a los ancianos, para no ser atropellado en caso de sufrir un ataque de vértigo. Sus precauciones son inútiles, ya que ni sufre el ataque, ni se cruza con caminantes hiperactivos. Contrario a lo que ocurría años atrás, cuando la gente se disputaba las sendas rápidas, hoy incluso los jóvenes asaltan el carril lento y preferiblemente eligen desplazarse por las arterias importantes, que presentan cintas transportadoras reservadas a ancianos, inválidos y madres con niños.

Por el carril intermedio Dollman avizora sólo a un señor mayor con su mascota reglamentaria y a un joven sucio y en harapos que avanza recostado sobre una tabla con rueditas.

La ciudad no se parece a la Buenos Aires que Dollman recuerda por las referencias de su padre. Ahora es homogénea como un suburbio; cada tanto pasa algún auto. Una vez que llega al centro y la cantidad de gente aumenta, Dollman, a fuerza de ser observado, nota que ya nadie usa ropa como la suya o como la de su padre. Lo miran como a un extranjero. Se pregunta qué verán en él, y se contesta que a alguien recién venido del pasado.

Cada veinte metros, en un espacio delimitado por un círculo, se topa con distintas casetas en las que se ofrecen servicios de primera necesidad: pedicuría en una, peluquería en otra, limpieza dental, kinesiología al paso, y en la única caseta ciega, lo suficientemente amplia para alojar una cama, lo que Dollman siempre ha anhelado: munificencia sexual.

Dollman no tiene dinero ni sabe que allí podría saciar su anhelo, de modo que sigue de largo y empieza a preguntarse si alguna vez llegará a la bendita oficina. Mira las caras y espera encontrar un mínimo rasgo familiar o humano para abalanzarse y preguntar por la avenida de los Dos Perones.

Se adentra en un mercado. Los puestos de primera necesidad superan con creces los de abastecimiento. En un carnicero anciano, sentado entre dos reses flacas y moradas que cuelgan de ganchos y parecen hacerle compañía como centinelas, identifica un rasgo de su padre. Intuye a un hombre solidario, se acerca, le pregunta dónde están, pero antes de que el otro le responda se pone ansioso y le dice adonde va. El carnicero, con exceso de ademanes, como si varios hombres lucharan por manifestarse en su interior, le contesta que está en el lugar indicado, sólo que erró la entrada, las oficinas de “Desarrollo Laboral” están justamente sobre su cabeza. Basta con girar en la esquina para encontrar el acceso. Dollman agradece y trata de despedirse, pero el carnicero, como si no hablara con gente desde hace días, no se resigna a que se vaya, y empieza a dirigirle señas de todo tipo, en un lenguaje que parece de sordomudos, y luego da rienda suelta a su curiosidad:

“¿Para qué se va a meter ahí? No le van a solucionar nada. Yo lo puedo poner en contacto con...”

A esa altura de la frase, Dollman ha escapado del mercado. Algo del pequeño incidente produce una apertura en su percepción. Se detiene abrumado: en su campo visual aparecen mujeres hermosas que cinco minutos atrás pasó por alto. Controla las ganas de arrojarse encima de una. Quizás la visión de las reses o la gestualidad sobreexpuesta del carnicero le hayan inoculado la necesidad imperiosa de una cacería sensual. Está a punto de volver a entrar en el mercado por un pasillo lateral que le permitiría esquivar al carnicero y buscar un rincón para masturbarse, cuando un chico se le acerca y se ofrece como guía. Dollman tarda en responder. Por un momento considera conveniente la propuesta, pero luego deduce que, aunque se trata de un niño, está ante un desconocido. Se echa andar, el chico lo sigue y un par de veces le tira de la manga: “Págueme”, le dice, “págueme, págueme”. En la conciencia de Dollman esa palabra resuena desplazada: “pégueme, pégueme”. Siente que más allá de lo que signifique el vocablo, está en peligro: corre el riesgo de que lo denuncien por golpear a un menor de edad. Apura el paso y al doblar en la esquina discierne el cartel de la oficina pública, justo enfrente de un puesto de primera necesidad en el que cortan el pelo, y en el que un adulto de rasgos alemanoides detiene al niño y lo regaña como si fuera un pariente. Dollman cree escuchar el contenido del reto: “así no se mendiga”.

5

Contra lo que espera –oficinas públicas que imitan el laberinto vertical de su edificio, escaleras y ascensores abarrotados–, se encuentra con una escalera sobria, un pasillo lúgubre y solitario con puertas bien identificadas a los lados. Cada tanto pasa algún empleado con una bandeja. No hay recepcionista. Él se deja guiar por el instinto. Lee con detenimiento la leyenda impresa sobre el vidrio esmerilado de cada puerta. Al toparse con la oficina de Desarrollo Laboral, se pregunta qué pensaría su padre de todo eso. “Traición”, se dice, y aunque un aviso en letras rojas en la puerta versa “por favor, golpear y esperar”, Dollman pasa. Se da cuenta enseguida de que todos los que trabajan en la oficina –aproximadamente diez– son mujeres flaquísimas que ante su irrupción vuelven la cabeza al unísono y abandonan por un instante su quehacer. La mesa de entradas se parece más al mostrador de una farmacia que al de una oficina pública.

En un rincón, entre los escritorios innecesariamente pegados como si formaran una trinchera, una gran jaula con una figura que podría ser uno de esos simios bebé que se han puesto de moda, atrae de inmediato a Dollman. Si dos empleadas no se pararan en ese momento delante, saltaría por sobre el mostrador para inspeccionar de cerca el comportamiento de ese animal tierno.

“¿Nacionalidad?”, pregunta secamente una de las dos empleadas.

“Extranjero, no habla el idioma, no te das cuenta”, se anticipa la otra, de aspecto triste y demacrado.

Dollman las mira extrañado. “El idioma”, piensa, “¿qué idioma?”. ¿Existirá otro idioma que él no habla, distinto incluso al idioma que ellas hablan?

“No soy extranjero”, grita él para transmitir autoridad, y lo único que logra es que más oficinistas se acerquen y se paren del otro lado del mostrador como si se detuvieran a mirar el interior de una jaula.

“¿Si no es extranjero entonces que quiere, por qué grita?”

“Quiero trabajar”.

Con un movimiento automático, equivalente al de hace instantes, las oficinistas retroceden. Dollman no puede saber si se trata de una reacción ante su respuesta o de un movimiento cíclico. Otra vez las dos mujeres del principio quedan frente a él.

“Lamento decirle que hace años no hay puestos vacantes ni en la vía pública ni en las oficinas para argentinos nativos o naturalizados.”

“Si fuera ruso...”

“Estaríamos hablando en otros términos, otra perspectiva, habría algún puesto vacante”, interviene la empleada con aspecto triste. “Pero evidentemente no es ruso y no serviría en el puesto que podríamos asignarle.”

“Podría aprender ruso”, dice Dollman abochornado por una nacionalidad que es igual a la de las empleadas, pero que en su pellejo parece inservible. No puede creer que después de haber salido de su refugio tropiece con la fatalidad de ser argentino.

“Vamos a hacer lo siguiente”, dice la más piadosa de las dos mujeres, “llene por triplicado este formulario con sus datos personales. Vamos a tratar de hacer una excepción y lo vamos a incluir en una lista de espera, aunque por edad ya no califique. Su número es el 85673”, y le entrega una pila de papeles.

Dollman, como si hubiera recibido una limosna, repite “gracias”, aunque enseguida intuye, por la manera en que queda solo, orbitando en la recepción como un intruso, que a la larga no obtendrá ningún beneficio y que las empleadas en realidad quieren deshacerse de él con amabilidad para volver a las tareas rutinarias, esto es, la contemplación de la atracción del lugar: el simio bebé en la jaula.

De modo que llena los formularios con una letra fosilizada e ilegible por la falta de práctica, y los deja sobre el mostrador sin que nadie se percate. Antes de retirarse nota, a un lado, un perchero con un abrigo y una cartera. En menos de un segundo dobla el abrigo en un brazo, ubica la cartera bajo la axila y se las arregla para abrir la puerta y darse a la fuga. En el corredor enseguida se orienta. Camina despacio hacia la salida, convencido de que aún cuando lo hubieran visto delinquiendo, nadie podría tomarse la molestia de dejar la oficina para seguirlo. Tampoco le preocupa que los peatones puedan sospechar algo al verlo pasar por el carril rápido con un botín de pertenencias femeninas.

## 6

Una vez en su departamento-refugio, Dollman dispone el abrigo en el suelo, como si fuera un cuerpo al cual abrazarse. Frota la mejilla contra el raso y después de un rato se desploma encima, exhausto ante esa suavidad desconocida.

Cuando despierta es de noche. Tiene la boca seca y transpira. El abrigo está húmedo. Enseguida le viene a la mente la cartera. Disfruta posponiendo el momento de revisarla y se dice que si la arrojara por la ventana atenuaría la traición. Aunque menos que la traición, lo que abruma a Dollman es la inutilidad de su gesto. Sólo para ser un mortal más, interrumpió un siglo de historia. Y ni siquiera es posible trabajar. Si su padre y su abuelo supieran... No le interesa en verdad saber desde cuando la Ley de Trabajo Obligatorio ha dejado de regir. Siente una mezcla de piedad y desprecio hacia las quimeras de su padre y sus cómplices. Se le cierra la garganta y le vienen a la cabeza todas las mujeres apetecibles que descubrió al salir del mercado, y por un momento las imagina bailando en ese ambiente desierto.

Ahora sólo le queda el abrigo para pasar lapsos de tiempo que después de su aventura le parecen eternos. Fantasea con abrir la cartera y encontrar una pistola con la que al día siguiente se presentará a la Oficina de Desarrollo Laboral. Trata de imaginar una venganza que concluya la misión de la Logia. Deduce que la única que realmente lo dejaría satisfecho sería balearse al simio bebé delante de todos. Abre la cartera y encuentra una Biblia que enseguida empieza a hojear, sorprendido de haber excluido de su condena la posibilidad de leer y hablar con Dios.







Una soberana nube cuelga a baja altura sobre la fronda del Parque Arcádico. Es voluble en sus grises, es artificial, y a veces se descarga en lloviznas que vuelven la vegetación más verde y más brumosa, como una idea demasiado fresca para aceptarla del todo. Más arriba, indiferente, el sol descascara los edificios que rodean las seis manzanas del Parque.

Empieza el verano en el hemisferio sur. Hace bastante calor. La variada decrepitud de los edificios indica la suerte mala o aceptable de unos comerciantes que en este momento no están, porque son las tres de una tarde de sábado. En las altas oficinas comerciales, carteles en manchú, yiddish, esloveno, árabe, finés, aymara y español se suceden como vestigios de empresas no del todo caducas. Por la embalsamada calle Pasteur dos chicas se acercan a la frontera del Parque Arcádico. Visten bermudas de vinilo y remeras reflectantes contra el sol. Caminan mordisqueando heladonios de kachú, indecisas entre la languidez desgarbada y el fastidio vivaz. Pueden tener dieciséis años. Pongamos que una se llama Myra y la otra Fanni; es lo de menos para mí, que las conozco bien porque soy sociólogo.

Véanlas allí en la vereda del parque, debatiendo algo. Se tocan mutuamente las barrigas con dedos regañones. Resoplan o ríen. La inapetente curiosidad de jóvenes de hoy se les irradia en múltiples direcciones. Un pequeño turbotaxi que pasa al ralentí las envuelve en una estela de polvo fétido y el piropo guaso del chofer. El vendedor automático de abanicos murmura su reclamo en coplas mal rimadas. Las chicas parpadean. Por la explanada entran al parque ancianos vivarachos, inmigrantes taciturnos, periodistas o brokers adictos al ensueño, padres recientes, gente confiada en que el deseo natural los libere por un rato del yugo de la cultura. Hay en la humedad de la fronda una pulsación grave y algo coactiva, como si el alma del Parque llamara a los paseantes advirtiéndoles que si no entran reventará contra la calle.

A las chicas nada les parece entretenido ni comprensible. Están mirando a una patota de haraganes, no mucho mayores que ellas, que a diez metros de mi cabina tienen acorralado a un gatito que merodeaba el parque. Le escupen licor, lo azuzan con patadas y uno ya está ajustando el voltímetro de un lanzagujas eléctrico. Las caras les chorrean un desmesurado sudor de gula. El gato callejero, esa criatura que no se ha logrado reproducir en laboratorio, es letal cuando se enfurece, pero las uñas parvas de este gatito pardo aún no dan demasiado miedo. Los brutos bailotean.

No lejos de ellos está el guardia blindado. Firme en su reciedumbre, el tipo duda de que haya en la actitud de los muchachos un mal juzgable. Bajo el uniforme negro, dos capas de polímeros le cubren una interface que integra visión, comunicación y capacidad de fuego. Injertada a la sien derecha lleva una computadora de apoyo para análisis de situaciones y planificación táctica, y ahora, acomodándose el armamento, el guardia delibera internamente. No ha costado barato ese hombre, como para que intervenga por una fruslería. Los atorrantes ya han ensartado al gatito en una aguja y le asestan una descarga de ochocientos voltios. Cuando mi abuelo era joven se creía que muchos pobres violentos eran criminales; hoy un guardia no considera que estos muchachotes bien vestidos estén cometiendo un delito. Son simples Pepolos, criaturas de placer sin límites, hijos de una rigurosa educación en la Perversidad Polimorfa. Los estudios sociológicos me han enseñado que el Pervopolimorfismo no es una corriente clandestina ni una facción de ricachones; es una opción comunitaria como otras de nuestro siglo; una creencia, una vía a la felicidad por el gozo inmediato sin prejuicios. Un guardia democrático como éste carece de información para reprimir a unos pibes cuyo cuerpo caótico disfruta entero con el sufrimiento de un animalito. Los pepolos son fanáticos de la danza. Bailan tan bien que les basta admirarse mutuamente, o cada cual a sí mismo, razón por la cual a chicas como Myra y Fanni el baile ha empezado a repugnarlas, a tal punto que odian a los pepolos con un odio que no pueden argumentar claramente. Mientras, tres pepolos se empujan por recoger al animalito desmayado. Yo he visto escenas así y sé que se avecina algo muy desagradable. Fanni le gritaría al guardia que les dé un mamporro pero la inseguridad la paraliza. Myra va a entrar en trance, imposible saber si de furia o fascinación. Fanni la arrastra del brazo. Pagan el ticket y entran en el Parque Arcádico. Qué otra cosa van a hacer dos chicas como ellas un sábado a la tarde. Yo, que nunca dejo de estudiar, les sigo los pasos por el pantallátor de la cabina.

O sea que allá van por la mullida grama del parque, descalzas como aconseja el reglamento. El Parque Arcádico es un espacio sin sendas, sin canteros, sin cubos para papeles ni juegos para niños: una vaga extensión de hierba que parece silvestre, amenamente umbría de arrayanes, castaños, bojés y ebalnos, humedecida por la nube, vigorizada por una red de haces de fotosíntesis. Las chicas pasean entre matas de agracejos. Canta un sinsonte. Hay un exagerado aroma a romero. Sobran algunas gotas rocío. Y a cincuenta metros de la calle el parque ya es una foresta idílica donde una mínima imaginación basta para alucinar, no digamos un rebaño de cabras, pero sin duda un cervatillo. Y las chicas ven un cervatillo, en efecto.

Yo no aseguraría que es eléctrico porque hay ahí dentro animales de verdad, cierto que un poco mustios. Cuando la gran superficie comercial que dominaba el barrio del Once terminó de venirse abajo, ni a nuestro

macilento estado ni a los empresarios les costó recaudar óbolos para cubrir el terreno con barro del río. Eran tiempos de espiritualismo. Los espiritualistas, una fuerza impetuosa y estricta, pusieron la planificación, el gusto bucólico, la lírica y el dinero para el surtido vegetal y la fauna de un Parque Arcádico, y el parque fue un primor. Entonces creímos que se había clausurado la era de lo material. Pero los espiritualistas son volubles y pronto se cansaron de abandonar sus barrios de montaña para venir a la ciudad a ver árboles. Por eso ahora nadie sabe si el Parque Arcádico, abandonado como está, es un museo del edén perdido o una trampa del mal; hay muy pocos que tengan el saber moral específico para decidirlo. Y sin embargo bastantes porteños vienen a solazarse un rato, y compartir vino y queso, en un bosque que prefigura la cortesía, la pureza, la virtud y las prudentes pasiones de una edad áurea futura que no hace falta anhelar, ya que está aquí. Vean si no esa lograda ardilla que se las ingenia para roer una bellota. Vean a la enfermera de licencia que se ha disfrazado de pastora y provoca a un señor lavándose en el arroyo. Myra y Fanni pasean por ahí buscando no esgunfiarse mucho. También buscan respuestas, no se crea. Son chicas conflictuadas, padecen sus titubeos. Vienen al parque a ver si la decorativa atmósfera de jovialidad las orienta un poco.

¿Qué tienen para elegir? Ahí está el Otero de los Poseídos, donde los amantes melancólicos clavan en las hayas versos que a lo mejor no leerá nadie. Está el Prado de las Revelaciones, donde imágenes de la diosa Rósalin LaSeda murmura parábolas pastoriles. Está el área llamada Sueño de Verano, un rincón con fama de libertinaje donde se ve mucha guirnalda de flores, algún fauno contratado, un mercado flojo de intercambio de parejas.

Está el Lugar del Sueño de la Razón. Allí, dicen, matas de adormidera y cañamo fuerzan en el durmiente unos monstruos que son el reverso del pensamiento honrado. Se ven con claridad, los espectros, y la experiencia es impresionante, pero las chicas prefieren no internarse porque está claro que antes de soñar ahí algo monstruoso hay que haber entrado en razón; y lo que menos les gusta a las chicas es confirmar que aún son pobres de espíritu.

Confinadas en su adolescencia, Myra y Fanni procuran abandonarse al ambiente y en cierto modo se distraen. Reverbera la luz entre el follaje, como un chisporroteo de corazones exaltados, y en los claroscuros flotan olores a heno y sudor, y sonos de ocarina y bordoneo de abejorros. Con todo esto los sentidos se alteran, y uno oye con la vista y huele con el oído. El conjunto es aceptablemente perturbador si lo que se persigue es, digamos, rasparle el óxido a la mente. Pero como nuestras chicas tienen la mente impecable, lo que deciden es ir al cine, ese arte envejecido que incita a pensar contando historias emotivas. El tugurio azul del cinematógrafo está en un rincón selvático del parque. Las chicas entran.

En la sala bilateral titilan las dos pantallas. El giro autónomo de las butacas obliga a mirarlas alternativamente, con una voluntad de complemento y síntesis que sólo los cinéfilos disfrutan como cabe. Esta tarde, la película dramática trata de una bella ejecutiva que sólo ama su éxito; de pronto, en un solo día, el marido la deja acusándola de egoísta y la empresa la despide tachándola de manipuladora; cuando baja a la calle en el ascensor, oye a un viejo mencionar una cifra; aturdida, ella juega a la lotería y gana una fortuna; pero un ataque de superstición le impide usar la plata hasta no recompensar al viejo que sin quererlo le dio suerte; sucesivas complicaciones, o la coraza ética de ese hombre que no se deja manipular, le impiden una y otra vez saldar la deuda, y en ese fracaso repetido la mujer empieza a volverse dócil y atenta. La otra película, una comedia de terror, trata de un matrimonio medio que compra un juego de simulación para el ocio; conectados juntos en la cama, se hunden en la experiencia virtual de que uno de los dos se reduzca de tamaño; como no se sabe a cuál le toca achicarse cada vez, ni cuánto, la historia abunda en enredos sensuales y planos físicos inquietantes; hasta que la afición compulsiva al juego sume al matrimonio en una pesadilla de estrategias de la cual sólo lo redime el sorpresivo embarazo de la mujer; aunque no del todo, porque no se sabe en qué escala nacerá el hijo.

Dos sesiones seguidas del espectáculo permiten a Fanni y Myra pasar bien la parte más anodina del sábado. En las arboledas del parque, el balanceo de las ramas ya desata en la concurrencia moderados éxtasis naturales y una lujuria de atardecer. Las chicas, mareadas, se aplican a la tarea agobiante de establecer relaciones entre las películas, convencidas de que algún concepto obtendrán para situarse en los asuntos no menos enmarañados de la realidad. Caminan calladas. Si algo les encanta del cine es esa pizca de desasosiego que las obligará a volver. Salen del parque satisfechas.

Pero en la acera la banda de Pepolos sigue torturando al gatito. Puede que sea otro, porque ha pasado un buen rato, pero en todo caso, al sol tórrido del crepúsculo, la nube humidificante se vuelve roja como un hígado mal cocido, como el pellejo ensangrentado del bicho entre las manos de los pepolos, y el pensamiento de las chicas se enardece. Los visitantes del Parque se hacen los distraídos. El guardia no se inmuta. Las chicas buscan un alegato y en un paroxismo de desconcierto reparan en la Cabina de Asistencia Anímica. Entonces vienen a desahogarse conmigo.

¿Qué tónico puede ofrecer un sociólogo a estas almitas, aparte de un poco de té con hielo? El municipio me paga por instruir conciencias pero, después de tanto conversar con los porteños, ni las cartillas de terapia rápida ni los manuales de sociología me sirven para otra cosa que para relativizarlo todo. Y yo querría tener convicciones fuertes; porque las chicas, agitadísimas, me acribillan a preguntas. Me interpelan, como si yo

tuviera autoridad o conociera una ley. Fuera, los pepolos están rociando al bicho con kerosene. Yo digo: presumiblemente, chicas, ustedes pensarán que esa situación no se justifica. Pero su reacción, la de ustedes, ¿es una respuesta a algo real, por ejemplo *lo malo*, o es mero resultado de un temperamento particular? Piensen, muchachas: ¿en virtud de qué máxima general cabe asegurar que ciertas conductas son más recomendables que otras? En la naturaleza no hay máximas, ¿verdad? ¿Podemos condenar a la avispa que pica a nuestro vecino? ¿Y el cachetazo que la mata?

Etcétera. Hablo y hablo con tal frenesí que tardeo un rato en darme cuenta de que Fanni, y detrás de ella Myra, ha corrido hasta los pepolos y les está gritando *Paren de una vez, cretinos, eso es una porquería*, e intenta arrebatarles el cadáver del bicho y, como no lo consigue, y ellos se le echan encima, de una sola, exquisita y seca patada de kogue-ten manda a tres mequetrefes de jeta a las baldosas. Ja. Yo bebo mi té de un saque, también, como si el saber discursivo me hubiera puesto frente a su borrosa justificación. Ahora se ha armado una trifulca grandiosa. Torpes para la lucha como son ágiles para el baile, los pepolos no logran sujetar a las chicas. En cambio sí las atrapa el guardia de seguridad, que, como bien sé, acaba de consultar su analizadora de situaciones y se cree justificado para actuar.

El guardia mide dos metros veinte. Las prótesis que le rematan los brazos agarran a las chicas por el pescuezo, una de cada lado, y las sostienen en el aire como si fueran elásticas bolsitas de mercado. Aprovechando el estupor, yo me deslizo a recoger al bicho muerto, que es efectivamente un gato. Ya lo enterraré; también de eso puede ocuparse un sociólogo. Mientras, el Parque Arcádico recibe la noche y exhala una sencilla bienaventuranza. Los pepolos se ríen, defraudados. Yo busco en el animal muerto una definición irrefutable del mal. Las chicas cuelgan de los dedos del guardia, pataleando, ruborizadas de rabia, pugnando por articular lo que el cine puede haberles dado, aunque a salvo ya del aburrimiento sabatino. Creo que podemos dejarlas así, de momento, como al fin de la primera etapa de un aprendizaje que será largo, no dudo, y váyase a saber si se completa.



I

En abril de 1984 empecé a trabajar en una revista de espectáculos de la editorial Libra. Tenía 21 años, borceguíes y barba. La redacción estaba en un quinto piso y sus ventanales daban a la avenida Paseo Colón. Las máquinas de escribir siempre se rompían, así que terminábamos con las manos sucias de grasa o de tinta. Todos, redactores y diagramadores, entrábamos a las 11 de la mañana y nos íbamos a las 6 de la tarde, excepto una persona.

Silvio Drech llegaba temprano y al mediodía se marchaba. Era un veterano periodista de policiales, que desde mediados de los años cincuenta trabajaba en el diario Clarín. Amaba su trabajo por sobre todas las cosas: inclusive los fines de semana agarraba el auto y se iba a investigar crímenes horribles y desapariciones inexplicables. En su juventud había leído a Poe, a Conan Doyle, a Leroux, y por eso no vacilaba en arriesgar la hipótesis de venenos exóticos o arcos voltaicos que fulminaban muchachas en bañeras. Sin embargo, no tenía nada de la frialdad de los grandes detectives, sino la simpatía humana del teniente Columbo. Aunque sus crónicas policiales eran famosas, venía a nuestra revista para cumplir con una afición secreta: el esoterismo. Astrólogos, mediums, profetas y constructores de pirámides peregrinaban a la redacción para verlo.

—Soy el único que los escucha - decía Drech con melancolía. Sabía que no hay nadie más necesitado de publicidad que aquel que predica el secreto.

En su escritorio, siempre desordenado, se mezclaban fotos de famosos crímenes con otras que daban cuenta de la búsqueda de ovnis o la presencia de fenómenos paranormales. Por ejemplo, ante la foto de un adolescente torvo en un paraje desierto, decía:

Este chico salteño, analfabeto, movía cosas con la mente. Un comisario fue a buscarlo: una lluvia de piedras lo mató.

Drech era amable con los que recién empezábamos. Nos enseñaba el oficio y nos entretenía con sus historias. Como se iba al mediodía, el trabajo de verdad no empezaba hasta que se marchaba, ya que escribía sus notas con dos dedos en quince minutos, y usaba el tiempo restante para conversar. En general sus relatos correspondían a viejos casos policiales, o a anécdotas del oficio, pero también contaba una historia que presentaba como un cuento árabe. Era el único relato de esa especie que contaba, y su repetición daba a entender que aquel cuento tenía un sentido especial para él. El cuento era este:



Un sultán, famoso por su crueldad, pierde un ojo en una batalla. Ordena que busquen al artesano más hábil de todo el reino; sus hombres lo encuentran en un pueblo apartado y lo traen ante el sultán. Este le pide que le fabrique un ojo tan perfecto que no pueda distinguirse del verdadero. El artesano, sabiendo que su vida pende de un hilo, trabaja día y noche en la minuciosa esfera de cristal. Al cabo de muchos días presenta al sultán el fruto de su trabajo. Este le paga unas pocas monedas de oro y el artesano vuelve aliviado a su aldea. El dinero le importa menos que haber salvado su vida.

Pasan los años. Un día el sultán pasa por la aldea del artesano, que ha sido saqueada por sus hombres, y lo reconoce.

–Artesano, hace muchos años me hiciste un gran favor. Y a cambio de eso te haré una pregunta. Si las respondes correctamente, haré que mis hombres abandonen la aldea sin romper ni quemar nada más. Si respondes mal, ya no habrá aldea.

El artesano asiente en silencio y espera la pregunta.

–Mis dos ojos son tan semejantes que nadie sabe decir cuál es el verdadero, cuál el falso. Mirame. ¿Lo sabes tú?

A pesar del peligro que significa la respuesta, el artesano contesta de inmediato, señalando con el dedo:

–Ese es el ojo falso.

–La respuesta es correcta. ¿Cómo lo descubriste? –quiere saber el sultán.

–Porque en ése hay piedad.

Este era el cuento que contaba siempre Silvio Drech. De dónde lo sacó, nunca lo supe.

## II

Entre los visitantes que recibía Drech en la redacción, el más asiduo y notable era el profesor Abestur. Aparentaba unos setenta y tantos años y vestía siempre un raído sobretodo marrón. Era bajo, calvo, grandes orejas separadas del cráneo. Llevaba siempre con él alguna carpeta llena de papeles amarillentos. Su único lujo era un anillo de oro con una gran piedra. Drech (sabiendo que disfrutábamos sus visitas) nos lo presentaba como a una gran eminencia y decía:

–El profesor recibió ese anillo del Obispo en persona, por servicios a la Iglesia que no quiere confesar.

–Juré mantener el secreto –decía Abestur, solemne.

–Ustedes saben que el profesor pertenece a un grupo de cinco mentalistas que se hacen llamar los *intercesores*. Todos los meses se reúnen: ponen una rosa en un vaso de vidrio, se concentran veinte minutos...

–Diecisiete minutos exactos... –corregía Abestur.

–...y hacen marchitar la flor.

Una vez le pregunté, antes de que se marchara el profesor:

–¿Y usted, Drech, lo vio o lo cuenta de oídas?

–Algún día, si hago méritos suficientes, me van a invitar a la ceremonia-respondió con un guiño.

A veces el profesor mostraba las hojas que llevaba en la carpeta. Eran dibujos a carbonilla de borrosos edificios: construcciones con pinzas de cangrejo, largas patas de insectos acuáticos, alas de libélula, murallas de telaraña.

–El profesor recibe esas imágenes del futuro –decía, muy serio, Drech.

–En el futuro tal vez no haya diferencia entre naturaleza y arquitectura –explicaba el profesor. –Todo será uno y lo mismo.

Pero a veces sus propios dibujos lo llenaban de dudas:

–En realidad no sé si así serán los edificios del futuro, o si estos dibujos forman parte de un lenguaje.

–¿Cómo jeroglíficos? –le pregunté.

–Algo así. Alguien en el futuro ha encontrado la forma de enviarme a mi y a los otros intercesores estas imágenes a través de los sueños. Tal vez sean edificios reales, tal vez un lenguaje capaz de atravesar el tiempo.

Cuando podía, Drech le publicaba alguna de aquellas fantasías. Entre notas sobre divorcios escandalosos, peleas entre vedettes, cantantes sorprendidos con estrellitas en ascenso, las teorías estrambóticas de Abestur pasaban desapercibidas. A mi me encantaban esas notas, por descabelladas que fueran. Drech era el verdadero intercesor entre el ocultismo y nosotros: gracias a él, aquel mundo aparecía rodeado de un aura de genuino misterio, y cuando leíamos sus notas, ya no éramos cínicos enfrentados a charlatanes, sino niños ejercitando el don de la curiosidad.

La editorial Libra era un anacronismo viviente. Sus revistas, algunas nacidas en la década del cuarenta, no encontraban nuevos lectores. Las revistas fueron cerrando una por una, y al final la editorial entera fue a la quiebra. Para entonces, yo ya estaba afuera. Con los años, Drech llevó su entusiasmo y sus teorías a la televisión. Una mañana abrí el diario y vi su foto y la noticia de su muerte. Del profesor Abestur nada volví a saber, hasta el año pasado.

### III

Era julio. Estaba caminando por Callao rumbo a Avenida de Mayo cuando vi a Abestur, con el abrigo raído de siempre. Si el mismo Drech, tan lleno de vitalidad, había muerto poco tiempo antes, ¿cómo podía vivir él, Abestur, que veinticinco años atrás ya era viejo? ¿Pertenece realmente a una raza de inmortales?

Lo detuve y lo saludé. Por supuesto no se acordaba de mí, y me miró con alarma, hasta que el nombre de Drech lo tranquilizó. Fue como

pronunciar una palabra mágica. Me señaló la confitería de la esquina del Congreso y casi me empujó para que entrara. Nos sentamos junto a la ventana. Enfrente, la clausurada confitería El Molino mostraba todavía su persistente esplendor bajo la capa de hollín y de papeles pegados. Pedí un cortado y él un café con leche y un sándwich de queso. Me alegró ver que pese a los años de previsibles privaciones no había empeñado el anillo del obispo.

–Pobre Drech, querido amigo– dijo.

Le señalé que todavía seguía llevando la misma carpeta.

–Nunca me separo de mis papeles. No quiero que caigan en manos extrañas.

Abrió la carpeta. Edificios-cangrejos, edificios-libélulas, laberintos de telaraña. No importaba el paso del tiempo: en las profecías de Abestur no había lugar para la novedad.

–Estos dibujos están muy lejos de expresar mis descubrimientos. No le dan una idea clara. Ya he trascendido esa duda que tenía entre ciudad y lenguaje. Ciudad y lenguaje son uno y lo mismo. Es algo difícil de explicar. Por eso en casa he estado construyendo una maqueta de esta ciudad. ¿No quiere venir a verla? Usted puede servirme de intérprete ante la prensa. Vivo acá cerca, en Barracas...

Imaginé un cuarto sórdido, una maqueta hecha con cajas de remedios y papel de diario pegado con engrudo. No era el mejor programa. Le dije que estaba muy ocupado, que tal vez otro día. Decepcionado, pidió otro sándwich. Calculé mentalmente si lo que llevaba en la billetera alcanzaría a pagar aquel apetito insaciable. Un vendedor ambulante dejó sobre la mesa un set de biromes de colores; una niña, una rosa envuelta en celofán. Abestur apartó con violencia la rosa y las biromes, como si pudieran contaminar sus papeles amarillentos. Aquellos dibujos, que alguna vez me habían interesado, ahora me producían una desagradable impresión de encierro y locura. Para romper el incómodo silencio le dije:

–¿Se acuerda del cuento de Drech? ¿El del ojo de cristal?

–Sí claro. Me lo contó varias veces. Un cuento oriental. Hay mucha sabiduría encerrada en las viejas fábulas.

–Tantas horas hablando con Drech y nunca le pregunté por qué contaba ese cuento.

El profesor pareció indignado.

–¿No lo comprendió, a pesar de los años? ¿Cómo puede no comprenderlo? El cuento es claro: no debemos preocuparnos por diferenciar lo verdadero de lo falso, sino el bien del mal. Entre lo que saben los intelectuales, como usted, y lo que sabemos los iniciados, como yo, hay un abismo.

Cerró su carpeta, borrando de mi vista su ciudad futura y portátil, y se marchó apurado, como si en algún sitio quedara para él una espera, una urgencia, una obligación. Su brusca y ofendida partida fue la confirmación de mi desatino. ¿Por qué le había hablado? ¿Por qué no lo había dejado pasar a mi lado sin decir nada? Silvio Drech había sido el verdadero intercesor. Mientras estaba él, aquel mundo de charlatanes y magos conservaba su encanto y su inocencia. Sin él, sólo había mentira y desesperación.

Habíamos estado juntos poco más de quince minutos, pero la charla me había dejado sin ánimos y sentí el deseo urgente de volver a casa. El vendedor ambulante pasó por la mesa a recoger sus biromes de colores. Antes de pagar la cuenta quise devolver a la niña la rosa envuelta en celofán, pero la flor se hizo polvo entre mis dedos.



### Hoy Dúo Gardel Razzano Hoy

34 australes  
No traiga ropa de nylon

Cuando bajé del ómnibus, con sed, el afiche no me llamó la atención. Lo miré al pasar, pero no lo vi. Como dicen que decían en el campo, el paisano tiene dos tiempos.

Así que me tomé la Paso de los Toros, y entonces. Entonces di un respingo y volví a mirar, para atrás.

Deben ser cosas de este pueblo, me dije. Nadie ha de dar mucha bola, así es el Sur. Pero igual pregunté. El mozo, sonriendo con algo de sorna, me dijo:

–Son cosas de Pardal.

–¿Qué Pardal?– pregunté.

–Pardal Gómez, el inventor –me dijo, como si yo que soy de afuera tuviera que saber. –Vea, hay gente que fue y dice que es cierto. Ha de ser pero yo no me meto en la carpa ni aunque me paguen.

–¿Qué carpa?

–La carpa de Pardal –me dijo y se fue a atender otra mesa.

Yo tenía que seguir preguntando porque la empresa me mandó sin información, para abrir el mercado. Correteo pilchas Pierre Dupie, remeras con la Cruz de Lorena aunque los fabricantes son coreanos.

En este negocio no es cuestión de caer así nomás, a la primer boutique, y abrir la valijita, mostrar.

Al fin el mozo volvió y me dijo, no hizo falta tirarle de la lengua:

–Vaya a “Pituco`s” y pregúntele de mi parte al Churri Molinaro, que ahora anda fabricando trajes cruzados y a rayas...

–¿Y quién se va a poner eso? – le dije.

–¿Qué quién? Usted va a ver mucha gente peinada a la gomina y vestida así, en el centro del pueblo. De no, no pueden entrar a la carpa... El Churri se asoció con Pardal...

–Para qué?

El mozo se me fue de zopetón y sin contestar.

–¡Eh! –le grité. –¿Dónde queda eso?

–¿Qué eso?

–La fábrica de Molinaro.

–Vea –me mostró-, métale derecho por acá, y a cinco o seis cuabras va a ver un cartel que dice: “Molinaro`s made”. Ahí pregunta.

Salí caminado. Me manejo con poco viático. Por suerte la valija casi no pesa. Había carteles por todos lados, me refiero a los de **Gardel Razzano**, medio despegados, y también otros, que anunciaban **Juan Moreira**.

Ya me andaba preguntando si este pueblo atrasaba tanto cuando...

...en la oficina de Molinaro, tipo tranquilo y muy amable, como un duque, fuera de lugar en este mundo, el empresario empezó a hablar:

–¿Atrasando? Para nada, estamos prosperando para atrás, para antes, que no es lo mismo. Incrementamos la producción en un 89 por cierto. Y eso se lo debemos a Pardal Gómez.

–Lo que puede un individuo...–dije. En realidad, pensé en voz alta.

–Dos individuos –dijo Molinaro, clavándose el índice en el esternón–, no se olvide que un invento no sirve para nada sin producción y comercialización. ¿Qué es la Coca Cola?

–Un remedio –dije por decir.

–Una mierda –dijo-. ¿Qué tal si almorzamos? ¿O quiere tomarse antes un aperitivo? Vamos al mejor lugar de la ciudad, vamos.

Se prendió el saco, se pasó el peine, y salimos.

... Cuando encontramos una mesa en “Hugo`s food” y el maitre nos puso las sillas y por poco nos cepilla, el empresario me miró fijo un rato y se puso a hablar. “Algo se trae”, pensé.

–No se preocupe. ¿Chirom me dijo que se llamaba? No se preocupe, Chirom. No se venden más remeras en la zona, así que usted no está perdiendo el tiempo tomando unos vermuses... Acá no lo perdemos –dijo, y se rió un poco-. Para nada. Yo ando necesitando un vendedor de experiencia, que conozca la Capital. Antes de Pierre Dupie ¿para quién trabajaba? Ah, ¿usted es ingeniero? Ahora entiendo su curiosidad por la máquina de Pardal... él ya debe estar por venir. No, no. Gardel Razzano no es ninguna imitación, no –dijo, un poco ofendido-. Todo auténtico. Hoy es la primera función de la gira del 28 en el Cervantes. ¿Un chablis bien helado?

–¡Qué vino! –dije, paladeando.

–Vea, Chirom, me tomé la libertad de invitar a Pardal Gómez, ya que como usted es ingeniero creo que se van a entender. Viene tarde porque está con Margot –agregó-. ¡Salud! ¡Por los negocios!

Comimos salmón con roquefort y nos tomamos otra botella. Pardal cayó a los postres, acompañado.

Empezó a comer al revés, por el flan con crema. Mientras tanto, exponía su teoría, dibujando diagramas sobre el mantel. Después de la explicación,

que cambió todo lo que sabía sobre física, quedé más bien confundido. Pardal miró el reloj que tenía en la mano derecha. Se puso nervioso y miró también el reloj de la izquierda. Comió el jamón con melón, que para él era el postre, apurado. Mientras tanto miraba los dos relojes.

En el de la izquierda, el común, las agujas marcaban la 1 y 16. En el de la derecha, que tenía las veinticuatro horas, casi la medianoche.

“Ha de ser la Cenicienta”, pensé y le miré a Margot los zapatitos. Eran de charol, bastante ajados, como pisoteados en el subte. Era muy linda, parda.

Se fueron a las corridas pero no me llamó la atención.

Tomé otro trago y pensé:

“Que este pueblo me resulte raro debe ser por vivir tantos años en la Capital. Yo soy oriundo de Ramallo, y sueño tantas veces con el río y los cantos de los pájaros al clarear. En las pesadillas, oigo el barullo de las cotorras. Supe cazarlas de pibe, con pega-pega.”

–Qué nervioso este Pardal –le comenté a Molinaro.

Tranquilo, el empresario empinó la copa y después me dijo, como al pasar:

–¿Sabe que tiene 35 años?

–¡Parece de 60 con ese pelo blanco!

–Ayer era morocho... pero viajó como cinco veces en el día y volvió así.

Haciendo los cálculos que me habían enseñado, comenté:

–No se debe poder...

–¡No me venga con ecuaciones! Ya tengo bastante con Pardal –me dijo Molinaro–. Yo también estudié, ¿sabe? Pero en el 66 me sacaron a bastonazos. Cuando se me fue el aturdimiento, tomé una decisión: “Guita, en este país lo único que se puede hacer es guita”.

–Yo me conseguí un trabajo en Segba, para empezar.

Me miró de arriba abajo y no dijo nada. Al rato sacó el tema:

–Vea, Chirom, vamos a poner de moda el funyi.

–Y con los espectáculos, ¿que va a hacer?

–¡Ah! ¡No! Se los vamos a dejar a Pardal. A él se le ocurrió, cuando andaba desesperado.

–¿Desesperado por qué?

–Lo apretaban de la financiera, ¿sabe? La máquina la fue haciendo él, con unos pibes, en el taller, juntando válvulas y condensadores. Basura tecnológica. Pero al fin tuvo que pedir crédito para comprar un osciloscopio. De no, se le desfasaba la tecnología. Doce mil dólares que con el tiempo se le hicieron noventa mil. ¿Y de dónde iba a sacar la plata? –se calló un rato y me miró fijo. Después, agregó:

–Usted ve esto muy tranquilo, ¿no? Saludadora la gente. Pero cuando se trata de guita, entran a tallar los hermanos Montejo. Que son de una familia muy recaudadora.



–¿Y qué pasó?

–Déjeme hablar, hombre. Vino a la fábrica Pardal, lívido a pedirme consejo. De regalo me trajo un gliptodonte, que en un solo día me comió todo el jardín. ¡Si será desubicado! “Pardal, Pardal- le dije-, tranquilízate. Tranquilízate y vamos a tomar algo a “Hugo`s”. “¿Y si van los Montejo?”- me dijo. “No seas cagón. Estás conmigo.” Y ahí, en la barra, le dije: “¿Vos hiciste la máquina por joder? Se le puede sacar plata, melón. Es *única*. Y con la plata te salvás de los Montejo. Yo no tengo efectivo, pero por unos días te los paro con unos checonatos. Dejámelos a mí; pero no tenés más de una semana”.

–Pero ¿qué iba a hacer con la máquina? –le dije. Molinaro me interrumpió:

–No le quepa duda de que es muy inteligente. Muy inteligente para hacerla, pero un salame para usarla, para sacarle jugo...

–¿No se le ocurrió comprar unos dólares?...

–Sí, el negocio es comprar dólares y volver en el día, venderlos más caros hoy y regresar a comprar más. Y así, en un ir y venir, del día más barato para comprar al día más caro para vender... una y otra vez. Mire, con la máquina se podría dominar el mundo.

–¡Fantástico! ¡La bicicleta de Minkowski!

–No sé, no lo conozco al ruso ese. Pero al final el truco financiero no anduvo... tantos viajes producen un desgaste. Inesperado.

–¿Y usted no se podía prender en dos o tres idas y vueltas? Así no deben ser peligrosas...

–Mire, hace unos diez años que lo vengo bancando a Pardal y lo tengo bien junado. Es un amigo, desde ya. De comer le doy, no le va a faltar. Pero que él haga su negocio y yo el mío. Nunca se sabe con lo que va a salir. Pero los que estamos en la producción hacemos equilibrio en un pelo. Pero él viene y te dice, con esa cancha que tiene para mangar: “Con menos de mil no puedo, de no son muchos viajes.” “Y, hacelos”, le dije. “Mirá Negro, no se puede abusar.” Me sacó la pluma fuente y me hizo vertiginosamente unos cálculos. Y al ver los números se quedó paralizado, como le pasa a veces a los gatos, y mirando vaya a saber qué. “Qué pasa” le pregunté. “Mirá, hay algo que todavía no entiendo, no me da. En matemática se diría que no converge.

“Habla en cristiano, ché.

“...debe ser por el frío.

“Qué frío.

“Cómo te lo explico... un viaje en el Tiempo es un viaje en el Espacio... pero uno no viaja entero, viaja desparramado en partículas... uno es... como una cooperativa, por eso se desparrama y se vuelve a juntar... ya en otra época.

“Para mí es chino.

“Imaginate que tenés un espejo enfrente y no te ves, porque viajás más rápido que la luz. Pero el asunto, según esto –me mostró la servilleta llena de signos –tiene dos soluciones...”

“Dos soluciones son un problema, le dije –agregó el empresario.

“Entonces Pardal se quedó pensando. Enseguida afirmó:

“¡Flor de problema si se da A y no B!

“Decime –le dije-. ¿Cuántas veces fuiste, no te estarás pasando?

“Fui un montón de veces.

“Tenés un ojo violeta, ché... El otro está bien.

“Si fuera eso sólo... –me dijo-. Tenía una cara el pobre...”

Yo no podía opinar del tema porque las teorías de Pardal superaban todo lo que yo sabía. Pero de algún modo Molinaro, con sus maneras campechanas, había entendido que si su amigo había abusado estaba en peligro, un peligro misterioso.

### **Hoy Dúo Gardel Razzano Hoy**

36 australes

No traiga ropa de nylon

Frente a la carpa se leía el cartel que había aumentado de precio desde la mañana de mi llegada. Pero nosotros no íbamos a pagar la entrada.

–Vea, Chirom, un viaje solo no nos va a hacer nada, ¿no?...

Lo esperamos a Pardal Gómez en la entrada, para pasar gratis. Frío, lo que se dice frío, se siente. Me pareció entrever un sol verdoso y helado. No sé cómo pudo ser eso, ya que estábamos desparramados y disparados a esa velocidad de locos. Pero la memoria es un misterio y capaz que también inventa.

Nos quedamos tiritando en la puerta del teatro. Fuimos los primeros en entrar porque nos introdujo Pardal Gómez, que parecía reinar en ese ambiente. Lo que es tener relaciones. Más de cien no pudieron entrar y se quedaron esperando al aire libre. Allá, en los camarines, todos saludaban al inventor como si fuera de la casa. Carlitos en persona le palmeaba el hombro. Yo le di la mano al cantor pero él se sobresaltó porque estaba helada. Las voces retumbaban un poco, como si hubiera parlantes mal ajustados.

Gardel, que estaba gordo, se hacía unos buches y escupía en una palangana. Aunque no soy lo que se dice tanguero era emocionante estar cerca de él. Me llamó la atención ver a Pardal afinando una guitarra. ¿Se

acuerdan de los dos guitarristas, esos que suenan a la lata en los discos de pasta? Bueno, eran tres. Pardal en persona completaba el trío.

Con un gesto seco nos mandaron a la primera fila porque estaba por empezar.

Fue una cosa de no creer. Pardal, en la viola, era tan malo como los otros. Pero Gardel mucho mejor en vivo.

El inventor, que se había vuelto canoso y zarco, quedaba raro en el escenario. No parecía de la época, tampoco salía en las fotos, como se ha visto después.

La parda Margot, sentada al lado mío, le tiraba besos.

Él se distraía y desafinaba de tanto mirarla.

–¿Qué piensa de este romance –le dije bajito a Molinaro.

–¡Chist! ¡Deje escuchar canejo que esto es único!

Después, en el intervalo, me contestó:

–¿Qué pienso? Que Pardal no cambia nunca, ni desparramando sus partículas cooperativas por el espacio-tiempo. Pero vea a toda la gente colgada de los palcos. Ya debe haber juntado toda la guita para los Montejo.

Salvo por lo linda que era (o que será o que fue) Margot me parecía una coqueta que lo tenía agarrado a Pardal y que lo llevaba de fandango en fandango. ¡Él le compraba unas pilchas!

Después de los bises y los aplausos, el espectáculo terminó. Pardal se acercó y nos invitó a cenar, con champán Pommery. A la minusha le daba todos los gustos. La plata no la gastaba, la volanteaba. Para mí que ella lo vivía.

Cuando volvimos, Molinaro y yo fuimos los primeros en salir de la carpa y nos quedamos esperando en la entrada.

–¿Qué hacen los Montejo relojeando por ahí? –dije.

–¿Adonde? –se sobresaltó Molinaro y se fue de frente hacia los hermanos, que se perdieron entre la gente que empezaba a salir.

Molinaro volvió corriendo. Me empujó hacia la entrada y me dijo:

–¡Este boludo no pagó!

–¡Hay que avisarle! –le grité.

Pero fue decir eso y estallar la molotov. Saltamos para atrás, asustados. Apenas alumbrados por el resplandor de las llamas los vimos a los Montejo, que escapaban hacia la oscuridad del campo trahuco en mano.

El fuego se comía la carpa con ruido de chaparrón. Había olor a goma quemada y estaban estallando los tubos.

No sé en qué momento los habrá agarrado el incendio, ligero como una pincelada.

Cuando se apagó nos fuimos a ver la chamusquina. Buscamos pero no encontramos ningún cuerpo.

Yo vi un zapatito de charol, medio quemado, cerca de lo que fue la escotilla de la máquina.

Nos quedamos pensativos un rato, oliendo a ceniza.

-Vaya a saber -dijo Molinaro, tristón-. Vaya a saber si no salieron de gira con el Mudo, si no arrancaron antes para Niú Yorc.

-Capaz -le dije, mientras nos volvíamos-, capaz que el fuego no pasó al otro lado y que desde esta noche Gardel cantó siempre con tres guitarristas.



Anoche, mientras llovía torrencialmente en Nueva Gesell como sólo llovía en las viejas películas vietnamitas del siglo pasado, soñé que nadaba en Buenos Aires. Yo no era el único: se trataba de aquel servicio que la ciudad ofrecía democráticamente a sus habitantes antes del éxodo. El recorrido que me tocó a mí (había varios) empezaba en el Palacio de Aguas de la Avenida Córdoba y terminaba en los lagos de Palermo: algunos nadadores emergían junto al Planetario, otros en el Rosedal y había quienes llegaban hasta los inmensos piletones de Obras Sanitarias junto a la Avenida Lugones.

El trayecto era por momentos subterráneo, por momentos al nivel de la calle pero bajo techo y por momentos al aire libre, cuando el recorrido coincidía con los espacios de agua de plazas y lugares públicos. Los canales por los cuales circulábamos eran de lecho azulejado y el color del agua variaba entre el celeste y el verde muy claro, según la iluminación y la pendiente de cada tramo. Era ocioso determinar cuándo íbamos en línea recta y cuándo se hacía sinuoso el trayecto: sólo había momentos en que uno se dejaba llevar por la corriente y momentos en que había que intensificar las brazadas. El protocolo era parecido al que solía regir a los paseantes de antaño cuando una calle cualquiera era convertida por un día en peatonal (quizá los memoriosos recuerden aquellas costumbres). El efecto de fluidez que impone el agua a todo cuerpo que flota en ella atenuaba todo roce y urgencia: circulábamos como si fuera un feriado mental, por así decir, aunque sé –como se saben las cosas en los sueños– que era una jornada laborable, bien entrada la tarde, en esa hora multitudinaria en que la mayoría de la gente salía de su trabajo.

Alguno de ustedes habrá visto quizás, en uno de esos documentales que en un tiempo se repetían muy seguido por televisión, una escena crepuscular en una enorme plaza de Pekín, donde miles y miles de chinos hacían tai-chi, unificados por la sincronización de sus movimientos y la unanimidad de su vestuario, el característico conjunto de pantalón y casaca gris azulado, igual para hombres y mujeres, de breve o avanzada edad. Recordarán seguramente el momento en que, ya caída la noche, terminaba la rutina de movimientos y la multitud recuperaba su individualidad al dispersarse. Así íbamos saliendo todos del agua, en mi sueño, al final de aquel recorrido: como quien vuelve de una dimensión donde fue plural, donde fue parte indiferenciable de algo.

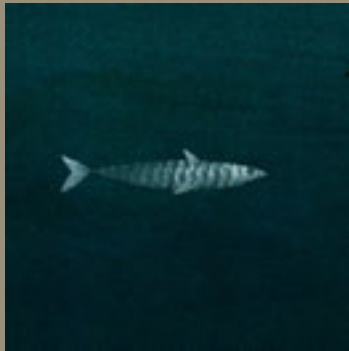
Todavía me queda un último recuerdo de las caras de aquella gente en el agua, de la expresión que conservaban cuando terminaba el recorrido y volvían a pisar tierra firme y rumboaban hacia sus hogares. Pero también eso habrá de difuminarse en breve en mi memoria, tal como se dispersaban y alejaban y perdían de vista aquellas personas a medida que salían del agua.

¿Qué traemos adentro cuando salimos de un sueño? ¿Y cómo se puede prolongar ese instante en que volvemos a ser nosotros pero aún seguimos siendo parte de ese fluir, esa deriva *fraternal* a falta de una palabra mejor, ese distraído estar en perfecto sincro con los demás, como aquellos chinos haciendo tai-chi, como los que nadábamos en mi sueño, como se van sumando los sonidos dispersos de la tarde hasta armar la perfecta música de fondo del atardecer? Mi abuela, que era una cristiana renegada (con el acento en renegada), decía que la única comunión que era capaz de concebir era la del sueño. “Dormite, así te juntás con todos”, me murmuraba en el oído cuando se asomaba a mi cuarto y me oía dar vueltas en la cama. El sueño nos iguala, el sueño nos fraterniza: hermosa idea. Yo no sé si los sueños hablan del pasado o del futuro, pero en este instante panorámico de nuestra historia me alcanza con la idea de que hubo un tiempo, o lo habrá alguna vez, en que seremos o supimos ser así.

Escrito en los albores de un nuevo centenario de la patria, el 24 de mayo de 2110, a la edad de ciento cuarenta y nueve años, por el anciano que supo responder otrora al nombre de Juan Forn.







Ciriaco Yu se inclinó un poco sobre la tabla. El Paraná estaba demasiado picado, pero las olas venían bien, grandes, poderosas. Se encaramó en el lomo de una y un leve movimiento de la cintura y las piernas le permitió bajar por la concavidad del agua. Ahora movió todo el cuerpo, en medio del fragor ensordecedor del agua, y el eje de la tabla cambió en un ángulo recto. La ola iba rompiendo como si viniera frontal desde la isla misma de enfrente. Le salió perfecto: en cuatro segundos estaba adentro en vez de encima de la ola. Era como un tubo transparente, medio azul, con el agua que iba cerrándolo a unos cinco metros a sus espaldas, y él manteniendo la distancia mínima para que no lo tumbara en un estruendo de agua, tabla y huesos rotos. No pudo evitarlo: soltó una carcajada silenciosa, ahogada por el ruido de la espuma al romper. Mantuvo el equilibrio a la perfección, y en un momento dado se agachó sobre la tabla, cambió el centro de gravedad y se fue apartando a gran velocidad del oleaje, en una línea transversal que lo iba acercando a la costa.

Llegó mucho antes de que rompiera aquella gran ola, tal vez la más violenta del día, calculó. Dejó que la tabla resbalara sobre la arena, bajó con un pequeño salto y la alzó. Ni se dio cuenta cuando el agua estalló detrás de él. Tenía ahora 24 años, y hacía 14 que se dedicaba a surfear frente a lo que en otros tiempos había sido la Estación Fluvial, ahora enterrada bajo toneladas de arena. Se fue cruzando con otros amigos del palo, con sus propias tablas, que le hacían el saludo de rigor: el índice y el pulgar extendidos, y los otros tres dedos doblados, sacudidos tres veces. Y siempre una sonrisa, a la vez franca y mecánica.

Cruzó sereno el Parque del Monumento. De toda esa zona lo que había quedado era la parte superior del viejísimo Monumento a la Bandera, que había pasado de forma fálica cuadrada a apenas un tocón bajo de cemento. Lo contorneó con paso rápido. Llegó al depósito de tablas y se la entregó a Funes Stompanato, que le dio la ficha para retirarla a cambio. Saludó con la mano a Isabel McCain, que siempre estaba como un fierro en la barra del boliche cercano. Fue trepando el declive suave de la antigua barranca, y ahora sí se dio vuelta. El sol estaba a pleno e iluminaba con nitidez las olas gigantes, arrancándoles reflejos a contraluz. El espectáculo siempre lo llenaba de vigor, de ganas.

Muchas veces hablaba con su abuela, Mangaruyá Thompson, de aquellos tiempos en que la ciudad tenía un centro.

–¿Un centro cómo? –preguntaba.

Después dejaba que la abuela se perdiera en largas frases encantadas que describían calles de puro cemento, algo llamado “vidrieras”, extraños recinto-“bares” donde uno tomaba ¿líquidos? y comía ¿“sándwiches”? La abuela le había explicado esta última palabra, pero nunca pudo entender qué eran.

Hacia treinta años había llegado todo junto: las catástrofes climáticas habían alcanzado tal nivel de brusquedad y violencia que las islas de Inglaterra e Irlanda habían desaparecido bajo las aguas de un día para el otro. Las represas gigantes de África, Brasil, Rusia y Estados Unidos habían reventado como cáscaras de huevo. El sistema eléctrico había quedado paralizado, en principio hasta nuevo aviso, después para siempre. Las bajas habían sido incontables, el tiempo empezó a ser medido de otra manera.

Por suerte todo había pasado seis años antes de que él naciera. Le resultaba imposible imaginar un mundo donde el oleaje tremendo del Paraná no rompiera contra la costa con fuerza salvaje, donde no hubiera una comunicación inmediata con el Atlántico, donde el antiguo Uruguay siguiera con su pequeña superficie.

A él que no le vinieran con historias sobre la época de “las computadoras”, con nostalgia de los “celulares”, con elegías sobre la época en que Buenos Aires todavía había sobrevivido a inundaciones enormes pero al fin y al cabo locales (“sudestadas”, las llamaba la abuela Mangaruyá Thompson) antes de que la combinación del terremoto submarino y el tsunami consiguiera convergieran como dos azotes implacables, destruyéndola.

Llamó a Teresa Camus. La flaca tenía la voz cero kilómetro: antes de que se lo dijera, supo que ella también se había llevado la tabla al río-mar y había cabalgado un buen rato las olas.

–¿Hoy de noche salís? –preguntó con la voz nítida, riente.

Le dijo que sí.

–¿Adónde vas? ¿Bailás?

Le dijo que no. Que iba a la Florida Garden, a ver salir la luna.

Mientras los dos hablaban, los habitaba siempre la seguridad de ser los Nuevos, los nacidos después de los desastres. Los que podían no trabajar en nada, preparándolos para la Nueva, aquella época que nadie sabía como sería. Los Adultos, los que pasaban de 50, vivían aplastados por la culpa, trabajando porque sí (con la energía del hidrógeno ya no hacía mucha falta), de puro curdas. Había excepciones, pero casi todos volvían un poco quebrados a la casa, se quedaban sentados sin hacer nada, extrañando los “televisores”. Algunos eran bocones, y hablaban con ira de “estos tiempos de mierda”. Los que tenían más de 90, en cambio, como la abuela Mangaruyá Thompson, no la pasaban mal, no odiaban aquel presente de bisnietos y bisnietas surfistas, maratonistas, contempladores. Y cuando

hablaban de “aquellos años” no lo hacían con la nostalgia del lejano pasado, de aquel mundo “antes del Sacudón” como si se tratara de un paraíso, sino como quien rescataba de aquel entonces lo que tenía que ver con este presente.

Por su parte ellos no se aburrían nunca. Es más: a Ciriaco Yu le encantaba hacer rodar sobre la lengua el nombre-doble (según dictaba la Ley Nacional/Extranjero) de Teresa Camus. Un par de veces, mientras el agua de la ola quedaba domada por su arte de la tabla, sabiendo que el ruido del agua tapaba todo, no aguantaba el impulso, y cantaba a voz en cuello el nombre de Teresa Camus, alargando o acortando las sílabas, terminando en un grito que la abuela llamaba “zapucay” en el preciso momento en que se dejaba ir en diagonal para abandonar la masa de agua acelerada y acercarse a la costa.

Con Teresa Camus quedaron en encontrarse después de las diez, para ir a la costa.

Su hermano menor, Osvaldo Suleimán, lo acompañó lejos en las motitos, para elegir una tabla. Después del Sacudón, o el Vuelco, muchas plantas habían cambiado por completo. Una de ellas tenía una madera exacta, muy maleable y bien ancha, ideal para una tabla.

En el tiempo de Antes el hermano se habría llamado Osvaldo Yu. Pero los registros exigían siempre un nombre y un apellido distintos. Flaco, bien tostado, Osvaldo Suleimán usó el método normal: le pegó al árbol fuerte con los nudillos, en distintas partes. De pronto los dos sonrieron: la madera había sonado casi a cristal. No necesitaron hablar para saber: “Ésta, ésta es”.

En las motitos llevaban las herramientas necesarias y se pusieron a trabajar en seguida. Al atardecer tenían la tabla en bruto ya preparada. Ciriaco Yu sacó una liviana estructura de metal y lona, con ruedas anchas, cargó la tabla encima, y la enganchó a su motito, para que lo siguiera. Bastaba con ir más despacio, para que no perdiera estabilidad. Después patearon el arranque de las motitos y pegaron la vuelta, para volver a la ciudad. Osvaldo Suleimán silbaba fuerte, satisfecho y enérgico. Atrás iba Ciriaco Yu, callado, sonriendo apenas, sabiendo lo que iba a hacer en las semanas siguientes: enseñarle todos los trucos de la tabla sobre las olas a su hermano menor.

Cuando llegaron a casa, la abuela Mangaruyá Thompson estaba hablando con Antonio Tupelé, su nieto, el padre de los dos. Bajaron de las motitos y le hicieron una pequeña reverencia de saludo. Después se metieron en el taller, prendieron la luz y se pusieron a trabajar en la tabla. A las diez Ciriaco Yu le dijo a Nicolás Suleimán que la seguían al día siguiente. Tenía que salir con Teresa Camus. Nicolás Suleimán le hizo un par de chistes pesados, apagaron la luz y se metieron en la casa.

La abuela Mangaruyá Thompson se había acostado. El padre, Antonio Tupelé, estaba sentado en la cocina, con los brazos apoyados en el sillón, callado y mirando el aire. Lo rodearon sin hacer ruido, para no sacarlo del Trance. El Viejo era de los buenos, de los excepcionales: nunca se aburría.

Mientras bajaba a la Florida Garden en la oscuridad, reconoció al pasar la silueta alta de Carlos Paävo.

–Uno con la ola –dijo, sin levantar la voz.

Carlos Paävo alzó el brazo con el vaso de cerveza.

–Dos en el rebaje –dijo, y los dos hicieron al unísono los tres sonidos huecos con la mejilla.

Se sentía tan bien que aceleró el paso. Vio a Teresa Camus desde lejos, delgada, con el pelo largo un poco sacudido por el viento.

–Amiga en la tabla –la saludó.

–Tabla en la tempestad –le contestó ella.

Bajaron lo que quedaba de la loma con pasos ágiles y rápidos. No había mucha gente en la costa. A esa hora el río-mar estaba calmado: era el momento de la marea baja, y podía verse a lo lejos, enfrente, el perfil de la isla, que en otros días quedaba bajo las aguas.

Ciriaco Yu se sentó sobre un tocón de árbol, con Teresa Camus al lado. Dejaron escapar el aire, aspiraron con la boca cerrada, lo dejaron escapar de nuevo.

–China –dijo ella.

–Rusia –dijo Ciriaco Yu.

–Montenegro.

–Estados Unidos.

–Finlandia.

–Sudán.

–Canadá.

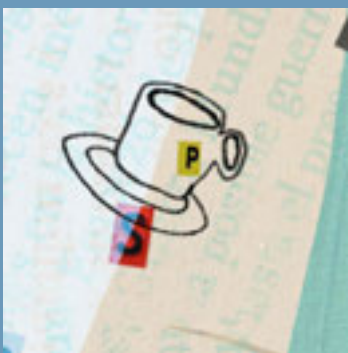
–Honduras.

Entre nombre y nombre, aspiraban aire por la nariz, con la boca cerrada, y lo dejaban escapar por la boca entreabierta, que de inmediato decía otro nombre. Al poco rato, la voz de los dos fue bajando, desapareciendo. La mano de Teresa Camus se apoyó sobre la mano fuerte de Ciriaco Yu. Los dos miraron ahora fijamente el agua cada vez más plateada sobre la que se iba elevando la luna.

–Mayo –dijo Teresa Camus.

–Mayo –contestó Ciriaco Yu.





*La libertad es clandestina.  
María Inés Aldaburu*

–Hagamos un picnic –dijo Odo.  
La Meme sonrió y movió la cabeza: sí–sí, sí–sí.  
–¡Un qué! –gritó Vivi.  
–No grites, Vivi –dijo Mamy.  
–Vivi siempre grita –dijo Ofelia desparramando migas por todos lados.  
–Qué andás comiendo vos –dijo Ergelinda, como si no tuvieras educación ni seso, mirate, pero mirate un poco, quién te va a querer.  
–Sobran hombres –dijo Ofelia (más migas) y tragó.  
–Un picnic –dijo Odo– es una comida en el campo. Nos subimos todos al auto con grandes canastos con comida, champagne, manteles, copas y esas cosas sin olvidarse de la sal ni del tirabuzón, buscamos un lindo lugar y allí bajamos, nos sentamos y comemos.  
Se oyó la vocecita de la Meme:  
–Sí, sí –decía–, sí, sí.  
–¿Ven? –porfió Odo– La Meme está de acuerdo.  
–Callate, idiota –dijo Ergelinda.  
Con cierta razón, ya que hacía años pero años que lo único que la Meme decía era sí–sí, sí–sí.  
Bienaimé leía un diario de julio pasado y de vez en cuando apartaba los ojos y los enfocaba en las piernas de Luci.  
–Luci, bajá esas piernas –dijo Aída–, vea qué pose para una niña.  
–Ya oíste, Bieni, no mires más –dijo Luci.  
–Podríamos, ¿eh? –dijo el Piojo.  
–Podríamos qué –preguntó alguien, uno de los tíos.  
–Como despedida a Leila.  
–No sé por qué la vamos a despedir a Leila –dijo Mamy– si después de que se case va a seguir viviendo con nosotros. Eso de despedirla es una estupidez.  
–La despedimos de soltera –dijo Ruca.  
–Con un picnic –dijo Odo.  
Cómo se las arregló Odo para convencer a todos, y más que a todos a Mamy, eso es un misterio, pero la cosa es que Mamy levantó el tubo del teléfono interno y estuvo pedaleando un buen rato hasta que atendieron



en la cocina. Después de decir pero se puede saber qué estaban haciendo que no atendían negras haraganas bien que se apuran cuando tienen que ir al baile, encargó pollos, ostras, palmitos Creuzier, salmón ahumado, sandwiches de pepino, champagne y helados.

–El salero y el tirabuzón, no te olvides –apuntó el Rata.

–Y el salero y el tirabuzón y un mantel ¡bien planchado! ¡Que yo no vaya a encontrar una arruga, una sola! Y platos y cubiertos y servilletas y copas y pan y café todo en canastos dentro de una hora sin falta.

–¿Y la Meme? ¿Llevamos a la Meme? –preguntó Faustito.

–Pero por supuesto –le dijeron.

Uno de los chicos dijo ufa y menos mal que Mamy no alcanzó a ver quién.

Bajaron la escalinata, apareció el auto, todo al segundo, cronometrado, perfecto. Mamy aprobó. Los primos y las primas corrieron empujándose.

–¡Quietos! –gritó Magala– Habráse visto. Primero la Meme, después los mayores, y después ustedes, como corresponde.

Se apartaron que ni el Mar Rojo. El gran sillón Chippendale se deslizó majestuoso, o quizá no tanto, trac, trac, trac, en las juntas de las baldosas.

–Sí, sí –dijo la Meme.

El sillón tenía un motorcito comprimido electrónico bajo el asiento que se activaba sin siquiera tocarlo, con un control remoto en el anillo de Mamy. Era una joyita que había inventado Luluca un mes justo antes de la explosión que menos mal que fue en la caballeriza a la que le habían trasladado el taller y no en la casa. De Luluca no quedó nada, ni la barba, pero Mamy que está siempre en todo dijo que había que pensar en los compromisos y en que era una noticia como para que en esa semana se publicara el diario, así que lo velaron a Vicentito a cajón cerrado. Vicentito era el hijo del segundo jardinero y le hacía de ayudante a Luluca, y de Vicentito sí había quedado el cadáver entero y hasta con una sonrisa porque estaba leyendo una revista con mujeres desnudas de la colección de Sole lejos del transformador. Dijeron que era Luluca y lloraron y al día siguiente aparecieron los titulares y la crónica porque efectivamente se publicó el diario. Mamy dijo que había valido la pena. El segundo jardinero dijo que no lo podía creer pero le regalaron una casa y además tenía otros hijos.

¡Tuc! hizo el sillón y se detuvo. Mamy inspeccionó el interior del auto y dio la orden de abordaje. Bajó la rampa, subió el sillón, subió Mamy, después las tías, los tíos, las primas, los primos. Se sentaron y cubrieron las piernas de la Meme con una manta de guanaco.

–Se va a morir de calor –dijo la Tata.

–No se va a morir nunca de nada –dijo el Piojo.

Ambas frases al oído una del otro y el otro de una. O: muy juntos andan siempre esos dos, como decía Idita. Y agregaba: demasiado. Porque el casamiento entre primos, ya se sabe, trae hijos degenerados; además de lo de la dispensa papal. Mamy levantó el teléfono para hablar con el chofer.

–Me parece que me corresponde a mí –dijo Odo–. Yo fui el de la idea.

–Si es por eso –dijo Bobi–, Leila es la agasajada, le corresponde a ella.

–¡Eso! –dijo Robi.

–Tonterías –dijo Mamy.

–Sí, sí –dijo la Meme.

–¡Alvaro! –gritó Mamy en el teléfono.

–No se llama Alvaro –dijo Celeste.

–Se llama como a mí se me da la gana –dijo Mamy con toda razón, y siguió:

–Alvaro, vamos a ir a

Se interrumpió:

–¡Ay! –gimió.

–Qué, qué, qué.

–¡Papi! ¡Nos olvidamos de Papi!

Se mandó a Marieta, Biondo, la Tata, Ofelia y el Rata a buscar a Papi. Hay que decir que tardaron bastante. Explicaron que habían recorrido toda la casa y, oh, ah, qué cosa, no estaba en ninguna parte, ¿cómo en ninguna parte?, y, no, pero al fin, ah, oh, lo habían encontrado.

–Estaba en el salón de la Venus, silbando.

–¿Qué silbabas, Papi? –preguntó Mamy.

Papi sonrió.

Allá iba el auto, enorme, negro, suave como una pantera pero del tamaño de una ballena. No se lo puede comparar directamente con una ballena porque dónde se ha visto una ballena por la ruta y si se hubiera visto sería de lo más torpe e inadecuado. Una pantera suave, lenta y mortal. Dueña y señora de la ruta por la que, hay que ver, no circulaba nada ni nadie. Allá arriba, en la cabina, Alvaro miraba hacia el horizonte.

–Es feo el campo –dijo Vivi.

–Silencio, mocosa –dijo Salo.

–Respiren hondo el aire puro –dijo Mamy.

–¿Con todos los vidrios cerrados?

–Respiren hondo el aire acondicionado.

Los chicos se rieron.

–Qué juventud –dijo Celeste.

–Ya no hay respeto –dijo Ergelinda.

–Se han perdido los valores –opinó Victorio.

–Insoportables –dijo Titino.

Más y más adentro por el campo amarillo. Un sol amarillo cae a pico sobre la tierra amarilla en la cadáveres amarillos de árboles amarillos se retuercen de dolor y secos cauces amarillos de ríos amarillos arden

y reverberan a la luz. La ruta temblequea, el paisaje se deshace en una gelatina fofa, y la pantera sigue, sigue más hondo hacia el campo, más adentro, más lejos.

–Hay que llamar al diario esta noche cuando volvamos –dijo Aída.

Mamy estuvo de acuerdo:

–A ver, Leila querida, vos que sos tan imaginativa, si escribís una linda nota acerca del picnic, sin olvidarte de la marca del auto y el precio, de la manta de piel de la Meme, mi camafeo y el silbido de Papi. Silbá algo, Papi.

Papi sonrió y silbó.

–Bueno, basta Papi, está bien.

Papi se calló.

–Andá pensándola, querida, con un lindo título llamativo, ¿eh?

–¿Dónde hay un lindo lugar? –preguntó Luci.

–No hay –dijo Bobi.

–¡Eso! –dijo Robi.

–En todo caso –dijo Odo que no se iba a perder el picnic– comemos en el auto.

–Entonces podemos comer ya –dijo Ofelia.

–¿No pensás más que en comer vos? –dijo Ergelinda–. Estás hecha un chancho.

–Chancho o no, seguro que me caso, no como vos. Se van a pelear por mí cuando yo quiera.

–Basta, Ofelia – dijo Mamy–. No me parece bien eso de comer en el auto.

–Qué tiene –dijo Odo–, retiramos el sillón de la Meme, ponemos las banquetas de los chicos en la parte de adelante y las butacas nuestras atrás, corremos las mesitas, ponemos del otro lado el secreter, el armonio lo dejamos porque es muy pesado para cambiarlo de lugar, tendemos el mantel sobre las alfombras, nos sentamos en el suelo y comemos.

–¡Ahí, ahí! –gritaban los chicos– ¡Ahí, ahí!

Los tíos y las tías y Mamy y Papi miraron a través de los vidrios. La pantera, la ballena, el auto negro y suave seguía andando por la ruta caliente. Pero allá a la izquierda en medio del campo amarillo había una mancha verde.

–¡Verde! –gritó Pilili– ¡Verde como las plantas del invernadero!

–Alvaro –dijo Mamy en el teléfono.

–Verde, qué verde tan raro –dijo Leila.

–Tendrías que llamarte Margarita –le dijo Faustito– ¿Sabés por qué me llamo como me llamo? –y le metió la mano bajo la falda.

Leila pataleó, abriendo mucho los ojos, sofocada, muda.

–¿Qué te pasa, querida? –preguntó Mamy.

–Sí, sí –dijo la Meme.

Fustito sacó la mano, la mano es más rápida que el ojo, nada por aquí, nada por allá. Leila juntó las piernas fuerte fuerte.

El auto negro enorme salió de la ruta y un poco menos suavemente enfiló por el campo hacia el verde.

–¿Esto será lo que llaman un bosque? –preguntó Ofelia.

–No digas pavadas –dijo Titino.

Tendieron el mantel bajo los árboles sobre la hierba verde tierna y dócil. Los chicos hicieron rondas y jugaron y bailaron.

–Juegos de manos juegos de villanos –dijo Ergelinda.

La Tata le sacó la lengua pero Ergelinda ya estaba mirando para otro lado.

–¡A comer, a comer! –llamó Mamy.

–Qué buena idea tuviste, Odo –dijo Aída cuando terminaron.

Odo sonrió con modestia.

–Silbá, Papi –dijo Mamy.

Papi silbó. Como un cuchillo el silbido, como una navaja, como un hilo de acero en el aire. “Sotto una quercia parvemi”, “Celeste Aída”, “O rosa fortunata”, “Vesti la giuba”, “E lucevan le stelle”, y el silbido subía, subía, y bajaba, se tendía, vibraba, echaba chispas, llamas, agua y lágrimas y sangre. “Ah Manon, mi tradisce”, y de pronto alguien gritó. Un grito hace trizas un silbido, está probado. Papi se llamó a silencio.

–Y ahora qué pasa –dijo Mamy medio adormilada.

Los tíos y las tías abrieron los ojos. Los chicos se incorporaron, asomando entre las hierbas, el Piojo dejó el escote de la Tata, Leila avanzó un paso, dos.

–Estamos rodeados –dijo Bartolo.

–Tranquilos –pidió Eitelredo–, tranquilos.

–Qui – qui – quiénes son– dijo Faustito.

–Faustito, no tartamudees si no querés andar otra vez con la boca llena de piedras –dijo Mamy.

Después miró a su alrededor:

–No sé quiénes son ustedes –dijo–, ni me importa. Evidentemente no son gente de nuestra clase. Tampoco sé lo que quieren pero les aconsejo que se retiren y nos dejen disfrutar en calma de este domingo de verano en el campo. Si piensan en robarnos, se van a llevar un chasco. Como ven, no tenemos nada para darles. Hemos comido todo lo que trajimos y apenas si quedó un ala de pollo y un sandwich de queso para Alvaro. Alvaro es nuestro chofer, que está allí sentado en la cabina del auto y es un fiel servidor que está con nosotros desde hace años. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, que no tenemos nada. Dinero tampoco. No llevamos dinero encima, nunca, no lo necesitamos. Todo el mundo nos conoce en la República del Rosario, somos la familia más antigua, más distinguida, más poderosa del país. Con decirles que el diario “La Gran Capital” que es el diario más antiguo de la república y de todos los países limítrofes,

sale sólo cuando hay algo que decir de nosotros, fíjense. Si están muy necesitados, por supuesto que podemos hacer algo por ustedes, no somos unos desalmados, todo lo contrario, siempre hemos sostenido que el que tiene debe ayudar al que no tiene, siempre hemos hecho caridad y hemos asistido a los pobres. Pero éstas no son maneras, francamente, esto de presentarse así, como salteadores. Tienen que ir a nuestra casa, cualquiera les va a indicar adónde queda. Tienen que llamar a la puerta de servicio y explicar claramente la situación en la que están para que podamos ver qué medidas tomar. Mientras tanto, les agradeceremos que se vayan. No sé adónde viven ustedes, tan lejos de la civilización, pero váyanse allá y dejen que nosotros despidamos de su vida de soltera a Leila en familia, sin intromisiones. Leila es esta criatura encantadora que ¡Leila! ¡Leila! ¡Pero qué estás haciendo! ¡No, Leila, no, no, eso no se hace! ¡Qué va a decir tu novio! ¡Leila! ¡Adónde vas, Leila! ¡Leila! ¡Leilaaaaa!

El auto negro suave como una pantera silenciosa reina de la selva lustrosa y única se deslizó por la ruta de vuelta a casa. El sol era anaranjado y el mundo era ceniciento y el verano no se iba a acabar nunca.

–Más rápido, Alvaro –dijo Mamy.

–Insisto en que fue un lindo día –dijo Odo.

–Esta noche voy a tu cuarto –dijo el Piojo al oído de la Tata.

Ella asintió.

–Quién va a escribir ahora la nota para el diario– se lamentó Ida.

–Yo podría, a lo mejor, digo, no sé –dijo Idita.

–La fruta podrida –dijo Bobi– pudre a las sanas.

–¡Eso! –dijo Robi.

Una lágrima bajó despacito por el cachete de Ofelia.

El auto se detuvo. Al tope de la escalinata las puertas dobles se abrieron sin ruido. Bajó la rampa del auto, el sillón Chippendale se deslizó hasta el camino de baldosas trac, trac, trac.

–No se hable más de esto –dijo Mamy.

Trac, trac, trac hizo el sillón. La Meme levantó la cabeza y los miró a los ojos:

–Algo arde –dijo–, desconocido y más rico que los poderosos del mundo, algo arde, escondido en las raíces. ¡Cuidado, hijas de mis hijas, cuidado! Hay dos caminos ¡cuidado!, no hay que equivocarse porque ya está ardiendo.

El sol se puso:

–¿Necesita algo más la señora? –preguntó Alvaro.





¿Cuál es el sonido de un cerebro cuando dos palmas aplauden sobre la caja craneana? Pasados los sesenta años, los maestros zen sólo se dejan fotografiar después de haberse maquillado. Líneas negras sobre las arrugas para subrayar la profundidad que traza el surco del tiempo. Mi madre en cambio adoraba los mundos de superficie. Los fines de semana de principios de los años sesenta, me llevaba a la feria del barrio. Yo iba montado sobre el changuito, en realidad adentro de la bolsa, como un canguro. La feria condensaba lo moderno de la época y su variedad –licuadoras, productos alimenticios en paquetes amarillos, matamoscas de alambre, cortinas de plástico multicolores (el arco iris de los pobres)– pero también lo que continuaba idéntico desde el medioevo, los productos del campo. Mi madre iba allí de compras, pero por supuesto su principal interés era el de enterarse y transmitir las novedades del barrio, formar parte de la circulación de lo anecdótico que durante esos instantes la arrancaba de las grisuras de la cotidianidad, aunque esos relatos se construyeran precisamente en base a esa materia, sólo que extractada y lanzada al infinito modesto de la hipérbole, para su mejor lucimiento. Nacimientos, incendios, celos, mudanzas, asesinatos, votaciones, muertes, violaciones, progresos, incestos. Todo entraba dentro de la masa informe de las conversaciones que se sucedían o interrumpían a medida que íbamos avanzando, de acuerdo al interés particular de mi madre en relación al tema que se estaba tratando, y también a la posibilidad física y sonora de continuar la conversación, porque lo cierto era que la feria estaba siempre repleta de mujeres que aceleraban o demoraban el paso y se detenían para cruzar palabras con los vendedores o con las otras compradoras. Desde el rumor de las mañanas, cuando cada palabra rebota discreta contra los adoquines, las voces se alzaban hasta el trueno de los mediodías. Al charlar aunque fuera por un instante, ingresaban su propia burbuja a la principal, una pompa de jabón que estallaba en el aire en decenas de fragmentitos brillantes y que después se recomponía con nuevos interlocutores, y así una y otra vez hasta el atardecer. Luego, cuando los feriantes levantaban sus cosas y la feria empezaba a vaciarse, las voces se aquietaban, las iba lavando el rocío.

Claro que mi presencia también moldeaba esos recorridos. A partir del momento en que la acumulación de productos adquiridos me obligaba a desocupar el changuito y a seguir el recorrido de a pie, yo empezaba a hacer pesar mi criterio respecto de ciertos puestos. No me gustaban,



por ejemplo, aquellos donde vendían artículos de bazar. Me molestaban las pinturas de las tazas y teteras de porcelana, esos dibujos de chinos falsos pintados en tonos predominantes rosas que se desintegraban al primer enjuague, pero sobre todo me molestaba el olor de las ollas a presión de aluminio –gran novedad de la época–, los cubiertos de peltre y de las jarras de loza vitrificada, pero sobre todo no soportaba al dueño del puesto, la obscena ostentación de una masculinidad en medio de lo que él imaginaba como un coto de caza privado, su harén de mujeres-clientes. Para atraerlas, no le alcanzaba con vocear las bondades de sus productos, sino que hasta en pleno invierno atendía vestido con un pantalón de sarga y una camiseta de algodón muy ajustada a los bíceps y algo corta, de modo que los vellos escapaban por todas partes, se arremolinaban en su vientre, se hundían en su ombligo, le brotaban en el pecho, ascendían por el cuello y trepaban por la espalda. En su figura que bordeaba la ridiculez de lo operístico yo veía la amenaza de un peligro latente. En el bosque de horrores imaginarios que constituye el infierno de toda infancia, yo temía que ese orangután excitado pudiera de algún modo cautivar a mi madre, apartarla de los lazos familiares, llevársela para siempre. Por supuesto, que yo sepa, él jamás le había prestado atención en particular, ni mi madre solía demorarse en su cercanía. Ni siquiera estoy seguro de que se hubieran saludado alguna vez o que ella siquiera hubiese reparado en sus cachivaches. Pero el mal alentaba allí, habitaba las capas bajas del aire; era una exudación de los vicios de la adultez, cuya naturaleza aún se me escapaba pero cuyos riesgos mi temor preveía con exactitud, así que, apenas mi madre se estacionaba en las inmediaciones de la bestia, y eso sólo porque aparentemente quería evaluar la frescura de lo que se ofrecía en el puesto lindero, de frutas y verduras, yo la tironeaba del brazo, pequeños sacudones como los que proporciona una corriente de baja intensidad, más molestos que dolorosos. Bastaba con que la fastidiara durante algunos segundos para que mi madre interrumpiera lo que estuviese haciendo y avanzara algunos metros, como si intuyera que bajo mi capricho aparente existía un motivo valedero, la detección de un riesgo. No digo que ella lo supiese de manera explícita; al menos, a mi edad yo habría sido incapaz de manifestárselo claramente, pero la comunión entre un hijo y su madre es casi perfecta hasta el momento en que la adultez viene a interrumpir esa comunión primordial. Preparándose para ese momento inexorable, ella jamás entró a mi cuarto a darme el beso de las buenas noches. Esa costumbre o vicio no formaba parte de los hábitos de nuestra vida en familia, al punto de que fui educado para mantenerme siempre a distancia de los contactos físicos estrechos.

Sin embargo, cuando llegaba el momento del recorrido por la feria, tal principio se veía abolido súbitamente y sin ninguna explicación, y cualquier vecina, por el simple hecho de conocernos de vista, podía inclinarse y

saludarme con un beso, sin que mi madre obrara el menor gesto en mi defensa. Al principio, perturbado por esa especie de duplicidad que se había abierto entre enseñanza y comportamiento, yo apenas atinaba a apartarme con un sacudón de cabeza –un gesto instintivo de defensa ante la aparición de un adulto que se abalanza sobre él. Desde luego, mi desplazamiento no era tan aparatoso como para evitar que el propósito de la vecina se cumpliera. De alguna forma, la invasora siempre se las arreglaba para besarme, apoyando sobre mi mejilla su trompa elefantiásica o sus labios como un tajo fino (si acertaba a concertar las respectivas trayectorias de nuestros balanceos trazando con ojo clínico la perspectiva de las líneas imaginarias que determinarían nuestro punto de encuentro en el espacio), o en mi nuca o cuello si resultaba de movimientos más lentos o más torpes o carecía del entrenamiento adecuado para asediar a una criatura esquivada. También había otras alimañas barriales, las peores, las que, fingiendo una inhabilidad suprema, producto de sus artrosis múltiples, de sus desviaciones de columnas, acortamientos de caderas, pinzamientos de cervicales o desplazamientos lumbosacros, solapaban su intención con una serie de sacudones semejantes a las de una babosa que se retuerce en la escaldadura antes de disolverse en la sal, y terminaban aplastando su boca contra la mía.

Cuando crecí, aunque seguía acompañando a mi madre a la feria por una curiosidad que ya no se relacionaba con sus motivos, traté de librarme de sus babas. Cada vez que las obligaciones sociales nos obligaban a detenernos, yo me volvía de espaldas, como si estuviera interesado en la mercadería de un puesto próximo. Sin embargo, algunas arpías no resistían la tentación de acariciarme el lomo, alternando ese manoseo con golpecitos de afecto propios de un pariente, que sólo servían para encubrir sus intenciones, que por supuesto jamás cumplirían en el curso de sus vidas, y mucho menos en el ámbito comunal de una feria de barrio y delante de mi propia madre. Así que debían contentarse con eso, que aún en su escasez resultaba demasiado para mi tolerancia, cuando, a cambio de mi trabajosa indiferencia hubiese querido romperles las jetas, hundiéndoles los cartílagos nasales contra la concavidad posterior de la caja craneana y aplastándoles de paso los cerebros esponjosos y vacíos. El asco. Ese asco que me impregnaba y del que nunca podré lavarme. Esas viejas inmundas, con olor a meo añejo brotando de sus cachuchas rancias. Viejas con las ventosas pintadas con rouge intenso y fuerte y pegajoso, viejas que se morían de ganas de chuparme todo, lamerme las partes, por delante y por detrás, y devorarme luego.

La fealdad del mundo. La fealdad del mundo que consume su obra y se desploma sobre mí como una mala lluvia, con sus alas verdinegras. El frío de las mañanas, cuando camino hacia el colegio, con los restos del desayuno subiéndome como una bola de fuego ácida por el esófago. Las

cuadras sucias de barro y escarcha, las ventanas bajas y enrejadas, las flores mustias alrededor del enano de jardín que alza su carretilla de cemento, el perro inclinando el cuarto trasero para soltar su gusano de mierda. El sonido de las campanas, llamando los domingos a misa, y el frío de esa salvación suministrada en latín a través de los altoparlantes. El rezo rebota contra los vidrios sangrantes, espanta a las palomas. *In tenebrae, ora pro nobis*. La horrible arquitectura de los suburbios, un lenguaje que diseña las vidas desde el nacimiento. Después de eso, ¿qué esperar? En lugares como aquellos, uno ya sabe de antemano que cualquier cosa que emprenda y cualquier cosa que desee le llegará empobrecida y degradada, las mejores mujeres serán de otros, otros vivirán los sueños de felicidad que nos estaban destinados, otros llevarán mejor que uno el curso de las pasiones por las que hubiésemos dado la vida.

De todos los momentos, también había momentos dichosos. Se sabe que las familias de inmigrantes pobres fundan su idea de felicidad en la preservación de la vida. Y como no hay dinero para ir al médico sólo queda mantenerse vivo tragando comidas saludables y (en la medida de lo posible) abundantes. Me crié a fuerza de sopas de gallina, que se hervía íntegra en grandes ollas, a conciencia, para que el cuerpo muerto fuera soltando en el hervor las sustancias alimenticias y salutíferas, desliendo sus vitaminas y proteínas y calorías de la materia carnosa y diseminándose en el caldo denso. El pollo se metía entero, pero antes se trozaba en partes pequeñas, porque otra idea de la época era que el cuerpo muerto era un compuesto que sólo en un estado próximo a la desintegración liberaba todas sus virtudes, las que, puestas a fuego lento, se mezclaban con las de las legumbres y verduras que lo acompañaban, al tiempo que recibía las de sus compañeros de cocción. El cocido resultante era una constelación de lamparones de grasa amarilla, coágulos de mérito alimenticio, que brillaban en la superficie, algunas veces atravesadas por islotes sobrevivientes de una inundación, árboles secos: las garras de la gallina hervida, que emergían desde el fondo. Garras sobrecogidas por el dolor del momento final, se las veía curvas, las uñas negras de la roña de esos baldíos donde cada una de las bestias supo buscar su alimento, y que por obra de un beneficio simpático seguía allí presente y presidiendo el hervor, las uñas negras de una tierra que también es alimento. Mentiría si anotara ahora que aquello me daba cierta repulsa. Al contrario, la perduración, el testimonio de lo bestial, me unía de alguna manera con aquel pasado remoto del que todos procedemos en la cadena de las generaciones. Así como la gallina supo ser dinosaurio, y el dinosaurio emergió algún día de las aguas, nosotros, que fuimos simios, conocimos antes la condición de pez. Tomar esa garra como una presa, morder con fruición el músculo donde nace la pata, era, de alguna forma, como ir

hacia atrás en el tiempo, fundirme en ese infinito de indiferenciación donde termina lo diverso, hasta masticar y tragarme el sentido mismo de la patria.



El martes 18 de enero de 1994 el crucero Odessa atracó en el muelle Storni de Puerto Madryn. Cuando José Vogel, uno de los pasajeros, se dispuso a bajar la rampa que lo conducía hasta el puerto, no sabía lo que le esperaba. La mayor parte del pasaje era de origen alemán. En esos días, la ciudad de Madryn parecía una pequeña ciudad alemana. José Vogel era argentino pero hablaba perfecto alemán. Hacía muchos años que por su trabajo vivía en Hamburgo.

El jueves por la tarde volvió de visitar la pingüinera. Para él, la ciudad no ofrecía ninguna diversión nocturna. Salvo algunos pubs donde podía tomar cerveza. Por la noche, después de cenar, cuando volvía para su hotel, se detuvo ante la vidriera del estudio de fotocolor Stuttgart, que exhibía su galería de fotografías que después se publicaban en la página del diario Chubut en la sección: *Mundo social madrynense*. De esa manera, Vogel se enteró que al otro día, la noche del viernes, se celebraban una fiesta de cumpleaños de quince y una boda. Vogel ignoraba por qué razón del destino se había detenido frente a aquella vidriera.

A la mañana siguiente, Vogel alquiló una camioneta para recorrer la península.

Ese mismo viernes los bomberitos de Madryn fueron llamados para ayudar a sofocar un incendio que se había iniciado a las tres de la tarde en unos campos situados al noroeste de la ciudad. Algunos bomberitos fueron vestidos ligeramente de verano, sin uniformes ni equipos, algunos hasta calzados con ojotas. Marcharon desprevenidos hacia lo que aparentaba ser una aventura juvenil. Era viernes, y seguramente el incendio hubiese sido una anécdota para contar el fin de semana en el baile del sábado para seducir a alguna chica. No sabían que lo que les esperaba era una trampa de fuego. No sabían que las llamas eran verdaderas.

A pesar de su juventud, lo que impulsaba a los bomberitos podía llamarse vocación. Tal vez un relato que ni siquiera les pertenecía a sus padres sino a los padres de sus padres cuando en la infancia solían correr detrás del carro de bomberos. Primero tirado por caballos, después transformado en auto bomba. Corrían detrás del sonido de la sirena para ver dónde era el incendio. Es probable que esa tarde respondieran al mismo llamado.

Ese viernes 21 de enero, la información fue llegando de manera fragmentaria y confusa. Eran 25 bomberitos y tenían entre 12 y 23 años. Eran dieciocho varones y cinco mujeres. Salvo dos, murieron todos. Corrieron veinticinco minutos tratándose de alejarse del fuego y del humo. Murieron asfixiados. Cayeron extenuados por el calor, el cansancio, y las dificultades respiratorias. El viento los desorientó y escaparon en la dirección equivocada. El fuego los estaba esperando. Dicen que los cuerpos estaban cubiertos de ceniza.

Vogel había demorado su viaje por la península hasta después de la siesta, un poco por modorra y otro poco por seguir la costumbre del lugar. Salió por la tarde pero ya en las afueras de Madryn las salidas de la ciudad estaban cortadas por el incendio. En medio de la ruta, detuvo la camioneta porque experimentó el mismo miedo que tenía, como en su juventud, cuando era aprendiz de bombero.

Lo cierto es que ese viernes la sirena no estaba en el mar sino en los pastizales. No hay nada más asqueroso que morir entre los pastizales. Más que una muerte natural o accidental, parecían pequeños asesinatos.

Puerto Madryn, una ciudad acostumbrada a ser visitada por ballenas, esperó inútilmente que Leviatán vomitara a su Jonás. Hicieron vigilia. Algunos en silencio, otros lloraban, algunos rezaban, otros no maldecían por el temor supersticioso de agraviar a Dios del que todavía esperaban un milagro. Los esperaron cada día pero ninguna ballena escupió sus cuerpos. Ni vivos ni muertos. No fue como en algunos de los naufragios cuando en la costa, padres, hermanos, amigos, novias y, simplemente, gente de Madryn, esperaron noches enteras.

Se los llevó el fuego, no el agua. Una ráfaga. De golpe cambió el viento. Por eso Leviatán no podía devolverlos, porque de ser posible, hasta la ballena infernal los hubiera vomitado de sus entrañas.

El que estaba solo en la costa, era Vogel. Sus conocimientos científicos y su curiosidad no lograban imponerse al dolor que sentía. En medio de la arena desierta se preguntó: “¿De quién partió la orden que los precipitó en la hoguera?”

A la mañana siguiente, cuando Vogel hojeó el diario que contaba la tragedia, notó que en las fotos en blanco y negro no se veía el color del fuego. Como si las fotos en esos colores custodiaran cierta intimidad del luto. Los bomberitos iban a ser velados en el gimnasio municipal. Vogel recordó las cosas que se contaban en el cuartel de Echenagucía donde fue bombero. La prueba de fuego que les hacían pasar a los bomberos nuevos era esperar la medianoche para atravesar las instalaciones del museo. Las

condecoraciones, las placas. Las fotos. Le solían echar la culpa a las galas que son los uniformes de los bomberos que murieron y que descansan en vitrinas en el museo de la planta baja. Las galas le dan vida a los muertos. Si pasaban el bautismo, la próxima prueba era limpiar los baúles de los muertos. Pero en los cajones no había muertos. No había nada, lo cual era quizás más aterrador. Estas historias de aparecidos se contaban porque en un tiempo velaban a los muertos en el cuartel.

Vogel hacía más de veinte años que había perdido a su mejor amigo en un incendio. Los dos eran bomberos. Lo que lo obsesionaba era que él había soñado con un incendio, una semana antes del siniestro. Un sueño en llamas, un incendio en una fábrica de pirotecnia. Era como si el mundo nunca terminara de estallar. Como la cabeza atormentada de Vogel, por no haberle avisado a su amigo de aquel sueño.

Tal vez por esa razón, cuando Vogel vio pasar el auto bomba amarillo que llevaba los ataúdes sintió que su corazón era una bomba a punto de explotar. Las coronas de flores eran una herida roja que colgaban frágilmente del vehículo como si en cualquier momento estuvieran a punto de caerse. Sin embargo, una fuerza superior parecía atarlas a las escaleras de bomberos que amenazaban con levantarse hasta el cielo para pedirle a Dios la clemencia que nunca había tenido.

El auto bomba hizo sonar la sirena. El sonido no sonó como una señal de alarma, sino como un aullido, un grito que redobló el grito de la gente. El dolor aullaba por la calle. Y los neumáticos negros eran una señal del luto en movimiento.

Ya en la iglesia del cementerio, cuando Vogel escuchó el tono bienaventurado del sermón final con el que el cura despidió a los bomberitos parecía que lo sucedido era asunto del cielo y no de esta tierra.

Cómo las dos familias decidieron lo de la boda, seguramente fue algo íntimo entre ellos y Dios. Y si intervino un sacerdote, para que la cosa se volviera un asunto del más allá y no de esta tierra, fue inútil.

Quizás el hecho de recordar que su amigo muerto, también estuvo a punto de casarse fue lo que hizo que Vogel se decidiera por ir a la boda. Los casaron. Ninguno de los dos estaba ahí de cuerpo presente. A pesar de esa circunstancia, no fue un casamiento simbólico. Sin embargo, no fue una ceremonia macabra. En el altar había tres fotos. Dos retratos: uno del novio y otro de la novia. Detrás, otra foto en que la que la pareja estaba frente a la vidriera de la casa de fotografías. La foto la había tomado el padrino de la boda. Entonces los dos bomberitos no sabían que no tendrían otro futuro que estar en la memoria luctuosa de los otros.



Los dos anillos con sus nombres grabados fueron donados al museo del cuartel de bomberos. En medio de la ceremonia, un cura los bendijo. A Vogel le pareció que los anillos emitían un reflejo misterioso. Los anillos parecían dos espejos en llamas que reproducían la imagen de los novios.

Eran dos chicos creyentes. Los dos habían sido bautizados y habían tomado la comunión en esa misma iglesia. Hasta las mismas imágenes devotas, santos, Vírgenes, y Cristos siempre acostumbrados a ser contemplados, era como si hubiesen desviado la mirada del cielo para mirar el milagro que estaba sucediendo ante sus ojos, sorprendidos de que fuera ajeno a su voluntad. El que ofició de testigo de la boda vestía uniforme de gala. Era uno de los bomberitos que había sobrevivido. La madrina, la hermana de la novia. Los novios se conocían de la primaria. Esos amores que transcurren banco a banco. Esto último, y algunas otras cosas que Vogel ignoraba, se las contó el padre del padrino de la boda cuando volvían de la iglesia donde se llevó a cabo la boda póstuma. Se las contó emocionado pero sin ningún dramatismo. Con esa resignación que no da Dios sino la naturaleza.

Vogel no lograba recomponerse de cierta sensación escalofriante porque el casamiento post-mortem le parecía macabro. Pero en ese instante recordó la muerte de su amigo y el motivo que lo había decidido para asistir a la boda. Se lo comentó a su compañero ocasional, y esta confidencia íntima, lo habría de convertir en alguien que iba a estar presente en su vida para siempre. Entonces, con cierta timidez Vogel le preguntó:

- ¿No le parece que lo del casamiento fue excesivo?
- ¿Por qué? Si hasta el cura estuvo de acuerdo. Además, los muertos aún muertos, siguen haciendo cosas ¿O usted sólo sueña con vivos?
- Es posible que tenga razón. ¿Usted cree en el más allá?
- Ahora no. No sé qué me va a pasar cuando sea más viejo. En una de esas, como decía mi abuela, me muera con el Jesús en la boca.
- ¿Usted cree en la otra vida?
- No. Sólo que en los muertos está el futuro. Según los muertos que tuvimos es cómo vamos a vivir.
- Se refiere a los bomberitos.
- También a sus padres y a sus abuelos que fueron bomberos como ellos. En las fotos ¿no vio en sus ojos una mirada desafiante?
- Fue una imprudencia. Los responsables tienen que ir presos. Pienso en esos padres...
- Le pregunté si vio esa mirada.
- Usted porque no perdió ningún hijo.
- Se equivoca, perdí dos. Sin embargo, algunos padres piensan como yo. Están orgullosos.
- Le pido perdón.

-No lo critico. Es lógico. Pero no se desespere por entender o por estar de acuerdo. Simplemente tenemos preocupaciones diferentes.

-No crea. Soy ingeniero en suelos.

-Lo que pasó no es sólo una cuestión climática.

-Sin embargo, dicen que fue el viento lo que les jugó una mala pasada.

-No fue sólo el viento, también fue el hombre y alguna fuerza superior.

-Negligencia.

-¿Usted vino en el crucero?

-Sí...pero me quedé.

-¿Por qué?

-Lo que le conté cuando volvíamos de la iglesia. Cuando era joven fui bombero y perdí a un amigo.

-¿Muchos años?

-Unos meses. No pude soportar el olor a quemado.

-Es muy común.

-Creí que sólo me pasaba a mí.

-Hasta que no aparezcan los culpables los bomberitos, envueltos en llamas, volverán cada 21 de enero.

-La fuerza superior.

-No me refiero a nada sobrenatural. El mismo viernes alguien de Madryn ganó el bingo. Saque sus propias conclusiones. Es la suerte. La buena o la mala. ¿Se queda mucho tiempo?

-No tengo fuerza para irme. Sin darme cuenta, es como si yo también estuviese esperando.

-Lo entiendo.

Desde ese día en cada casa de Madryn se levantaría un altarcito privado. Una foto con uniforme que algunos no llegaron a estrenar y otros ni siquiera a tener. En esos altarcitos habría siempre velas encendidas. De día y de noche. Pero también es posible que hasta los más creyentes evitaran esa liturgia para que las fotos finadas no revivieran, ni la visión ni el calor de las llamas; ni siquiera de una llama votiva.

El padrino de la boda se llamaba Pedraza, y Vogel lo despidió en silencio. En ese momento, ninguno de los dos sospechaba que diez años más tarde se volverían a ver. Vogel volvió a Madryn y buscó a Pedraza. Al principio, sintió cierta inquietud por la posibilidad de no encontrarlo; a veces, diez es años es mucho tiempo, en otros casos no es nada.

Cuando se encontraron, se saludaron, y retomaron la conversación en el mismo punto en que la habían dejado diez años atrás. Vogel le preguntó:

-¿Ya se volvió creyente?

Pedraza demoró un instante en responderle. Estaba emocionado. Vogel no había vuelto en cualquier fecha sino un veintiuno de enero cuando se cumplía el décimo aniversario de la catástrofe de los bomberitos. Pedraza, lo miró a los ojos, Vogel también estaba más viejo; sin embargo, había algo en su mirada que lo rejuvenecía. Pedraza salió de su mutismo y se decidió a responderle. Si alguien hubiera presenciado la conversación, hubiera tenido la impresión que podía haber tardado un minuto o un siglo en contestarle.

-¿¡Vio que un día los bomberitos iban a volver!?

-¿Castigaron a los culpables?

-Todavía no.

-Sopla el mismo viento que aquel día.

-Es cierto. Esta vez no vino en crucero.

-No. Vine en micro desde Buenos Aires.

-Un viaje largo.

-Más de doce horas.

-¿Se queda muchos días?

-Tres o cuatro. Vine a cumplir acá mis cuarenta años.

-¿Una promesa?

-Digámoslo así.

Casi sin darse cuenta los dos hombres comenzaron a caminar y siguieron conversando, hasta que llegaron a la plaza de puerto Madryn.

-¿Vio el monumento? Ahora sólo van los familiares. Pero no se preocupe, si no soy yo, si no es usted, va a ver otro Vogel que va a volver cada veintiuno de enero.

-Pedraza, ¿Sabe lo que me gusta de usted?

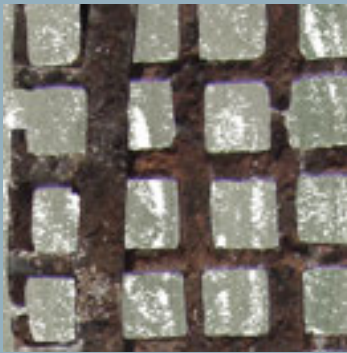
-No.

-Que nunca baja los brazos.

-Hay que seguir viviendo.

De pronto se encontraron frente a una escultura de mármol. Un bombero sosteniendo un chico en sus brazos, socorriéndolo. Lo rodeaban veintitrés aros de metal que representaban las almas de los bomberitos muertos en el incendio. Los aros se movían con el viento. Al amparo de esa escultura blanca, las siluetas de los dos hombres se fueron alejando. Mientras caminaban, seguían conversando. Vogel le preguntó a Pedraza si conocía Ushuaia. Éste le respondió que no. Entonces Vogel lo invitó a acompañarlo.





Corre mayo de 2110. Camino solo por las calles de La Matanza. Hace rato que ya no escucho gritos ni llantos; todas las voces han sido calladas por las lenguas de fuego. Abajo, el suelo está anegado de ácido sulfúrico; arriba, descargas eléctricas cruzan el cielo, de norte a sur y de sur a norte. Sobre la Autovía Riccheri y los bosques de Ezeiza, otros relámpagos alumbran el fondo de la tormenta, encima de nubes saturadas de dióxido de azufre. Por momentos, pareciera que entre los chaparrones brillaran rayos de sol, formando arco iris petroquímicos. Pero la lluvia no cesa; al contrario, el cielo está tan cargado de los gases escapados de los depósitos y las naves sin mantenimiento, de los tanques abandonados por las empresas, de las fugas del cementerio de fábricas, que a los líquidos se suman las piedras. Suena el granizo de cristales y vitriolos azules, hechos de sulfatos cúpricos. Yo parezco bailar todos los géneros musicales del país, para esquivar las piedras. Al principio logro mi cometido, pero el clima, corrompido, se ensaña con la zona y lanza cada vez más objetos contundentes, lapidando casas, iglesias, escuelas y clubes. Entonces corro por la colectora y bajo por la calle Olavarría para refugiarme debajo de Puente 7, que todavía soporta el calor de los incendios cercanos. Me arranco una por una las esquirlas del cuerpo. Los dolores son intensos y siento que voy a desmayarme, pero atómicas crías empiezan a crecer en los tajos y las raspaduras, rompiendo las cáscaras de sus huevos minúsculos, que se derraman a los costados. Primero se calcifican los huesos, luego se bifurcan venas y nervios, después brotan gránulos de carne hasta que finalmente las heridas se recubren de piel, de pelo y de uña. Ya recuperado, me siento en una parte seca del piso y respiro, hondo, oxígeno mezclado con gas venenoso. Mi nombre es Juan sin Tierra, soy un hombre regenerativo, mutado por acción de las aguas residuales de la Cuenca Matanza-Riachuelo. Cuando me corto una oreja, vuelve a crecerme; cuando me corto un dedo, vuelve a crecerme; cuando me corto la lengua, vuelve a crecerme.

De pronto, ha dejado de llover. Me levanto y dejo el puente. Empiezo a caminar por la Riccheri. A la derecha, los monoblocks de Tapiales se han derrumbado; a la izquierda, los Edificios de Villa Celina, aún en pie, son dragones de cien bocas, exhalando humo de todas las ventanas. En sus terrazas, los pararrayos están al rojo vivo, chispeando estáticas. Sigo adelante. Cruzo lo que queda de los puentes y peajes. En el aire, los aromas

de azufre se han mezclado con el olor de la carne quemada. Alrededor, seres humanos y animales carbonizados cubren el paisaje. Prefiero dejar la autovía y seguir a campo traviesa por los terrenos baldíos, más allá de Camino de Cintura, hacia el interior de la Provincia, así que me interno en los basurales, las carboneras y los campos galvanoplásticos. Los hombres gatos se esconden asustados en los árboles. Los infracaballos, equinos del tamaño de hormigas, galopan histéricos entre pastos transparentes. Yo escalo montañas de basura y me abro paso a través de los charcos aceitosos de vitriolo, que burbujan como si la tierra hubiera alcanzado su punto de hervor, puesta a fuego máximo en una inmensa olla de aluminio, fabricada quizás en otra época por CAMEA, cruzando la General Paz. Probablemente, de sus galpones deschapados y edificios en ruinas, de sus viejas fraguas y hornos de fundición, también escapan gases y líquidos contaminantes por la falta de cuidado, afectando el clima. Igual que sus vecinas INTA, Pirelli, EGP, Química Helium y Jabón Federal, hace tiempo que la Compañía Argentina Metalúrgica de Estaño y Aluminio es una bomba a punto de estallar, abandonada y librada a la suerte, o apenas custodiada por uno o dos serenos dormidos junto a sus radios, cuyas agujas, enloquecidas por los climas paranormales del cordón suburbano, rebotan sintonías entre los monoblocks de los barrios vecinos mezclando tiempos, en un dial que salta del 2000 al 2100.

A lo lejos, me parece ver una cara dibujada sobre la tierra, al fondo de un valle artificial, formado por las paredes residuales que acumula la lluvia. Debo estar en el Partido de Esteban Echeverría y aquel debe ser un Barrio Busto, una localidad construida a semejanza de un prócer. Avanzo cien metros, haciendo equilibrio sobre las murallas de chatarra. Las suelas de las zapatillas se derriten poco a poco, no por acción del ácido, ya que mis calzados son de goma y resisten la corrosión, sino por la temperatura del metal. Tengo que apurarme. Bajo a los saltos, pisando techos y capós de camionetas y autos antiguos, Peugeot, Renault, Ford y Chevrolet de los años 2040, 2050, 2060. Ahora voy por una llanura de basura petrificada. Los residuos se cierran en pequeños montículos hasta que la erosión los parte al medio, quedando el piso salpicado por geodas de basura abiertas, donde brillan, como cuarzos y amatistas, latas oxidadas, vidrios de botellas, miembros descuartizados de muñecas, juguetes en general y, sobre todo, muchísimos papeles y cartones petrificados. Por curiosidad, me pongo a leer un libro abierto, pero sólo un fragmento, porque es imposible dar vuelta las páginas, así que no puedo saber de qué año es ni quién es el autor. Por lo poco que leo, se trata de una historia de amor entre dos niños, uno argentino y la otra boliviana, durante el siglo XX. Levanto la vista. Alrededor, cientos de libros, petrificados azarosamente, cuentan partes de sus historias. Entre ellos, camino, picoteando un poco de amor,

un poco de guerra, una historia policial, una historia de aventuras. Este, me cuenta el final; ese, me cuenta el principio; aquel, no me cuenta nada, porque quedó abierto entre páginas en blanco, ¿o fue la lluvia que en vez de petrificarlo le borró la tinta? Pensarlo no tiene sentido, así que sigo adelante, hasta que por fin llego al Barrio Busto. En la entrada, un cartel me da la bienvenida. Debajo, yacen cuerpos, cuerpos, cuerpos.

El fondo del paisaje me sopla nubes de humo negro y los muertos desaparecen de la escena igual que yo. No queda otra alternativa más que caminar sobre los cadáveres invisibles, pisar las piernas, espaldas y cabezas que imagino, llorar por ellos o por mí, pedir el sol o la luna, mientras tanteo con las manos la negrura, el aire espeso casi como el agua, que me obliga a dejar de caminar y a empezar a nadar, brazada tras brazada, en la atmósfera líquida que reina en el Conurbano Bonaerense, cuando yo, regenerándome, muero y resucito, muero y resucito, en el último de los barrios y en el último de los años.

De a poco, el humo se disipa y entonces vuelvo a ver. Ahora estoy en una calle bulevar. En su división, adornada de canteros, se oxidan distintas flores galvanizadas. Rosas de cobre, jazmines de bronce, malvones de alpaca, deshojándose o quebrándose en los tallos, por acción de los ácidos. A los costados, la mayoría de las casas siguen en pie y son llamativamente bajas, hechas para niños o para enanos. No veo a nadie vivo. En las veredas, las carnes se pudren y los huesos se carcomen. Las caras yacen desfiguradas o cubiertas de ceniza. Entre la gente, cientos de pájaros caídos corren la misma suerte. En el aire, flota lo que queda de ellos, plumas blancas, negras y grises que, levantadas por alguna ráfaga de viento, dan la sensación de una nevada.

Explorando, doblo en una callecita interior. En esta parte no hay cadáveres. Me asomo a la ventana abierta de una casa y después me meto, con dificultad, debido a su pequeño tamaño. Entro al living y después voy a la cocina, en busca de comida y agua. Abro la heladera y el ambiente se inunda de olores nauseabundos. Los alimentos que contenía están podridos por la falta de electricidad. Después, abro las alacenas y mi suerte mejora, ya que encuentro varias cosas, galletitas, paquetes de arroz y fideos, latas de picadillos y atún, incluso botellas de jugos y gaseosas. Destapo una y tomo con desesperación, pero la garganta, sensibilizada por el humo y los gases tóxicos, me arde terriblemente, pese a mi capacidad regenerativa, como si me la hubieran prendido fuego. Con sufrimiento, bebo despacio, gota a gota, porque estoy muerto de sed. Después, me pongo a buscar un bolso donde cargar los víveres. Atravieso un pasillo y me meto en una pieza. Investigo los placares y las cajoneras,



hasta que encuentro varias mochilas. Las agarro todas porque son muy chicas. Cuando estoy a punto de salir de la pieza, descubro en un rincón a un gato manchado. ¡Está vivo! Al principio, me asusto; después, me acerco con cuidado. Me mira fijo; no parece tener miedo. Sus ojos me llaman la atención. Son tan grandes que le ocupan casi la mitad de la cara. Me acerco más, hipnotizado. Sus pupilas verticales se dilatan y ahora lucen redondeadas y profundas, como pozos sin fondo. Observo en sus profundidades. Atravieso lluvias de grises y chispas de rojo hasta que los colores cobran formas en las pantallas. Entonces, empiezo a ver imágenes mezcladas, cosas que he visto en el pasado y otras que jamás han sucedido, pero que, en este instante, comprendo que en algún momento pasarán. Lo que veo al principio, seguro volveré a verlo mañana, o la semana que viene, o el mes que viene, nada que me sorprenda: ruinas, fuego, lluvia ácida. Pero, de pronto, una escena imprevista me descoloca. En los ojos del gato manchado, me veo a mí mismo, riendo y en paz, junto a una mujer y tres niños. No los conozco pero comprendo que formamos una familia. Salimos de nuestra casa y paseamos por un barrio donde nada está destruido. El cielo es azul y los jardines están verdes. Los vecinos nos saludan y nosotros los saludamos a ellos. Todos estamos vivos y contentos. Desconcertado, aparto la vista de los ojos del felino. ¿Será posible lo que me muestra este oráculo? Vuelvo a la cocina y cargo las mochilas. Antes de salir de la casa, abro una lata de picadillo y la dejo en el piso, para que coma el gato. Después, salto por la misma ventana que usé para entrar, retomo la callecita y vuelvo al bulevar, entre cadáveres, y emprendo camino hacia el final del barrio, en dirección sudoeste, bajo la nevada de plumas y la lluvia de fuego, pensando en aquella mujer y en aquellos chicos que me mostraron los ojos.





Qué pregunta. No sé si podré responderla. En principio, a mí me parece que antes las cosas estaban bastante mejor, señorita periodista, qué quiere que le diga. Nosotros, de muchachos, hacíamos mucho más caso. Éramos más respetuosos. Ahora, no. Ahora, cada uno hace lo que se le antoja. Algo sé de lo que pasaba antes y de lo que pasa ahora, tengo ochenta y ocho años, nací en el año dos mil veintiuno. En julio, si Dios así lo permite, cumpliré los ochenta y nueve. Pero eso no tiene nada que ver. Volvamos a su pregunta. En Buenos Aires, seguramente debe ser distinto. Usted sabrá, que viene desde allá. Debe haber más controles y entonces la gente usará los trajes globo. Acá no. Se quejan de que son incómodos, de que les quedan mal, de que cuando se los ponen parecen astronautas, de que les molestan para maniobrar, de que no son libres con semejantes ropas encima y un sinfín de tonterías por el estilo. Por eso, señorita periodista, esto ya se sabía que iba a ocurrir. Todos sabíamos que iba a terminar mal. Estaba cantado. Lo veíamos venir. Al intendente no lo quieren ni los perros, esa es la pura verdad; es demasiado soberbio, el gordo Panissa. Su padre, el intendente anterior de San Carlos, era mucho mejor persona; con éste, en cambio, no se puede hablar, se piensa que se las sabe todas. Creo que es Licenciado en Oleaginosas y Afines. Capaz que es por eso. El padre no era nada, no tenía título universitario como él quiero decir, había sido empleado en el tren de alta velocidad y entonces actuaba con más humildad, no se llevaba a la gente por delante. Panissa, en lugar de hablar con los pibes y convencerlos, no, decidió que la solución pasaba por la mano dura. Ahí fue cuando contrató a uno de los que ahora mataron, a Tortani, y lo puso a cargo, con plenos poderes, de la Secretaría de Tránsito del Espacio Común. Tortani, el ahora difunto, no tenía ningún estudio especializado, sin embargo, supo darse maña, no era ningún tonto. Al principio, salía a perseguir a los pibes con los coches celestes. Pero los pibes se le escapaban. Siempre se le escapaban. Y encima se le reían en la cara. Entonces, con la sangre en el ojo, fue que se le ocurrió lo de la red. Un gran invento. Si hasta se lo copiaron en otros países y todo. Bueno, pero eso usted ya lo sabe, señorita periodista, Buenos Aires fue una de las primeras mega ciudades que adoptó el sistema de la *red caza fugitivos* de Tortani. Mejor volvamos acá, todo eso usted ya lo conoce. Entonces, y como le iba diciendo, acá, los Vigilantes del Espacio Común dejaron de utilizar los coches celestes y empezaron a salir, de a dos, en sus motos de aire. Uno conducía y, el que iba atrás, de acompañante, era el

que cargaba el caño de red. Y la cosa, por un tiempo, se calmó. Por un tiempo. No se vaya a creer que la paz duró mucho. Duró justo hasta que a uno cualquiera de los pibes del pueblo se le ocurrió la infeliz idea de inventar el *sable filoso*. Algunos pibes también son mañosos, no se vaya a pensar que todos son zonzos. Ni ahí. De más está decirle, señorita periodista, que la famosa red de Tortani era muy poco lo que podía hacer contra el sable filoso de los chicos. Muy poco. El sable las cortaba con facilidad. A los únicos que podían agarrar, entonces, era a los que andaban solos en sus motos de aire. A los que iban de a dos, por las dudas de que el que iba atrás llevara el sable escondido, ni siquiera les arrojaban la red; el intendente Panissa, por esos días, se había quejado del excesivo dinero que estaban gastando en redes y entonces Tortani prefería, desde cierta lógica, perder a sus presas y no perder el trabajo. Igual, señorita periodista, y a pesar de todas estas cosas que le conté, los accidentes se seguían produciendo. No hubo ninguna merma, a partir de la llegada al poder espacial de Tortani. Es más, hasta me animaría a asegurarle que se multiplicaron por tres o por cuatro. O incluso más. Los muchachos son rebeldes. En todas las épocas, los muchachos fueron rebeldes, en mi época también. Y entonces, claro, no les alcanzó con burlarse de Tortani. Fueron por más. A modo de venganza, dejaron de utilizar las avenidas aéreas determinadas por el municipio y comenzaron a volar con sus motos de aire por donde se les ocurría. Sobre todo los fines de semana cuando se emborrachaban o se drogaban. Ahí vino lo peor. Los choques se sucedían, quizá igual que antes, no sé, pero lo complicado era que los chicos caían en cualquier lado y, al caer, traspasaban los techos de las casas y, además de matarse ellos, mataban a la gente que, de manera inocente, estaba viendo la tele o durmiendo. Un horror. Hace un año, sin ir más lejos, en una misma noche de sábado, murieron siete personas: tres pibes motoaireros y dos parejas que estaban haciéndose mimos en un hotel. Por supuesto, en Buenos Aires ni se enteraron, seguramente en esos días había noticias más importantes que atender. Pero acá, al día siguiente, la gente se movilizó hasta la municipalidad para pedirle a los gritos al intendente que por favor hiciera algo al respecto. Otra oportunidad para el gordo Panissa. Otra oportunidad que desaprovechó. Prefirió, nuevamente, la mano dura. Destinó, mediante un decreto, el doble de dinero para la construcción de redes. Eso fue todo lo que se le ocurrió. La gente, de inmediato, se dio perfecta cuenta de que la decisión no era la adecuada y entonces los ricos, rápidamente, se mudaron a las afueras, a los sitios en donde no había tránsito de motos aéreas. Y aquellos a los que no les alcanzaba la plata para semejante mudanza, se decidieron por colocar colchones de aire en sus techos. Se imaginará, señorita periodista, de quién fue la idea de los colchones de aire protectores. De Tortani, por supuesto, querida. Incluso, la empresa que los confeccionaba y los colocaba

era del mismo Tortani y hay quienes repetían a los cuatro vientos que el gordo Panissa se llevaba una buena tajada en el negocio. No sé si es verdad. Eso es lo que se decía. Lo que sí es verdad es que, a partir de entonces, el malestar del pueblo, sobre todo de los que no habían podido mudarse ni acceder a la compra e instalación de los colchones de aire, fue incrementándose cada vez más. Por eso le dije al principio que esto se venía venir, que a ninguno nos tomó por sorpresa lo que ocurrió ayer. Iba a pasar. Tarde o temprano, iba a pasar. Claro que pasó en la madrugada del veinticinco de mayo. Y no de cualquier veinticinco de mayo, justo cuando íbamos a festejar el tercer centenario de la revolución patria. O por ahí pasó por eso. Qué sé yo. Como el gordo Panissa había preparado el festejo del aniversario con tanta alharaca, cuando todavía faltan demasiadas cosas en el pueblo, quizás eso fue lo que encendió aún más a la multitud. Aunque nunca se sabe qué es lo que enciende a una multitud. El hecho concreto es que se juntaron varias cuestiones. La primera, desde luego, son las doce caídas que se produjeron ayer por la noche. Doce, me entiende. Una de ellas acá en el patio de mi casa, supongo que por eso es que usted se acercó a entrevistarme. Yo estaba durmiendo. Tuve suerte de que no me cayó en la habitación, nunca pude ahorrar para el colchón de aire, soy jubilado, no sé si me comprende. Sin embargo, le juro que yo no salí a incendiar nada. Escuché el ruido del impacto y, de inmediato, llamé a la ambulancia celeste. No quise ir al patio solo. No me animé. Esperé a que llegara el médico y los enfermeros para salir junto a ellos. Me cuido, ya tengo mis años y el estrés no me hace nada bien. La segunda cuestión, como ya le dije, quizás haya sido la pomposidad con que el intendente pretendía festejar el nuevo centenario patrio. Y la tercera, la fundamental a mi leal saber y entender, fue la caída que sufrió la casa del polaco Sagasta. Sí, el polaco Sagasta, no me mire con esa cara. Polaco por parte de madre, no por parte del padre. No se ría. Así de confusas suelen ser, a veces, las herencias de apodos en los pueblos del interior. Pero déjeme continuar, señorita periodista, si no, esto se va a hacer eterno. La caída en lo de Sagasta, me da la impresión, fue la gota que rebalsó el vaso. Sagasta no es rico. Qué va a ser rico. Es un tipo labrador, tiene una vidriería. Y ahorró durante varios meses para comprarse sus colchones de aire protectores. Hizo colocar uno en el techo de la habitación de sus hijos y, después de un tiempo, cuando pudo volver a juntar plata, hizo colocar el de su propia habitación. Hacía menos de un mes que se lo habían instalado. La moto de aire cayó en su cuarto, el bendito colchón no la pudo contener y, casi en el acto, murió su señora. Qué le parece. Un drama. Y una estafa, además. El colchón de aire tenía todavía la garantía vigente. Trate de ponerse en el lugar del polaco, señorita; el tipo enloqueció, agarró un palo y se fue, así como estaba, medio desnudo, hasta la casa de Tortani y lo mató a palazos. Hacía rato que había salido el

sol, ya había gente en la calle, la gente se solidarizó, el polaco es muy querido en el pueblo, y entonces, en menos de un hora, mataron al resto de la cuadrilla de Vigilantes del Espacio Común y mientras tanto, con entusiasmo, quemaron todo lo que iban encontrando a su paso. Si no lo mataron al gordo Panissa fue porque no lo encontraron, parece que ni siquiera vive en el pueblo. Y eso es todo, señorita periodista, aunque no sé muy bien si le contesté lo que me había preguntado.







Estamos apretados: estamos muy apretados. Es urgente que lo sepan los integrantes de la Junta Grande, apenas consigan reunirse, según entendemos que lo intentan, en algún lugar de Europa. ¿Habrá manera de que nuestra situación sea fehacientemente conocida por Ese Gran Argentino, apenas desembarque de la cañonera y tome nota del estado de las cosas por estas horas? Porque la verdad, y no es por quejarse, es que estamos demasiado apretados, muy pero muy apretados. No somos muchos, nunca lo fuimos. Ni siquiera cuando bajaron de los barcos los europeos del Proyecto Sarmiento alcanzamos a ser demasiados; siempre pudimos estirar las piernas con holgura, estar un poco solos, quedarnos apartados; siempre precisamos alzar bastante la voz para hablarnos unos a otros, siempre estuvimos más bien dispersos, aquejados por la extensión. Ahora no, ahora estamos apretados. Muy pero muy apretados. Hacínados yo diría. No éramos tantos, y después quedamos menos. Unos cuantos fueron muriendo en la aglomeración, asfixiados, pisoteados, la noche del Gran Repliegue. Los argentinos aterrados pugnábamos por salir todos juntos y todos por el mismo puerto. No puedo jurar, aunque quisiera, que yo mismo no he pisoteado a unos cuantos; en especial a los que, por pesados o por lerdos, se iban hundiendo en el barro, pues las costas de la Patria Querida son barrosas en ese sector. Casi la mitad, según calculo, habrá perecido en ese trance tan penoso. Pero había que evacuar a cualquier precio. Los restantes, a mi entender la mayor parte, perdió la vida en el cruce del río. Este río, nuestro río, el río color de león, el río más ancho del mundo. Debo decir, y no es una protesta, que no se cumplió la promesa formulada por Ese Gran Argentino: las aguas del río no se abrieron a nuestro paso. No se abrieron, así de simple, siguieron ondeando como si tal cosa. No lo digo como protesta, sino porque me parece conveniente que tan notorio contratiempo sea conocido por Ese Gran Argentino, apenas desembarque de la cañonera y se haga un cuadro de situación de lo que ha estado pasando. El río no se abrió a nuestro paso para dejarnos cruzar y salir. Y hubo muchos que perecieron porque no sabían nadar. O sabían, pero no estaban en condiciones de sostener tanto braceo y tanto pataleo, el necesario para llegar hasta la isla según el plan previsto en el instructivo del Gran Repliegue. No llegaron, hubo muchos que no llegaron. Muchos se ahogaron en la costa, porque no sabían nadar, y muchos porque se cansaron o se acalambieron y se fueron hundiendo

por el camino, mientras nadaban. El agua aceitosa es más espesa y dificulta notablemente la natación. Debo decir, no obstante, y no por afán de denuncia, apenas como simple observación, que la mayor parte de los argentinos que quedaron en el fondo del río ni siquiera hicieron el intento de nadar o de flotar. Entraron en las aguas venenosas del río color de león caminando dócilmente, hasta tal punto daban crédito a las palabras proclamadas por Ese Gran Argentino con el megáfono que le arrimaron para que se dirigiera a la población desde la sentina de la cañonera justo antes de su partida. Le creían, le creyeron, tanto como para responder a la guía de sus palabras y no a la evidencia que a sus ojos se ofrecía, y que a todas luces dejaba ver que las aguas del río no se abrían a nuestro paso ni se abrirían nunca tampoco. No lo digo como queja, mucho menos como reclamo, sino apenas para que la situación pueda ser convenientemente evaluada por Ese Gran Argentino, cuando le cuadre, o bien por la Junta Grande, cuando consiga reunirse y existir. Con ese fin, y no con otro, anoto estas prontas palabras en unas hojas mal secadas que apoyo sobre algunas espaldas que se aprietan contra mí aquí en mi entorno. Porque ya lo he dicho, ya lo he dicho con claridad: estamos apretados. Hacinados en la isla, encimados unos con otros, aquí en la isla, los argentinos.

Un grupo del sur se subleva. Quieren volver a su Nada, añoran esa anchurosa Nada. Dicen que ningún lugar puede ser peor que éste. Les molesta la falta de espacio, pero más que eso la humedad. “¿Quién era Martín García?”, interrogó uno, apretujado. “¿Quién era, eh? ¿Quién era? Ni siquiera lo sabemos. No sabemos ni dónde estamos”. No duró mucho la perorata. Lo cuento porque quiero informar. Es gente del sur, añora su Nada. El Coronel del Pueblo los hace callar. Les chista y hasta pega un fustazo en el montón. “De aquí no se mueve nadie”, los conmina, “porque este suelo que pisamos es el suelo de la Patria Querida”. Mejor se van portando los del Norte, los Latinoamericanos. Esos sí que no dicen nada, como no sea para alertar sobre el asunto que más nos preocupa por estos días: el hecho indefectible de que el agua en las orillas esté subiendo. Fuera de eso se callan, e incluso eso más que proclamarlo lo murmuran. El agua del río está subiendo en las orillas de la isla. ¿Es creciente, es sudestada? No tenemos ni la menor idea. Perdemos gente en esos bordes, porque el agua se los lleva o al fin los tapa. Los que quedamos, más hacia adentro, nos vemos en la necesidad de apretarnos más todavía.

Créase o no, hay depravados que encuentran motivo de excitación en este estar tan en amasijo. A excitación sexual me refiero, y lo digo con el pudor del caso. Es inadmisibile, desde todo punto de vista inadmisibile, y

sin embargo ocurre. En las noches sin luna se agrava la situación y los fustazos del Coronel del Pueblo no dan abasto para aplacar calenturientos. Nadie lo dice, pero muchos lo pensamos: no es imposible que sigamos aquí, comiendo yuyos y tomando aguas hervidas, aún dentro de nueve meses. Quiera Dios que no: que prospere el Proyecto Oriental o que podamos retornar a nuestra Patria Querida. Pero quizás, y no hay que descartarlo, ni una cosa ni la otra ocurra antes de los nueve meses. Y en ese caso sería directamente suicida agregar habitantes a este suelo de la isla donde apenas cabemos los que somos. “Gobernar no es poblar” se convirtió en nuestra consigna; pero hay gente que no entiende, o entiende pero no quiere hacer caso, o quiere hacer caso pero no puede.

Veré de hacer llegar estas notas algo urgentes a los integrantes de la Junta Grande, no bien logre sesionar. La Insurrección del Sur recrudece y se hace difícil contenerla. Los más decididos exigen volver a la Patria Querida de inmediato. Dicen que su Nada los espera y que no aguantan más los mosquitos empapados del lugar. Hay un ala moderada dentro de los sublevados, acaso con apoyo de una franja de los del norte que añora sus siete colores, dispuestos a hacer una Expedición Exploratoria. Después de todo, así argumentan, no sabemos a ciencia cierta qué fue lo que pasó en el continente. Procedimos al Gran Repliegue cuando supimos del Derrame Letal que al parecer se tramaba, pero hay que reconocer que tienen razón los que dicen que carecemos de certezas al respecto, que no sabemos en verdad qué pasó.

El Primer Trabajador ha fabricado con sus fatigadas manos una radio a transistores casi buena. Funciona tan sólo en las noches y agarra Radio Colonia. Hace ruido en el parlante, pero es clara si se le coloca un audífono. El Coronel del Pueblo se encaja el audífono bajo la gorra y nos va comunicando lo que escucha. El Proyecto Oriental tan comentado, que es nuestra gran esperanza, en principio no prospera. Los hermanos del Paisito están dispuestos a recibirnos, pero no a dejarse anexionar declarando que cometieron un error garrafal al separarse de nosotros, nosotros la Gran Nación. No lo ven como un error, y mucho menos ahora. Ya cruzamos medio charco; si queremos cruzar la otra mitad y arrimarnos, nos harán lugar sin mayor queja. Pero ceder el Paisito y agregarlo a la Gran Nación lo rechazan absolutamente todos los que hablan por Radio Colonia en el tiempo que no ocupan los sorteos de quiniela y la tómbola. Lo toman a risa inclusive y hacen chistes no sin gracia.

¿Cómo podemos estar tan seguros, después de todo, de que los hermanos del Otro Lado produjeron en efecto el tan temido Derrame Letal? Lo dimos por descontado y procedimos al Gran Repliegue ordenado por Ese Gran Argentino. Nos vinimos para acá: a la isla que nos apiña y es ahora la Patria Querida. Pero en lo concreto no tuvimos confirmación de lo que sucedió después. ¿Y si al final no pasó nada? ¿Si fue todo idea nuestra? ¿Si nos dejamos llevar en demasía por nuestra eterna suspicacia con los hermanos del Otro Lado? No pocos juran que lo vieron, y que lo vieron con sus propios ojos sin mácula de susceptibilidad. Ahí donde yergue el Ande su cumbre más alta, y acuciados por la estrechez que los puso tan a lo largo, según parece ellos montaron los instrumentos para activar el Derrame. Se subieron, por así decir, al biombo de la cordillera, dispuestos a valerse de la pendiente de las laderas para inundar, para anegar, para cubrir la Patria Querida. Evacuamos, nos vinimos, pero un grupo de sublevados se propone hacer ahora una Expedición Exploratoria para verificar si algo pasó. El Coronel del Pueblo por ahora los contiene, previniéndoles que lo mejor es esperar a que la Junta Grande se reúna y se pronuncie. Por el momento hay que aguantarse acá.

Aguantamos, pero apretados. Muy pero muy apretados. Somos menos, si se lo piensa, considerando que el agua que sube en los bordes se va llevando a unos cuantos de nosotros. Pero la situación no mejora por eso, porque a la par que se los lleva reduce también con la inundación el espacio de que disponemos. ¿Cuándo se supone que empezarán a bajar las aguas? No hay creciente sin bajante y todo es cuestión de tiempo. En Radio Colonia daban informes al respecto, pero hace días que el aparato funciona mal y no recibimos noticias. Acaso ya se reunió la Junta Grande, acaso ya fue convocada por Ese Gran Argentino desde la cañonera, acaso los hermanos del Paisito han cambiado de parecer, y nosotros ni enterados estamos.

El agua avanza. Hoy trajo hasta mí una botellita vacía que flotaba en un remolino. Sentí pena o nostalgia al verla, me recordó a la Patria Querida. Me la guardé sin decir nada.

El Primer Trabajador logró por fin componer la radio y lo hizo con ventaja, ahora se escucha en gran volumen y para todos. La subida del río nos preocupa y esperamos con ansiedad el noticiero de las once de la noche. Nos sentimos en general tan agotados que nadie se ocupa ya de impedir que alguien procee o se subleve, empieza a darnos todo lo

mismo. Es efecto del agua que crece y que empieza a igualarlo todo. Las noticias llegan puntuales. Primero las de los vecinos: Peñarol y Nacional definen el campeonato de 2110. El turismo del mundo visita sus playas. Acaba de inventarse el lintermo, el termo que es también linterna. Ni mencionan el tema de la reunión con la Gran Nación de la que antaño se desprendieron. Tampoco dicen nada sobre nuestra Junta Grande o sobre el Derrame Letal en nuestra Patria Querida. Acerca del río señalan un hecho que más bien nos desconcierta: señalan que se encuentra en su nivel más bajo. Siguen luego con las noticias del mundo, pero ya nadie quiere escuchar.

El río está bajo, y no obstante en nuestras orillas crece y crece sin cesar. ¿Cómo se entiende? La conclusión es simple y terrible: no es el río lo que sube, es la isla que se está hundiendo. Demasiada gente, demasiado peso, nos vamos a quedar sin nada. Se hunde primero en los bordes, porque por su forma se hincha y aumenta justamente en la parte del centro. Pero es así: se sumerge, va para abajo, se va dejando tragar día a día por el río color de león. A juzgar por el ritmo del progreso de las aguas nos quedan no más de tres jornadas en superficie. Nos espera lo profundo, pero en sentido literal. No alcanzaremos a ser salvados por Ese Gran Argentino, ni aun cuando desembarque por fin. Tampoco por la Junta Grande, si por caso se reuniera. Se hunde la isla, la Patria Querida. La radio a transistores ha dejado de funcionar, se dice que el Primer Trabajador decidió dañarla adrede.

¿Quién era Martín García? Lo supe y no me lo acuerdo. Pienso en eso con ironía, porque tengo el agua hasta el cuello. Concluyo estas notas sobre el cuerpo fenecido de un compatriota flotante. Me dispongo a guardar las paginitas en la botella vacía que encontré y que conservé. Con un poco más de tiempo podría elegir a conciencia unas últimas palabras de envergadura: ay patria mía, muero contento, alguna frasecita así. Pero no puedo, nos tapa el agua. Lo cierto es que nos tapa el agua. No suena impactante, pero es la verdad. Nos tapa el agua. Nos tapa el agua. Nos tapa el agua.



Cualquiera estará de acuerdo en que cien años es demasiado tiempo para un futuro. Hasta en la Edad Media, donde supuestamente todo estaba inmóvil para siempre, las cosas cambiaban a mayor velocidad de lo que se supone. ¿Quién iba a imaginar, en el año 1010, que antes del fin de ese milenio el papa Urbano II iba a promover las Cruzadas? Esto cambiaría profundamente a Europa y al mundo. Con más razón hoy, entonces, donde las comunicaciones ayudan a que todo se acelere.

Sin embargo hay variables, que dependen de la decisión humana (el libre albedrío), que hasta un punto pueden preverse. Incluso los que creen en la astrología admiten que un horóscopo puede cambiarse para bien o para mal.

Con lo anterior quise decir que un país (al igual que un ser humano considerado de manera individual) tiene varios caminos, todos muy distintos y a veces hasta opuestos, para seguir. Si Argentina no equivoca el rumbo tendrá un futuro luminoso.

Cuando yo era estudiante había entre nosotros grandes enfrentamientos alrededor de la obra de Jean Paul Sartre. Algunos decían que era un negativo y un charlatán, poco menos que un monstruo. Otros, por el contrario, lo calificaban de luminoso y genio. ¿Pero saben qué?: todos lo habíamos leído. A mí los libros me salvaron la vida y no creo ser el único caso. Leyendo *La edad de la razón*, de Sartre, comprendí que yo estaba haciendo todo lo contrario a lo que necesitaba; que si seguía así jamás iba a conseguir para mí una porción de felicidad.

El problema de hoy es que cada vez se lee menos y esto pone en grave peligro la civilización humana. Las computadoras, la Internet, fueron inventadas para aliviar el camino del hombre, para mejorar la ciencia e incluso la cultura. Claro está que el Anti-ser (que algunos llaman Príncipe de las Tinieblas), en su infinita sabiduría, poco tardó en apoderarse de estos instrumentos. Hará unos dos años que se hizo un estudio en Corea del Sur, entre chicos de doce a diecisiete años. Se determinó que, entre ellos, los que más sabían de Internet y computadoras, eran los que tenían notas más bajas en el secundario. Por otra parte, no habían leído una sola novela en sus vidas y tampoco pensaban hacerlo. Es más: lo proclamaban orgullosos.

He sabido de quien ya se consiguió cinco novias en Suecia. Lamentablemente él no va a viajar a ese país ni ellas a la Argentina.



Chatear inútilmente con otros tontos ocultos igual que uno equivale a la suma de “ene” ceros: siempre será igual a cero. El vacío textual.

¿Saben por qué cayó la Unión Soviética? Por falta de imaginación. En teoría alguien que piensa dedicarse a la ingeniería no necesita leer cuentos o novelas. Pero no es así, puesto que la ficción enseña a imaginar. Si -por ejemplo- no tenemos economistas imaginativos, a la economía de las naciones (sostén de todo lo que hacemos) le espera un futuro desastroso.

Este pronóstico sombrío, que le cabe no sólo a la Argentina sino a todas las naciones, no es inevitable. Todo depende de los padres: si desean para sus hijos (y por lo tanto para la Patria) vidas más felices y completas deberán habituarlos a la lectura. Nunca se insistirá lo bastante en la importancia de esto.

Argentina ha sido (desde hace mucho tiempo) una gran exportadora de científicos. Estudian y se reciben aquí pero se van a otros países. Ciertamente no lo hacen por malos y desagradecidos, sino por falta de condiciones para el trabajo del investigador y del ingeniero. Esto podría corregirse a nivel Estado. Pequeñas, medianas y grandes empresas necesitan estímulo. Esto sólo puede darse con una política de impuestos bajos. Creo que fue el economista Laffer el que estableció una curva doblemente asintótica. En la abscisa puso los impuestos y en la ordenada la recaudación. Su conclusión fue ésta: subiendo los impuestos a la larga se recauda menos; bajando los impuestos a la larga se recauda más. De modo que al propio Estado le conviene. El pensamiento de Laffer es fácil de comprender: excesivos impuestos estrangulan al productor. Con bajos impuestos termina por recaudarse más porque las empresas prosperan y se multiplican. Así, justo por haber bajado los impuestos, mi recaudación será mayor.

Ya es así hoy, en parte, pero en unas pocas décadas el lenguaje que hablen los expertos en Internet será más incomprensible que el turco. En treinta años los “iniciados” en esta nueva religión mirarán a los *hackers* de hoy con infinito desprecio, considerándolos unos ignorantes. Poco menos que si se tratase de gente del neolítico.

Y es precisamente este lenguaje de secta una de mis grandes preocupaciones. Secta, ésta, que exalta lo virtual por encima de lo concreto.

Hoy pululan los juegos electrónicos entretenidísimos y perfectamente inútiles. A esos jugadores y “Maestros” de doce años más les valdría leer *Pinocho*, de Carlos Collodi.

Hay algo difícil de comprender, pero más vale que las naciones lo entiendan rápido, si queremos preservar la civilización. ¿Para qué sirven *La edad de la razón* de Sartre, *El manantial* de Ayn Rand, *El lobo estepario* de Hermann Hesse, *La Dama Gris* de Hermann Sudermann, *El golem* de Gustav Meyrink y *El hombre ilustrado* de Ray Bradbury? Para construir fábricas, satélites y usinas.

La ficción es el motor secreto de la realidad productiva. Sin capacidad de imaginar dejará de existir la medicina como ciencia, la física teórica, la economía, la abogacía y todo lo demás.

Aún estamos a tiempo de tener un buen y fuerte tercer centenario argentino. Pero para ello es necesario comprender que el año 2110 empieza hoy, en algún día del año 2010. “Una jornada de mil *li* empieza a nuestros pies” (Lao Tsé. *Tao Teh King*).

También nos dice el sabio chino: “Gobierna como si estuvieses fritando pescaditos”. ¿Qué significa? Poco aceite, poca intervención, unos pocos minutos. Esto es: si no lo traban con excesivos impuestos, el pueblo comercia y soluciona sus asuntos.

No puedo dejar de decir al menos unas palabras sobre las tarjetas de crédito y los teléfonos celulares.

A mi entender las tarjetas son una comodidad que resulta cara. Se puede sobre pasar con mucha facilidad (y, de hecho, se sobre pasa) la zona roja. Se gasta más de lo que se gana y esto pone en peligro la economía familiar. Lo mismo ocurre con las naciones. Crece la deuda interna y la externa y después nos agarramos la cabeza. La solución clásica de los gobiernos, para salir del mal paso (como la costurerita), es subir los impuestos. Ya hablamos de esta medida y de todo lo que tiene de distorsivo.

La Gran Depresión del año veintinueve sobrevino por la especulación y el exceso del crédito. Hay ahora una nueva crisis. Parece que tanto los gobiernos, como las personas individualmente consideradas, nada aprendieron del pasado. Hasta hace pocos años, en los EE.UU. tuvo lugar una orgía de préstamos tóxicos para la vivienda. Eran ventas a plazo otorgadas con mala intención. Los que firmaban, con la ilusión de la casita propia, no leían la letra chica. Era obvio para los gerentes que otorgaban, pero no para los firmantes, que no podrían llegar con felicidad al último pago.

Sé que el presidente Obama está interesado en aumentar la vigilancia bancaria para que estos sucesos no se repitan. Sólo puedo decir: ojalá el Presidente tenga éxito. Son muchos y muy fuertes los que se oponen a todo tipo de control.

El mercado inmobiliario es una parte demasiado importante de la economía para permitir que los tramposos jueguen con él.

No voy a hacer nombres, pero años atrás tuve el honor de escuchar las palabras de uno de los más grandes científicos que hayamos tenido. Me expresó un concepto que para mí resultó extraño: “¿Me quiere decir, Laiseca, para qué sirve darle tanta velocidad a los coches? Cuando yo era chico los automóviles no sobrepasaban los cincuenta kilómetros por hora. Llegábamos igual, más seguros y hasta disfrutábamos del paisaje. Hoy se va a ciento cuarenta, todo para no llegar a ningún sitio”.

Confieso que las palabras de este hombre me resultaron excesivas. Nada dije, no obstante, por respeto y prudencia. Cuánto me alegro porque ahora pienso igual que él. Antes, con menos velocidad, sí se llegaba porque había esencia y propósito.

Algo parecido ocurre con los famosísimos teléfonos celulares. Hemos llegado a una verdadera histeria en la comunicación. Más se habla y menos se entiende la gente. El proceso de distracción que se está viviendo es muy peligroso.

Hace muchos años un grupo de científicos argentinos creó la primera computadora de América del Sur. Si la memoria no me es infiel trabajaron (a pulmón, por cierto) José Babini hijo, Manuel Sadowsky y otro. De su propio bolsillo pagaron su viaje a Londres, por barco, de dos de ellos. Ya en esa ciudad compraron material de rezago destinado a fundición. Volvieron con su preciosa carga a la Argentina y, en un loft, construyeron nuestra primera computadora. A válvulas, por cierto, pues aún no se había inventado algo mejor.

El mantenimiento de este aparato (de bastante buena memoria para la época) era costoso, porque con mucha frecuencia las válvulas se quemaban. Ese loft parecía un pequeño país sometido a bombardeo enemigo.

¿Por qué cuento todo esto? Para recordar a todos que buenos y abnegados científicos siempre hubo en este país.

Deliberadamente en el pasaje que sigue no voy a hablar del daño sufrido por el arte. El golpe de Estado del general Onganía significó la casi extinción de la ciencia en Argentina. De este daño aún no nos hemos recuperado del todo. Se desmanteló aquello que se había armado con tanto sacrificio y patriotismo. Muchos científicos emigraron no porque temieron por su seguridad personal, sino porque las condiciones para la investigación ya no eran propicias. Cuando un estudiante de Exactas, por el solo hecho de serlo, es considerado sospechosísimo, es evidente que algo no marcha bien. No deseo ahora hablar de la versión corregida y aumentada del Proceso, así como tampoco de algún que otro gobierno civil que descuidó su deber de poner a la ciencia en intensiva.

Sé que el CONICET es apoyado en este momento. Eso es algo muy de agradecer. Sin embargo el daño recibido en décadas anteriores ha sido tanto que se requiere pensar en esfuerzos extraordinarios a nivel gubernamental.

Yo soy hombre del interior. Nací en Rosario pero no me crié ahí sino en un pueblo llamado Camilo Aldao, al sureste de la provincia de Córdoba. De esta manera yo, pese a todo el respeto que me merecen tanto Rosario como los rosarinos, soy cordobés.

Mi pueblito fue fundado hace 114 años. Cuando yo era chico la zona era agricolganadera. La cantidad de vacas que teníamos era lo bastante importante como para enviar todos los años, en camiones (nunca tuvimos ferrocarril), ganado en pie al mercado a término a Rosario.

Lo recuerdo como si fuera hoy y han pasado casi cincuenta años. Durante el gobierno de facto del Dr. Guido (los militares acababan de dar un golpe contra Frondizi y pusieron como jefe de Estado títere al Presidente de la Suprema Corte), el desgobierno respecto de la ganadería fue tal que un par de zapatos de cuero llegó a valer más que una vaca. Los productores, desalentados, liquidaron su stock ganadero. Nos dejaron con vaquitas suficientes como para abastecer a las carnicerías del pueblo y para, cada tanto, comer un asado en las chacras. Pero nada más. Camilo Aldao pasó a ser exclusivamente agrícola. Teníamos la cosecha fina (trigo) y la gruesa (maíz). También algún otro cereal.

A mí, de chico, la maestra me enseñó en la escuelita fiscal, que “el ahorro es la base de la fortuna”. ¿Saben ustedes cuál es la base del ahorro argentino? Nuestras chacras. Nadie sostiene la estupidez de que la patria debe ser exclusivamente agricologanadera. Debemos tener industrias y laboratorios de investigación que den trabajo a nuestros ingenieros, médicos, físicos teóricoprácticos y a todo el resto de los científicos. Pero yo, como hombre de pueblo digo que hay que escuchar los reclamos del chacarero pues éste es el ahorro de la fortuna del futuro. Que nunca más un par de zapatos valga más que una vaca, porque así no hay estímulo.

La escritora norteamericana Ayn Rand habla en sus libros a favor del egoísmo. Esto resulta chocante hasta que se lo entiende. Nosotros aceptamos el egoísmo protector que beneficia a todos. ¿Pero de qué se trata? Cuando el Estado permite un aumento legal de riqueza en los particulares, toda la Nación se beneficia por el asunto de empleos y la multiplicación de empresas. Si en nuestro campo, por ejemplo, han aumentado las ganancias por buenas cosechas (voy a decir algo raro) es el momento de bajar los impuestos. Recordar Ley de Laffer.

Unos cuatro años atrás anduve por el sur de Córdoba. Había soja sembrada hasta en las macetas de las abuelitas. Yo, a la soja, la llamo cariñosamente “la peste verde”, porque empobrece rápidamente la tierra. Los chacareros no son ni malos ni tontos. Cuando hacen algo es porque carecen de suficientes estímulos para la siembra de los cereales tradicionales.

Entonces: si volvemos a la recomendación de Lao Tsé, el sabio chino, nada impedirá que tengamos un futuro venturoso: “Gobierna como si estuvieses fritando pescaditos”. Poco aceite, poca intervención, unos pocos minutos. Ya lo dijimos: si no lo traban con excesivos impuestos, el pueblo mismo comercia y soluciona sus asuntos.



Muchas veces, cuando el almacén está vacío y sólo se escucha el zumbido de las moscas, me acuerdo del muchacho aquel que nunca supimos cómo se llamaba y que nadie en el pueblo volvió a mencionar.

Por alguna razón que no alcanzo a explicar lo imagino siempre como la primera vez que lo vimos, con la ropa polvorienta, la barba crecida y, sobre todo, con aquella melena larga y desprolija que le caía casi hasta los ojos. Era recién el principio de la primavera y por eso, cuando entró al almacén, yo supuse que sería un mochilero de paso al sur. Compró latas de conserva y yerba, o café; mientras le hacía la cuenta se miró en el reflejo de la vidriera, se apartó el pelo de la frente, y me preguntó por una peluquería. Dos peluquerías había entonces en Puente Viejo; pienso ahora que si hubiera ido a lo del viejo Melchor quizá nunca se hubiera encontrado con la Francesa y nadie habría murmurado. Pero bueno, la peluquería de Melchor estaba en la otra punta del pueblo y de todos modos no creo que pudiera evitarse lo que sucedió.

La cuestión es que lo mandé a la peluquería de Cervino y parece que mientras Cervino le cortaba el pelo se asomó la Francesa. Y la Francesa miró al muchacho como miraba ella a los hombres. Ahí fue que empezó el maldito asunto, porque el muchacho se quedó en el pueblo y todos pensamos lo mismo: que se quedaba por ella.

No hacía un año que Cervino y su mujer se habían establecido en Puente Viejo y era muy poco lo que sabíamos de ellos. No se daban con nadie, como solía comentarse con rencor en el pueblo. En realidad, en el caso del pobre Cervino era sólo timidez, pero quizá la Francesa fuera, sí, un poco arrogante. Venían de la ciudad, habían llegado el verano anterior, al comienzo de la temporada, y recuerdo que cuando Cervino inauguró su peluquería yo pensé que pronto arruinaría al viejo Melchor, porque Cervino tenía diploma de peluquero y premio en un concurso de corte a la navaja, tenía tijera eléctrica, secador de pelo y sillón giratorio, y le echaba a uno savia vegetal en el pelo y hasta spray si no se lo frenaba a tiempo. Además, en la peluquería de Cervino estaba siempre el último Gráfico en el revistero. Y estaba, sobre todo, la Francesa.

Nunca supe muy bien por qué le decían la Francesa y nunca tampoco quise averiguarlo: me hubiera desilusionado enterarme, por ejemplo, de que la Francesa había nacido en Bahía Blanca o, peor todavía, en un pueblo como éste. Fuera como fuese, yo no había conocido hasta entonces una mujer como aquella. Tal vez era simplemente que no usaba corpiño y que

hasta en invierno podía uno darse cuenta de que no llevaba nada debajo del pulóver. Tal vez era esa costumbre suya de aparecerse apenas vestida en el salón de la peluquería y pintarse largamente frente al espejo, delante de todos. Pero no, había en la Francesa algo todavía más inquietante que ese cuerpo al que siempre parecía estorbarle la ropa, más perturbador que la hondura de su escote. Era algo que estaba en su mirada. Miraba a los ojos, fijamente, hasta que uno bajaba la vista. Una mirada incitante, promisoría, pero que venía ya con un brillo de burla, como si la Francesa nos estuviera poniendo a prueba y supiera de antemano que nadie se le animaría, como si ya tuviera decidido que ninguno en el pueblo era hombre a su medida. Así, con los ojos provocaba y con los ojos, desdeñosa, se quitaba. Y todo delante de Cervino, que parecía no advertir nada, que se afanaba en silencio sobre las nuca, haciendo sonar cada tanto sus tijeras en el aire.

Sí, la Francesa fue al principio la mejor publicidad para Cervino y su peluquería estuvo muy concurrida durante los primeros meses. Sin embargo, yo me había equivocado con Melchor. El viejo no era tonto y poco a poco fue recuperando su clientela: consiguió de alguna forma revistas pornográficas, que por esa época los militares habían prohibido, y después, cuando llegó el Mundial, juntó todos sus ahorros y compró un televisor color, que fue el primero del pueblo. Entonces empezó a decir a quien quisiera escucharlo que en Puente Viejo había una y sólo una peluquería de hombres: la de Cervino era para maricas.

Con todo, creo yo que si hubo muchos que volvieron a la peluquería de Melchor fue, otra vez, a causa de la Francesa: no hay hombre que soporte durante mucho tiempo la burla o la humillación de una mujer.

Como decía, el muchacho se quedó en el pueblo. Acampaba en las afueras, detrás de los médanos, cerca de la casona de la viuda de Espinosa. Al almacén venía muy poco; hacía compras grandes, para quince días o para el mes entero, pero en cambio iba todas las semanas a la peluquería. Y como costaba creer que fuera solamente a leer *El Gráfico*, la gente empezó a compadecer a Cervino. Porque así fue, al principio todos compadecían a Cervino. En verdad, resultaba fácil apiadarse de él: tenía cierto aire inocente de querubín y la sonrisa pronta, como suele suceder con los tímidos. Era extremadamente callado y en ocasiones parecía sumirse en un mundo intrincado y remoto: se le perdía la mirada y pasaba largo rato afilando la navaja, o hacía chasquear interminablemente las tijeras y había que toser para retornarlo. Alguna vez, también, yo lo había sorprendido por el espejo contemplando a la Francesa con una pasión muda y reconcentrada, como si ni él mismo pudiese creer que semejante hembra fuera su esposa. Y realmente daba lástima esa mirada devota, sin sombra de sospechas.

Por otro lado, resultaba igualmente fácil condenar a la Francesa, sobre todo para las casadas y casaderas del pueblo, que desde siempre habían hecho causa común contra sus temibles escotes. Pero también muchos hombres estaban resentidos con la Francesa: en primer lugar, los que tenían fama de gallos en Puente Viejo, como el ruso Nielsen, hombres que no estaban acostumbrados al desprecio y mucho menos a la sorna de una mujer.

Y sea porque se había acabado el Mundial y no había de qué hablar, sea porque en el pueblo venían faltando los escándalos, todas las conversaciones desembocaban en las andanzas del muchacho y la Francesa. Detrás del mostrador yo escuchaba una y otra vez las mismas cosas: lo que había visto Nielsen una noche en la playa, era una noche fría y sin embargo los dos se desnudaron y debían estar drogados porque hicieron algo que Nielsen ni entre hombres terminaba de contar; lo que decía la viuda de Espinosa: que desde su ventana siempre escuchaba risas y gemidos en la carpa del muchacho, los ruidos inconfundibles de dos que se revuelcan juntos; lo que contaba el mayor de los Vidal, que en la peluquería, delante de él y en las narices de Cervino... En fin, quién sabe cuánto habría de cierto en todas aquellas habladurías.

Un día nos dimos cuenta de que el muchacho y la Francesa habían desaparecido. Quiero decir, al muchacho no lo veíamos más y tampoco aparecía la Francesa, ni en la peluquería ni en el camino a la playa, por donde solía pasear. Lo primero que pensamos todos es que se habían ido juntos y tal vez porque las fugas tienen siempre algo de romántico, o tal vez porque el peligro ya estaba lejos, las mujeres parecían dispuestas ahora a perdonar a la Francesa: era evidente que en ese matrimonio algo fallaba, decían; Cervino era demasiado viejo para ella y por otro lado el muchacho era tan buen mozo... Y comentaban entre sí con risitas de complicidad que quizá ellas hubieran hecho lo mismo.

Pero una tarde que se conversaba de nuevo sobre el asunto estaba en el almacén la viuda de Espinosa y la viuda dijo con voz de misterio que a su entender algo peor había ocurrido; el muchacho aquel, como todos sabíamos, había acampado cerca de su casa y, aunque ella tampoco lo había vuelto a ver, la carpa todavía estaba allí; y le parecía muy extraño –repetía aquello, *muy extraño*– que se hubieran ido sin llevar la carpa. Alguien dijo que tal vez debería avisarse al comisario y entonces la viuda murmuró que sería conveniente vigilar también a Cervino. Recuerdo que yo me enfurecí pero no sabía muy bien cómo responderle: tengo por norma no discutir con los clientes. Empecé a decir débilmente que no se podía acusar a nadie sin pruebas, que para mí era imposible que Cervino, que justamente Cervino... Pero aquí la viuda me interrumpió: era bien sabido que los tímidos, los introvertidos, cuando están fuera de sí son los más peligrosos. Estábamos todavía dando vueltas sobre lo mismo, cuando



Cervino apareció en la puerta. Hubo un gran silencio; debió advertir que hablábamos de él porque todos trataban de mirar hacia otro lado. Yo pude observar cómo enrojecía y me pareció más que nunca un chico indefenso, que no había sabido crecer. Cuando hizo el pedido noté que llevaba poca comida y que no había comprado yogur. Mientras pagaba, la viuda le preguntó bruscamente por la Francesa. Cervino enrojeció otra vez, pero ahora lentamente, como si se sintiera honrado con tanta solicitud. Dijo que su mujer había viajado a la ciudad para cuidar al padre, que estaba muy enfermo, pero que pronto volvería, tal vez en una semana. Cuando terminó de hablar había en todas las caras una expresión curiosa, que me costó identificar: era desencanto. Sin embargo, apenas se fue Cervino, la viuda volvió a la carga. A ella, decía, no la había engañado ese farsante, nunca más veríamos a la pobre mujer. Y repetía por lo bajo que había un asesino suelto en Puente Viejo y que cualquiera podía ser la próxima víctima.

Transcurrió una semana, transcurrió un mes entero y la Francesa no volvía. Al muchacho tampoco se lo había vuelto a ver. Los chicos del pueblo empezaron a jugar a los indios en la carpa abandonada y Puente Viejo se dividió en dos bandos: los que estaban convencidos de que Cervino era un criminal y los que todavía esperábamos que la Francesa regresara, que éramos cada vez menos. Se escuchaba decir que Cervino había degollado al muchacho con la navaja, mientras le cortaba el pelo, y las madres les prohibían a los chicos que jugaran en la cuadra de la peluquería y les rogaban a sus esposos que volvieran con Melchor. Sin embargo, aunque parezca extraño, Cervino no se quedó por completo sin clientes: los muchachos del pueblo se desafiaban unos a otros a sentarse en el fatídico sillón del peluquero para pedir el corte a la navaja, y empezó a ser prueba de hombría llevar el pelo batido y con spray. Cuando le preguntábamos por la Francesa, Cervino repetía la historia del suegro enfermo, que ya no sonaba tan verdadera. Mucha gente dejó de saludarlo y supimos que la viuda de Espinosa había hablado con el comisario para que lo detuviese. Pero el comisario había dicho que mientras no aparecieran los cuerpos nada podía hacerse. En el pueblo se empezó entonces a conjeturar sobre los cadáveres: unos decían que Cervino los había enterrado en su patio; otros, que los había cortado en tiras para arrojarlos al mar, y así Cervino se iba convirtiendo en un ser cada vez más monstruoso. Yo escuchaba en el almacén hablar todo el tiempo de lo mismo y empecé a sentir un temor supersticioso, el presentimiento de que en aquellas interminables discusiones se iba incubando una desgracia. La viuda de Espinosa, por su parte, parecía haber enloquecido. Andaba abriendo pozos por todos lados con una ridícula palita de playa, vociferando que ella no descansaría hasta encontrar los cadáveres.

Y un día los encontró.

Fue una tarde a principios de noviembre. La viuda entró en el almacén preguntándome si tenía palas; y dijo en voz bien alta, para que todos la escucharan, que la mandaba el comisario a buscar palas y voluntarios para cavar en los médanos, detrás del puente. Después, dejando caer lentamente las palabras, dijo que había visto allí, con sus propios ojos, un perro que devoraba una mano humana. Me estremecí; de pronto todo era verdad y mientras buscaba en el depósito las palas y cerraba el almacén seguía escuchando, aún sin poder creerlo, la conversación entrecortada de horror, perro, mano, mano *humana*.

La viuda encabezó la marcha, airosa. Yo iba último, cargando las palas. Miraba a los demás y veía las mismas caras de siempre, la gente que compraba en el almacén yerba y fideos. Miraba a mi alrededor y nada había cambiado, ningún súbito vendaval, ningún desacostumbrado silencio. Era una tarde como cualquier otra, a la hora inútil en que se despierta de la siesta. Abajo se iban alineando las casas, cada vez más pequeñas, y hasta el mar, distante, parecía pueblerino, sin acechanzas. Por un momento me pareció comprender de dónde provenía aquella sensación de incredulidad: no podía estar sucediendo algo así, no en Puente Viejo.

Cuando llegamos a los médanos el comisario no había encontrado nada aún. Estaba cavando con el torso desnudo y la pala subía y bajaba sin sobresaltos. Nos señaló vagamente en torno y yo distribuí las palas y hundí la mía en el sitio que me pareció más inofensivo. Durante un largo rato sólo se escuchó el seco vaivén del metal embistiendo la tierra. Yo le iba perdiendo el miedo a la pala y estaba pensando que tal vez la viuda se había confundido, que quizá no fuera cierto, cuando oímos un alboroto de ladridos. Era el perro que había visto la viuda, un pobre animal raquítico que se desesperaba alrededor de nosotros. El comisario quiso espantarlo a cascotazos pero el perro volvía y volvía y en un momento pareció que iba a saltarle encima. Entonces nos dimos cuenta de que era ése el lugar, el comisario volvió a cavar, cada vez más rápido, era contagioso aquel frenesí, las palas se precipitaron todas juntas y de pronto el comisario gritó que había dado con algo; escarbó un poco más y apareció el primer cadáver.

Los demás apenas le echaron un vistazo y volvieron enseguida a las palas, casi con entusiasmo, a buscar a la Francesa, pero yo me acerqué y me obligué a mirarlo con detenimiento. Tenía un agujero negro en la frente y tierra en los ojos. No era el muchacho.

Me di vuelta, para advertirle al comisario, y fue como si me adentrara en una pesadilla: todos estaban encontrando cadáveres, era como si brotaran de la tierra, a cada golpe de pala rodaba una cabeza o quedaba

al descubierto un torso mutilado. Por donde se mirara muertos y más muertos, cabeza, cabezas.

El horror me hacía deambular de un lado a otro; no podía pensar, no podía entender, hasta que vi una espalda acribillada y más allá una cabeza con venda en los ojos. Miré al comisario y el comisario también sabía, nos ordenó que nos quedáramos allí, que nadie se moviera, y volvió al pueblo, a pedir instrucciones.

Del tiempo que transcurrió hasta su regreso sólo recuerdo el ladrido incesante del perro, el olor a muerto y la figura de la viuda hurgando con su palita entre los cadáveres, gritándonos que había que seguir, que todavía no había aparecido la Francesa. Cuando el comisario volvió caminaba erguido y solemne, como quien se apresta a dar órdenes. Se plantó delante de nosotros y nos mandó que enterrásemos de nuevo los cadáveres, tal como estaban. Todos volvimos a las palas, nadie se atrevió a decir nada. Mientras la tierra iba cubriendo los cuerpos yo me preguntaba si el muchacho no estaría también allí. El perro ladraba y saltaba enloquecido. Entonces vimos al comisario con la rodilla en tierra y el arma entre las manos. Disparó una sola vez. El perro cayó muerto. Dio luego dos pasos con el arma todavía en la mano y lo pateó hacia adelante, para que también lo enterrásemos.

Antes de volver nos ordenó que no hablásemos con nadie de aquello y anotó uno por uno los nombres de los que habíamos estado allí.

La Francesa regresó pocos días después: su padre se había recuperado por completo. Del muchacho, en el pueblo nunca hablamos. La carpa la robaron ni bien empezó la temporada.





Durante la primera década de siglo XXII, en Ciudad Marginal proliferaron nuevas formas de Clandestinidad, la Represión, en cambio permaneció técnicamente atrasada respecto del enemigo público número uno, el grupo subversivo *Las amalias* surgido luego de la caída de la décima presidenta argentina, la zamba (no el género musical sino el de mestizaje) Alfonsina Borges. Las amalias son militantes políticas post-estatales, terroristas de diseño, a menudo peligrosas y, sin duda, decadentes. Usan como nombres de guerra el de personajes literarios de autores varones, dato trivial si se considera que las mujeres han triunfado en la guerra de los sexos. Viven en comunidades provisorias y se ganan el pan con la distribución de alcaloides de alta calidad bromatológica ya que en ciencia y técnica, utilizan tanto lo de última generación como lo perimido. Se escinden con frecuencia por razones exclusivamente estéticas. Su fuerte es la invención y el oportunismo. Todas han leído a Fourier.

### Capítulo III

#### El parto \*

La cabellera de Catherine Necrassoff colgaba desde el sillón Recamier hasta el suelo, como la de una muerta en el fanal de un perverso. Evocaciones de una Ofelia criolla cuya panza de Buda sobresale como un islote en el arroyo del suicidio. Respiraba quedo pero también mordía un pañuelito y, a cada contracción, lanzaba un aullido operístico según los rigores del método Parto Catártico de Lorenza Luna.

–Por favor. Por favor *hembraslaputamadre*. Por favor una... una bebida espirituosa.

Se notaba que, para distraer al dolor se forzaba en rebuscar aún más su lenguaje de ideóloga cursi y autodidacta . César Duayen la palmeó sin contemplaciones.

–Vamos, vamos que en seco paren los generales.

–Ándate a la mierda. ¿Parirías vos en seco? No me hagás reír.

De su frente bombé caían gruesos goterones de sudor que Martina Chapanay, acercándose por primera vez, se atrevió a secar con su manga.

–Che ¿y vos quién sos?

(Razones de seguridad hacían que nunca se hubieran visto. Martina Chapanay era de Columna Norte, Catherine Necrassoff, de Conducción Nacional ) No contestó. No debía. Eran reglas de la Ogra y seguramente redactadas en el aire por la mismísima Catherine Necrassoff. Se acordó de la anécdota del general San Martín: le había ordenado a un soldado que no dejara entrar a nadie en el depósito de pólvora y al primero que no dejó entrar fue a él .

Martina Chapanay dejó de secar y se miró la manga. Estaba negra y dedujo que la otra venía de intentar pasar a Montevideo por la Reserva Ecológica. Que mala cara tenía ¿Era esa la temible agitadora de Miserere, la oradora espeluznante de los recitales populares, la fusiladora del último Nobel argentino, en fin, la querida pretenciosa del general proscrito? La miró con la mezcla de seducción y resquemor con que una mujer inocente mira a otra de quien sabe que puede amar tanto a hombres como a mujeres, pero también con la condescendencia que despierta una madre inminente, poniendo en suspenso toda gana carnal. Vio el mentón deprimido y un poco plegado, la nariz de puente ligeramente corvo, la boca gruesa y larga, de comisuras caídas, las cejas en forma de acento circunflejo, los ojos mogoloides y de pestañas lagañosas. Se ve que se acuesta sin quitarse el maquillaje, reflexionó.

–Prima, andá a despertar a La Moreira y hacele traer un vaso de alcohol para neonatos. Licor de guinda o ananá al champagne que, seguro, es lo único que hay en esta casa –dijo César Duayen y luego entró en el cuarto contiguo a preparar “una cama para la parturienta”.

Cuando volvió, su prima entraba con la copa en la mano y la mano demasiado alta: envuelta en su batón de toalla era igualita a la estatua de la Libertad (linda alegoría para un nacimiento) pero esa pálida gigante bien podría ser rubia o morocha, datos que sustrae el mármol, pero no una morocha como ésta con la crin sana de las cautivas españolas. César Duayen le sacó la copa de la mano y probó el vino caliente con canela preparado por La Moreira.

Catherine Necrassoff no se daba cuenta de nada, mejor dicho se acordaba de que había matado a un hombre.

Solía pensar en forma de titulares de noticieros pero empezados por cualquier parte, por ejemplo ahora: “Necrassoff, del teatro Popular a la Política Subversiva, de la Política Subversiva al delito Común”.

Tuvo otra contracción. Cómo la avergonzaba gritar frente a la soldadesca. Ella, que había sacado de la cárcel al general manejando un helicóptero y aguantado sin una queja la picana y el submarino, que acababa de luchar como una tigra, pensando más en el *pre-hijo* que en ella misma –tan atávico todo, ché– y que todavía sentiría el dolor en la mano por el acto de estrangulación sino fuera por ese otro, más grande, inconmensurable, se largó a llorar. Más que llorar, *decía* el llanto: largaba un *bu-u-u* recortado

en sílabas, llanto de los que simulan que no lloran. Largas velas cayeron de su nariz y fueron a parar a los puños de su camisa.

–Calentar y azucarar el alcohol; sólo un sommelier degenerado –dijo Martina Chapanay .

Y, guiadas por los aullidos de la parturienta, ella y su prima se acercaron al sillón en cuyo borde había un vómito de lo que parecía ser el contenido de una taza de chocolate.

Miraron a Catherine Necrassoff y comprobaron que se había puesto blanca como una hostia y lagrimeaba sin ruido alguno, cubriendo sus mejillas de riachos negros. Entonces le acercaron la copa roja y la bebió mientras hacía con la mano gestos de duda y resistencia.

–Apurá, m'hija el vaso de sangre que cultivaba nuestro restaurador para evitar el liftin –dijo César Duayen.

Catherine Necrassoff no se rió. Se escucharon unos ruidos que venían de la puerta de calle. La apertura dificultosa de una puerta cancel. César Duayen , Martina Chapanay y Catherine Necrassoff se pusieron rígidas como comadreas a la luz de una linterna. Pero una de las voces que se acercaban por el pasillo tenía el familiar acento cordobés de Lorenza Luna.

–Son ellas, *paicas noicas* –dijo César Duayen mientras recuperaba la copa y veía al Alfredito reportarse como un auténtico chasqui, es decir con la lengua afuera y el pecho en tambor.

Lorenza Luna llevaba un maletín chato diseñado por Amalia II, –personaje cuya disección vendrá cuando la trama lo traiga a cuento–, de aspecto demasiado pesado para su ambición de funcionalidad. Le seguía El General, un cincuentón con cuello de vaca vieja que ocultaba a medias con una chalina inglesa; era morrudo, desmelenado, shakesperiano en su porte para el púlpito, el fogón y el cuartel. La partera avanzó hacia Catherine Necrassoff y le tomó el pulso. Cuando se agachó para abrir el maletín y sacar el tensiómetro , no pudo evitar el poner el traste en la mira del General que, contrito como estaba, *tasó* inconscientemente antes de avanzar hacia el lecho. Pudoroso silencio amaliesco, miraditas de reojo, risas sordas ante el hombre sospechoso de haber puesto la simiente en el bombo inquieto de Catherine Necrassoff. Pero, que poco importaba si había sido o no así ya que, o bien él pensaba poner pies en polvorosa, o bien su paternidad no sería reconocida por el estatuto de la Ogra. Era cantado que el feto o pre-hijo correría la suerte del Alfredito en la arcadia argentina.

El General bajó la vista como ante un superior y transformó en un aire palurdo la impresión que le causaba tanta pollera en torno a la antesala de una situación obstétrica.

Lorenza Luna auscultó la panza todavía cubierta por el *denim* del overol de la madre, tomó la presión y, sin alterar su semblante, sacó la cajita de



las inyecciones, un par de frascos y le encargó al Alfredito.

—Una ampollita de Syntocinon y dos milímetros de atropina.

El muchacho se abocó a la jeringa y a las agujas con la habilidad con que pulsaba los *video games* de la estación de aguinaldos. Lorenza Luna sacó del maletín la riñonera de los esputos y la bata de partos que dejaba, por razones más que obvias, las tetas sin cubrir.

Catherine Necrassoff se miró el reloj. ¿Cuánto había pasado de la contracción anterior? No quería preguntar. Que ganas de fumar. Entre el miedo de morir y el horror de haber matado, entre *La Sola* y *La Madre*: un deseo, bah, un *deseíto*. De un humo espeso y turco en la garganta. De ventearlo con fuerza, mirando la brasita en una noche clara. ¡Carajo! Otra contracción y el General se movió imperceptiblemente en dirección a la puerta.

Entre César Duayen y Martina Chapanay desvistieron a Catherine Necrassoff y le pusieron su uniforme de trabajo de parto.

—A ver, Alfredito, llevá la cuenta—dijo Florencia Luna y no necesitó agregar nada más. El Alfredito se sentó ante una mesa ratona, apoyado en unos almohadones y anotó el espacio entre la contracción anterior y la que acababa de transcurrir. “Dos minutos” cantó. Lorenza Luna hizo un gesto como de *couturier* que indica salida a una *mannequin*, aunque con un matiz de alarma. Entonces, César Duayen, Martina Chapanay y El Alfredito se abalanzaron sobre el maletín y empezaron a sacar lonas, caballetes, ajustes de mariposa, ménsulas y tornillos. Rápido, rápido hicieron, como si siempre hubieran estado haciéndolo, lo que parecía ser una letrina en donde la taza estuviera en el techo.

Sentaron a Catherine Necrassoff y, apretando un botoncito que emitía el ruido de un torno de dentista, la miraron subir en el elevador mientras el tenderete obstétrico se estiraba hasta que los tientos superiores pudieron sostener la espalda de la parturienta, que, aferrada con las dos manos a los brazos de la silla, se ve que estaba cómoda porque cuando volvió a aullar lo hizo con un acento de triunfo como indio que se lanza en malón. La luz de cuatro potentes spots, colocados del lado de adentro junto a las cuatro patas de la silla, se proyectaba en la tela espejada que las envolvía. Allí, en medio, sobre un banquito para montar se instaló Lorenza Luna, delante de una suerte de catre que había empotrado en una de las paredes del tenderete y en donde estaba dispuesto el instrumental: quitó el papel de asepsia y se detuvo para *catarlo*. Qué diseño el de sus fórceps divergentes de Colette (nacido Bamberger), el de su retractor H.D. (nacido Bauereisen), el de su Sniff (nacido Vaccum). Lorenza Luna acarició la pequeña ventosa para chupar los frutos del amor o sus adherencias. La utilización de un material tan limpio y blando como el caucho habla de una tarea que exige suavidad, dulzura, recaudos para una porcelana humana. El Sniff conoce a Catherine Necrassoff desde que, en una ocasión, el general se hubo tirado un primer lance de paternidad y las cánulas de aspiración limpiaren el

útero de una enamorada melancólica que la jugaba de cínica.

–Hoy no corrés–me parece, le dijo al Sniff. No bien había visto de perfil la panza de Catherine Necrassoff, calculó la transversa. Ahora le miraba la vulva enmarcada por el asiento. Estaba violácea y congestionada, sumergida en una pequeña mata de pelo casi albino. Enchufó el manguito pilicida en un tablero y afeitó el vello, luego lavó con una solución perfumada de ciclohexidina. Tardó un poco, ya que paraba al escuchar cada nuevo grito. El Método le dictaba que su intervención no podía coincidir nunca con los momentos de Catarsis.

Cubierto como estaba, por una lona a rayas rosa y celeste, ni César Duayen, ni el Alfredito ni El General veía nada de ese centro de operaciones que tenía a un lado, un pequeño parlante de diseño encantador por el que Lorenza Luna gritó

–¡Versión!

Y El Alfredito se agarró los testículos.

Lorenza Luna se puso unos guantes amarillos fosforescentes de actor en un espectáculo de linterna mágica en cuyo borde y dibujada con tinta color obispo podía leerse la firme pedantesca de Amalia II.

Levantó la mano y la metió en la vagina de Catherine Necrassoff que, papisa Juana en camión, dirigió una mirada de desespero animal a esa audiencia que se apretujaba para entrar en calor pero sobre todo, en ánimo.

–Y ella podría tener su quintita en Cañuelas, por ejemplo. Y recibir usando una batuta a lo madamme Roland para conducir al ramillete de su época. Ser la matriz elástica para las ideas de la Joven Argentina. Y el niño o la niña –perdón– haría allí su bachillerato laico, casi sin dolo ¿No es cierto? Porque todas estas señoras Sevigné o Sánchez, por no nombrar a la más obvia, Staël, pusieren, todas, por lo menos un huevito –dijo el General que era, como se vio, de parrafadas largas.

–Sí, porque, lo que es usted, puso los dos–contestó César Duayen

–Noto el avance de la estética televisiva–dijo El Alfredito tan dado a imitar la manera de hablar de Las amalias que no era otra que la manera de hablar del General.

Lorenza Luna emergió del teatrillo maternal y todos la miraron con interrogación. La cara de la partera era de *mala fariña*, ella atravesó el salón para buscar la jeringa, gesto que se hubiera podido ahorrar mandando al Alfredito y que hizo sospechar a Cesar Duayen que estaba tomando una decisión. Acostumbrada a los términos del arte y de la literatura, la palabra “versión”, pronunciada por Lorenza Luna, le había sonado a parlamento de autoentusiasmo profesional, a voz de aura.

La partera tiró de una piola y expandió el campo visual de la vulva. Enseguida pinchó el trozo de nalga circunscripto anunciándolo antes en términos precisos pero sin morondangas

–Te voy a pinchar el culo. El resto no te va a doler. Es una solución muy fina.

César Duayen, en asociación libre se tomó su vino a fondo blanco.

Una contracción. Un grito. Otra. Otro grito.

En el medio, Catherine Necrassoff volvió a acordarse: había despertado entre las totoras, tirada junto a un cadáver, cuando sintió que alguien la llamaba. Entonces había abierto los ojos. César Duayen se mordía los labios y fruncía las cejas como cada vez que hacía un inusual esfuerzo físico. Temblando, ella, se había señalado entre las piernas pero la otra, ni pío.

–Sangre –recordaba haber dicho.

–Má que sangre. Upa, que rompiste bolsa.

Por segunda vez, Lorenza Luna metió la mano en la vagina de Catherine Necrassoff. Con los dedos flojos pero exactos empezó a distender toda la zona según la técnica de Lyn Chu May. Era un tecleo monótono e hipnótico que ablandaba el músculo e iba, con una paulatina rotación, agrandando el orificio de salida. Se trataba de un movimiento constante y siempre idéntico, como la masticación de la papilla en las aves o el que, aunque más brusco, golpea, divide, reúne y vuelve a golpear la masa. Lorenza Luna sintió relajarse el cuerpo entero de la parturienta bajo su propio peso y el eje de su mano fue aflojando aún más cada músculo, cada ligamento, cada empalme de huesos. Toda la fuerza, la tensión y la angustia física le fueron transpasados por ese agujero, ahora completamente húmedo y especiado por un moco blanco que olía distinto del sexual y era la prueba definitiva de que el recurso de Madame Lyn Chu May se había hecho a la perfección. Lorenza Luna bajó los párpados y “se sacó la fuerza” aflojándose hasta el límite de sólo mantenerse en pie. Las hombreras de su traje de fajina quedaron separadas de sus clavículas de petisa encocorada y severa.

–Alfredo –llamó– Alfredo. El joven apareció por la apertura de la entrada y luego subió por una escalerita, que nadie había visto o que olvidé describir, hasta la silla colocándose tras la espalda de Catherine Necrassoff que se había dormido

–¿La tenés? –preguntó enigmáticamente Lorenza Luna, El Alfredito abrazó a la parturienta y con una mano empezó a tantearle la parte de arriba de la panza.

–A la izquierda.

César Duayen y Martina Chapanay miraron al General por si hacía algún chiste. No lo hizo y tenía cara de miedo.

–Bien, tenela ahí al fondo, bien al fondo.

–Aaaaaaaeaaaa –hizo a Catherine Necrassoff. El Alfredito cerró los ojos, acordándose del maniquí obstétrico de Osiander que tenía la cabeza cubierta de cuero, y en donde Lorenza Luna lo había educado para estos menesteres, a la edad de ocho años. Sabía que el feto estaba mal colocado y maldecía su suerte de novato. Cuantas veces en la soledad de su cuarto

infantil que Amalia II había decorado como un depósito de chatarra de automóviles, pensó que así como aquellos que concurrían por primera vez al hipódromo o el casino solían ganar una pequeña fortuna, su primer parto sería de un niño de módicos tres kilos, con la cabecita bien flexionada y el cuerpo en correctísima posición, segundo o tercer hijo. Ahora estaba manteniendo fija la cabecita, en el fondo del útero.

La mano de Lorenza Luna recorría la matriz, encontró el tronco y palpó unos dedos confusos que la hicieron volver sobre su recorrido hasta tener una imagen de la posición que le permita diferenciar pies y manos.

Mientras agarraba *el pie bueno*, que suele ser el que está más cerca, y ponía la pierna correspondiente en gravedad, una manito apareció inopinadamente en la vulva. Una manito traviesa como la sonrisa de Dionisios en la vulva de la diosa Baubo. Lorenza Luna tomó de su catre instrumental una venda estéril y ató una punta a la manito que asomaba y la otra a la ingle de la madre.

Mientras pensaba sin mucha imaginación en el niño como en un astronauta sumergido en un universo estrellado de subido color rojo, el Alfredito seguía subiendo la cabeza al fondo del útero. Entonces, como dos pianistas acostumbrados a tocar la misma melodía a dos manos, Lorenza Luna y El Alfredito realizaron la versión. Dicho sea de paso, este método fue muy criticado en el congreso de Marginal porqué los parteros tradicionales no hallaban ninguna necesidad en utilizar a dos personas diferentes en lugar de dos manos diferente de la misma persona amén de mantener la posición privilegiada de la parturienta en la silla de partos.

Lorenza Luna se defendió confusamente utilizando las figuras de las trapecistas y de los patinadores sobre hielo donde es posible una exacta correspondencia de los cuerpos, incluso una suerte de identificación y memoria del cuerpo del otro como sucede en el amor o en el embarazo, pero el argumento definitivo fue la necesidad de triangular los miembros del parto, de crear un método que eliminara el contacto físico entre mujeres o, lo que es peor, el contacto entre las manos de un hombre y la vulva de una mujer (La Iglesia había vuelto a gerenciar las maternidades de Marginal). Giró el pre-hijo entre las manos de los parteros, la derecha de Lorenza Luna y la izquierda de El Alfredito; la simultaneidad complementaria contribuía a crear en los protagonistas la ilusión de un cuerpo común.

Cuando la versión fue completada, desató la manito y tiró con fuerza para extender el brazo a lo largo del cuerpo del niño. Un hombro y otro brazo. Luego soltó el cuerpito y miró de que lado rotaba. Seguía imaginándolo con un globo de cristal sobre el rostro y deseó realmente que lo tuviera. Se acuerda haber soñado en vísperas de exámenes que trituraba el cráneo del feto con las pinzas que nunca entendió por qué, en ese caso, también se llamaban “de curación”. Hubo un tiempo en

que la fragilidad de la parturienta y la peligrosidad de cada movimiento, el horror a romper las vértebras de los hombros fetales la llenaban de zozobra. Cuando trabajaba sobre el muñeco obstétrico, el profesor se divertía señalando los daños que hubiera provocado, de tratarse de un niño. Lo extraño era que ahora no tenía la sensación de tener entre las manos una vida humana (más bien dos), extraía la respuesta técnica ante cada situación y trataba de hacer su tarea como si estuviera trabajando de memoria.

Tenía, en cambio una excesiva conciencia del sufrimiento de la madre, de su violencia o de su goce y solo se daba cuenta de que estaba sacando un niño vivo cuando sentía que la madre se lo transmitía telepáticamente. De hecho, en su mente, no llamaba “niño” al astronauta. Recién cuando lo secaba, ya cortado el rojo tirabuzón del cordón umbilical y veía los ojos, la boca y el cabello del cachorro humano, cedía a una suerte de encantamiento y la idea de que había que protegerlo se le abría paso entre el renovado orgullo profesional y el agotamiento del púgil.

Lorenza Luna escuchó la voz de Cesar Duayen.

—A creer después en el progreso de la ciencia. Se diría que eso de no hay bien que por mal no venga resulta como anillo al dedo. Porque el método Luna te cuida el perineo, la vagina toda, hasta dejarte como una virgen para chochera de los partenaires en las épocas de las grandes epopeyas penetrantes, pero, a cambio, te rompe las cuerdas vocales. La Callas hubiera elegido la tradición *episiotomística* —y se rió de la palabra que acababa de inventar y que el general se apresuraba a notar sin ningún disimulo.

Lorenza Luna escuchó otro grito de Catherine Necrassoff, sintió en la mano el tacto de las nalgas y no pudo evitar el deslizar el dedo índice por la raya del culito y palpar la ranura de una conchita diminuta.

—¡Hembra! —cantó la partera y tuvo de Catherine Necrassoff la inexplicable respuesta de ¡Dios mío, gracias! —que sobresaltó al General, quien, alzando la bragueta de su pantalón, gesto que Las amalias, por ingenuidad juzgaban insólito en un hombre de izquierda, chilló:

—¡Que Dios, ni que Dios! ¡Ésta!

Catherine Necrassoff gritó más fuerte y Lorenza Luna se le acopló en acción, dirigiendo las nalgas al eje de la pelvis. Luego metió los dedos índices en el ángulo donde el feto flexionaba la pierna que quedaba adentro. Entonces escuchó el descorcharse de una botella y a juzgar por el temblar de las vigas del piso y el ruido de tropa, César Duayen saltaba como un burrero ante su favorito ganador. Avanzó una de las manos hasta que se aferró fuerte a las nalgas, las sacó y con ellas, la pierna. Contó cuatro miembros como debe contar la mona o la gata que no saben contar y como, en la infancia, cuando se quiere entero el muñeco que luego se abrirá como una cajita que posee el secreto del sexo. La niña

le quedó de espaldas sobre el antebrazo y ahí le enganchó dos dedos de la mano a cada lado del cuello. Ya para entonces El Alfredito tenía un índice en la boca semicerrada que todavía no conocía el paso del aire, y mantuvo la flexión de la cabecita cuya fontanela se apoyaba sobre el perineo tenso y enrojecido. ¡Afuera! Lorenza Luna, agarró la niña, que estaba roja y húmeda y salió del tenderete y mientras El Alfredito la subía hasta el pecho de Catherine Necrassoff, sonó el último segundo de *Die stille Stadt, for voice & piano* de Alma Malher. La audiencia aplaudió. Lorenza Luna sintió sobre el cuerpo agotado el frío del champagne que le tiraba César Duayen.

–La Madonna de la silla de Rafaelle Sancio –dijo el General agarrando un tobillo de Catherine Necrassoff y con miedo de lo que se le pudiera gritar si exigía ver de cerca a su hija.

\*Quien narra este episodio es una testigo o cronista. El hecho que haga subjetivas de los pensamientos de los personajes no es un error de estilo. Está conectada a la Panconciencia de Cohen, aunque no lo precisa porque la Ogra permite este pasatiempo de inmunidad jurídica, con la excepción de tres situaciones: el parto, el duelo y el secreto profesional.



### I

Se llamaba Paskual pero le gustaba que lo llamaran Pasko. Había cumplido los 15 años a comienzos de mayo. Paskual Chang era hijo de Marcial Chang, nieto de Edelmiro Chang y bisnieto de Manuel Chang. Paskual vivía con sus padres, cerca de lo de su abuelo, en la Capital Actual argentina. En cambio su bisabuelo Manuel nunca había querido dejar la ciudad en la que había nacido, Buenos Aires, hacía casi cien años atrás. Porque por poco Pasko y su bisabuelo Manuel no nacieron el mismo día. Su bisabuelo había nacido el 25 de mayo de 2010. En una semana cumpliría cien años.

Manuel había sido el primer argentino de la familia Chang. Los Chang habían llegado a comienzos del siglo XXI provenientes de China y se habían instalado en la entonces capital argentina. Habían puesto un supermercado en el llamado barrio del Once y ahí criaron a sus hijos. Los padres de Manuel no sabían ni una palabra de argentino cuando llegaron, pero no tardaron en incorporarse a la comunidad local, cambiaron sus nombres chinos por Luis y María y al poco tiempo conocían los rudimentos del idioma.

Pasko nunca supo muy bien por qué su bisabuelo no era bien visto por su padre ni por su abuelo. Sin embargo, él sentía un respeto reverencial por su familiar vivo más viejo. Por esas disputas familiares de las que él desconocía los detalles, no había visto mucho a su bisabuelo, no más de cinco veces desde que tenía memoria. La última oportunidad había sido en el funeral de su bisabuela Isolda, la madre de su abuelo. Fue la única vez que sus padres y sus abuelos y él mismo se trasladaron a Buenos Aires. Hicieron los quinientos kilómetros de trayecto en subte. Pasko trataba de imaginar cómo eran las ciudades que estaban encima de esos túneles. Imaginaba ciudades cada vez más destruidas a medida que se acercaban a Buenos Aires, la que alguna vez había sido la capital y ahora no era más que los escombros de una metrópoli, el refugio de inmigrantes sudaneses, el santuario de los seguidores de Diego, la cueva de los sintechos, el paraíso de los contrabandistas, el recuerdo de un pasado ominoso que los argentinos del resto del país intentaban olvidar, pero que se conforman con despreciar. Por algo los periodistas la llamaban –en una falta absoluta de originalidad y con un amor ancestral por los lugares comunes– la Ciudad Perdida.



Tal vez por eso sus padres y sus abuelos y la familia entera miraban mal al bisabuelo Manuel. Porque en todos esos años no se había querido ir de Buenos Aires. Se había aferrado a su lugar de nacimiento con una testarudez que se podría calificar de típica de un anciano si no fuera porque se había aferrado a Buenos Aires desde los primeros años de su destrucción final, hacía ya más de cuatro décadas.

En aquella ocasión, Pasko no llegó a ver mucho de Buenos Aires porque una vez que salieron del subte caminaron sólo unos pocos metros hasta el edificio donde estaba el cementerio. Desde el piso diecisiete, donde depositaron las cenizas de su bisabuela, poco y nada se veía de la ciudad inmersa en una nube de aire contaminado. Pasko se quedó mirando por los ventanales y sólo pudo imaginar la ciudad, el río que debía estar cerca, los hombres y mujeres que caminaban por esas calles, como su bisabuelo cada día de su vida.

Pasko salió de su casa en la Capital como todas las mañanas. Tuvo que justificar ante su madre por qué llevaba una mochila, como si fuera un adolescente del siglo XX o XXI, cuando ningún chico cargaba con nada a la hora de ir a la escuela. Le dijo que pensaba ir a jugar lacrosse aéreo a la salida y que llevaba guardado su uniforme ignífugo. Pero no llevaba el equipo que le permitía moverse en el espacio con la rapidez que le era característica. En la mochila llevaba algo de ropa, la poca ropa que podía llevarse un chico que estaba escapando de su casa.

En la boca del subte estaba Julietta esperándolo. Apenas se saludaron con un gesto, como si tuvieran miedo de ser vistos por alguien que los conociera, o un policía. Bajaron por el tobogán del subte y sin mirarla le preguntó:

–¿Llevás todo?

Ella dijo un tímido sí. Tenía una mochila parecida a la de él.

Sacaron los pasajes a Buenos Aires. Y él le dijo a Julietta lo que se venía diciendo desde hace varios días como una letanía:

–Mi bisabuelo nos va a ayudar.

## II

Tenía las piernas más hermosas que había acariciado en su vida. Es cierto que en sus quince años sólo había tocado las piernas de ella y no tenía mucho para comparar. Pero eso no le importaba. Julietta tenía las piernas más hermosas y eso que no era humana. O quizás por eso era tan bella. Y así lo indicaba las fantasías que había alrededor de ellas, de las ninfas. Todos sus amigos hablaban con temor y deseo de las mujeres hijas de mujeres. También en su casa se hablaba de ellas, pero sin deseo y con desprecio. Las propias mujeres (su madre, sus tías, su hermana mayor) despreciaban a las nacidas de mujer solamente. Desde que medio siglo atrás se había podido reemplazar los espermatozoides del hombre por

un producto químico, una nueva clase de seres había nacido. Y si bien al principio, las madres podían elegir el sexo de su hijo o hija, en las últimas décadas sólo tenían seres de sexo femenino. Y esas mujeres habían llegado a la edad adulta y habían optado también por tener hijas concebidas en el consultorio de una clínica médica.

Julietta era una ninfa. Iba a colegios de ninfas, tenía sólo amigas ninfas y tarde o temprano se iba a enamorar de una ninfa con la que iba a formar una familia y tener pequeñas ninfas, como sus madres y como habían soñado sus abuelas, las mujeres que no habían nacido ninfas pero que habían decidido dejar de lado a los varones. Lo que había empezado siendo una opción, hacía ya más de veinte años que era ley. Una ley pareja por cierto: ninfa y mujer u hombre encontrados en una relación afectiva o sexual iban a parar a la cárcel del consorcio. Todos conocían a alguien que tenía a un tío o a un primo encerrado en las habitaciones del último piso de cualquier edificio, el reservado a los delincuentes sexuales, a los usurpadores de derechos de autor y a los adictos.

Julietta y Pasko no habían nacido para enamorarse, pero lo hicieron. En la oscuridad de sus habitaciones, con los sensores que les habían regalado al cumplir catorce años, se aventuraron a mundos que desconocían. Pasko era un guerrero medieval que luchaba en justas y que combatía contra dragones, esos mismos dragones que lo apasionaban desde la infancia. Julietta también se vestía de caballero medieval y lucharon juntos más de una vez contra seres deleznable y quimeras peligrosas.

No sabían qué tipo de personas eran en el mundo real pero se sintieron atraídos desde que habían vivido su primera aventura. Se besaron en el mundo virtual. Se buscaron, se persiguieron, se escondieron e intentaron confundir al otro apareciendo convertidos en los personajes más inverosímiles, pero siempre se reconocían. Querían estar juntos y conocerse en el mundo real. Tuvieron suerte. Podrían haber sido un anciano y una jovencita, dos jubiladas, un chico y una mujer de cincuenta, dos tristes heterosexuales treintañeros. Tuvieron suerte: eran dos adolescentes que si llegaban a quererse en el mundo real, sus padres se iban a oponer y la sociedad los iba a mandar presos. ¿No es eso lo que todo adolescente buscaba?

### III

El ronroneo del subte los fue tranquilizando. Iban sentados uno al lado del otro. Disimuladamente Julietta había tomado la mano de Pasko. Fría, tibia, cálida. La mano de Pasko ahora estaba cálida.

Las estaciones de subte se sucedían con una rapidez casi molesta. No pasaba ni medio minuto entre una y otra. En menos de una hora habrían recorrido los quinientos kilómetros que los separaban de la Capital. Bajaron en la estación Sarmiento y subieron a la superficie con la cabeza bien alta, observando esa ciudad en la que buscaban refugio.

Las grandes ciudades eran silenciosas: la poca gente que andaba por los espacios públicos no hablaba, los vehículos no hacían ruidos, los perros habían sido erradicados. Un silencio atroz las cubría. Así que cuando salieron a Buenos Aires, a la Ciudad Perdida, los sorprendió el bullicio: la gente que se arrastraba por sus calles, los vehículos de otra época, las puertas que se golpeaban, las cortinas que rechinaban, los perros que perseguían algún gato, las cosas que todavía se rompían.

Se sintieron aturdidos por esos ruidos que provenían de todas partes. Habían estado jugando en mundos del siglo XX y del siglo XIX, pero la Ciudad Perdida era otra cosa: más apabullante, más filosa, más digna de ser navegada.

Pero no navegaban, caminaban por ese mundo sin la protección de sus sensores. Tal vez por eso andaban con más cuidado y sin ánimo de enfrentarse a la policía. Pasko quería llegar rápido a lo de su bisabuelo. Había encontrado la dirección en la red familiar y había buscado en un mapa cómo llegar. No había querido caerle por sorpresa así que le había mandado una esquila privada, donde le decía:

*“Padre de mi abuelo, abuelo de mi padre.*

*Soy Paskual tu bisnieto menor, creo. Mi vida se complicó por acá. Necesito que me ayudes. ¿Podría ir para Buenos Aires? No iría solo sino con otra persona. Porfa, ni un emotikón a mis padres o a tu hijo.”*

A los diez minutos había recibido la respuesta: *“Dale, te espero cuando quieras. Vení con quien se te cante. Ni una palabra a tu padre o a mi hijo de que yo te ayudo en no sé qué”*

Alguna vez Buenos Aires había tenido millones y millones de habitantes. Pero en las últimas décadas la gente había huido de esa ciudad en busca de lugares más modernos, menos contaminados, menos ruidosos y, sobre todo, más lejos de las cárceles que rodeaban su perímetro como aquellas murallas medievales que protegían a los castillos. Las cárceles no protegían a Buenos Aires sino que la habían vuelto en un lugar cautivo, habitado por prófugos, locos, marginados y nostálgicos de un mundo distinto. El bisabuelo Manuel pertenecía a esta última categoría.

#### IV

Mientras subían por el ascensor hasta el departamento de su bisabuelo, Pasko tuvo el leve temor de haberse equivocado, de que no debería haber ido al encuentro de una persona que en el fondo le resultaba desconocida. Cuando Manuel les abrió la puerta se quedó unos segundos mirándolos, como si no los reconociera o como si estuviera viendo algo más que a ellos dos. Después, sonrió.

–Pasen, estaba por tomar mate.

Ni Pasko ni Julietta tomaban mate. El bisabuelo les pidió unos jugos de frutas asiáticas que estuvieron en la cocina a los pocos minutos. Pasko le

contó que se habían escapado de sus casas. Que no sólo estaba prohibido por ley que ellos anduvieran juntos –al fin y al cabo había tantas cosas prohibidas por ley que se hacían igual–, sino que las madres de ella y los padres de él no iban a permitir que estuvieran juntos.

–Antes muertos que separados –dijo Julietta tomándolo de la mano.

–Como Romeo y Julieta –Manuel chupó profundamente su mate–. Por mí, chicos, no hay drama. Pueden quedarse el tiempo que quieran. Pero tarde o temprano sus padres y madres se van a avivar y van a encontrarlos.

Pasko le aclaró que pensaban quedarse solo unos días, que después se irían a algún lugar lejano, donde no hubiera prejuicios contra las parejas mixtas. La República Artiguense de Uruguay, o el Estado Libre de Rio do Sul podían ser buenos territorios donde quedarse si podían pasar la frontera.

–O China –dijo el bisabuelo–. De ahí vienen nuestros ancestros y después de la guerra necesitan gente.

–O China –dijo Pasko pero sin estar muy seguro. No sabía ni una palabra en chino y no podía entender como los padres de su bisabuelo habían aprendido a hablar argentino sin haberlo estudiado.

A la hora de irse a dormir Manuel les ofreció la habitación que había sido de su hijo, el abuelo de Pasko. Tenía todavía pegados en las paredes pósters de bandas musicales de su época. Además había unos cachivaches ordenados como piezas de colección. Eran consolas de videojuegos antiquísimas que su abuelo había coleccionado de adolescente. Con cierto ingenio se podían conectar a una pantalla y hacerlos funcionar. El bisabuelo se ofreció a mostrarles cómo, pero a Pasko no le interesaban esas reliquias de comienzos del siglo XXI.

–Además, –agregó Pasko– trajimos nuestros sensores.

–¿Censores?

–Claro, gracias a los sensores nos conocimos Julietta y yo.

–No me gustan los censores.

–Es que en tu época no existían.

–Sí que existían, pero nunca me gustaron.

–Igual, no importa. Hoy no vamos a usar nuestros sensores porque vamos a estar juntos de verdad.

Cuando Pasko y Julietta se quedaron a solas lo primero que hicieron fue desnudarse, lo segundo reírse y lo tercero callarse. Se quedaron mudos mirándose.

Esa noche la iban a pasar bien sin necesidad de los sensores.

V

No los despertó la luz del día que se colaba por las rendijas de las ventanas, sino los cuatro tipos que habían entrado al cuarto. Eran dos

hombres y dos ninfas No mostraban armas, no necesitaban hacerlo. Las miradas de esos cuatro policías de civil sobre sus cuerpos desnudos resultaban menos atemorizadoras que agresivas.

–Vístanse –ordenó uno.

Cuando tuvieron sus ropas puestas, las ninfas se llevaron a Julietta por un lado y a él por el otro. Le pusieron un sticker en cada mano que lo obligaban a mantener unidos los brazos, ya que si los separaban tenía que soportar una descarga eléctrica. Su bisabuelo estaba en el living. Él también estaba esposado.

Subieron a los tres en un vehículo policial que se elevó por los edificios. Julietta y las ninfas iban separadas de Pasko y Manuel. En menos de una hora estarían en la Capital Actual. Por primera vez Pasko vio a Buenos Aires en toda su dimensión: los edificios multicolores, las ruinas que quedaron del bombardeo de hacía ya medio siglo, las plazas que aparecían sorpresivamente, sin ninguna lógica. También vio gente en las calles como no se veía en la Capital. Hasta pudo observar a unos seguidores de la secta del Diego que practicaban su ritual al aire libre tal como había visto en las películas de la escuela.

Iban callados. Pasko trataba de entender qué había salido mal. Cómo la policía los había encontrado tan rápido. Ahora irían presos los tres. A su bisabuelo lo acusarían de cómplice. Si él y Julieta iban a estar detenidos un año, seguramente que al bisabuelo le iban a dar seis meses en la cárcel del consorcio.

–Perdón, abuelo Manuel, por meterte en problemas.

–No te preocupes, Paskual. Voy a aprovechar la cárcel para ver a tu padre y a mi hijo. Para que no se quejen después de que no los quiero visitar. Además, ¿qué son seis meses de cárcel en los veinte años que me quedan para verlos felices a vos y a Julietta?

Buenos Aires quedaba atrás. Sobrevolaron las cárceles que la separaban del resto del país. Entonces, el bisabuelo Manuel habló.

–Mis padres llegaron acá a comienzos del siglo XXI. Venían de China, de una China muy distinta a la actual. Yo nací unos diez años más tarde, cuando mis padres ya estaban integrados a este país. Bah, integrados. Tenían un supermercado a pocas cuadras de donde vivo. La gente los maltrataba bastante, pero ellos iban para adelante, dispuestos a convertirse en argentinos. La casualidad hizo que yo naciera el 25 de mayo de 2010, cuando este país festejaba su bicentenario y a mi madre no se le ocurrió mejor idea que ponerme Manuel, por Manuel Belgrano.

“Cuando era un adolescente como vos, tal vez un poco más grande, me enamoré de una compañera de la escuela. Nos enamoramos. Ella era una rubia hermosa, alta y elegante como tu Julietta. Pero los padres de ella me odiaban, no querían saber nada de que su hija anduviera con un chino. Porque a mí me decía el chino, ¿no es gracioso? Intentaron separarnos. La

cambiaron de escuela, pero nosotros nos seguimos viendo. Un día, hartos de las prohibiciones, nos escapamos, igual que ustedes. Queríamos llegar al Bolsón, allá, en la Patagonia, pero apenas llegamos a Mar del Plata. A la semana nos encontraron. A ella la llevaron a vivir a Estados Unidos, donde el padre tenía negocios. Yo me quedé esperándola. Nunca más supe nada de ella. Y eso que la busqué, con las tecnologías obsoletas de esa época pero la busqué. Y nada. A veces pienso que tal vez murió en algunas de las guerras de estas décadas. Otras pienso que tal vez ahora es una mina de cien años, como yo y que nos vamos a volver a ver. Por eso nunca me quise mudar lejos del lugar donde ella y yo andábamos, como amantes clandestinos, recorriendo plazas, pizzerías, shoppings”.

“Mirá, Paskual, en estos cien años, vi cómo este país cambiaba, cómo cambiaba el mundo. No sé si para mejor o peor porque eso siempre es relativo. Antes las esposas que te ponía la policía te lastimaban las muñecas. Estas ni se sienten, siempre y cuando no intentes separar las manos. ¿Eso es un avance o no? No sé. Te decía: fui testigo de cómo este mundo se convirtió en esto que vos vivís a diario. Si existieran los viajeros en el tiempo y pudiera venir alguien de los tiempos de cuando yo nací vería un país irreconocible, una sociedad tan cambiada que ni un autor de ciencia ficción podría imaginar. Pero si conociera tu historia, si conociera la mía, se daría cuenta que nada cambió, que todo sigue igual. Cambia la ropa, pero los cuerpos son los mismos. ¿Me entendés, nene?”.

Él sólo entendía que lo iban a separar de la persona que amaba durante un año. Un año que iba a ser tan largo como un siglo. La angustia apenas lo dejaba escuchar lo que su bisabuelo decía.

Ya habían llegado a la Capital. Cuando los bajaron del vehículo pudo ver a Julietta. Se cruzaron una mirada. Los policías y las policías los hicieron apurar el paso, pero no pudieron descifrar lo que Julieta y Pasko se dijeron con los ojos.



En el momento en que me saque la capucha soy hombre muerto. Esa es la clave: no sacarme la capucha. No hay mucho más que yo pueda hacer. Si los viera, estos tipos se pondrían nerviosos y serían más peligrosos todavía. Supondrían que podría reconocerlos, recordar sus caras, describirlos. El día que me saque la capucha soy hombre muerto, lo sé.

Estoy en manos de otros: de los que me tienen acá y de los que deberán juntar el dinero para que me liberen. Mónica, por ejemplo, estoy en manos de mi mujer. Estar en manos de ella no me deja tranquilo: Mónica también es peligrosa cuando se pone nerviosa. En otro sentido, pero peligrosa, torpe. No sacarme la capucha. Lo advierten los noticieros, los spots publicitarios, los comunicados. Y es lógico. Si quien secuestra es reconocido por el secuestrado, el secuestrado termina muerto. Lógico, yo también lo mataría. Si fuera secuestrador lo mataría. Soy contador público nacional. El pensamiento lógico matemático me importa más que la verdad. Viendo me condenaría. Las voces son otra cosa. Uno puede simular no reconocer a alguien aunque sepa de quién es esa voz. Yo podría, lo hice tantas veces. Lo hago cuando llaman por teléfono a Mónica. Siempre la misma voz. Puedo fingir ante esa voz, pero no me siento capaz de ocultar la sorpresa ante una cara. No ante la cara de quien me trajo aquí-¿dónde?-, de quien me tiene encerrado y me alimenta dos veces al día a través del hueco que deja el pedazo de madera que le quitan a la puerta por donde pasan el plato con comida y el vaso con agua. Miraría esa cara y si la reconociera, él lo sabría. Entonces ese hombre tendría miedo de mí y yo de él, y eso no sería bueno para ninguno de los dos.

Vasos.

Antes de tirarme acá adentro me soltaron la cuerda con la que habían atado mis manos, pero no me quitaron la capucha, y no voy a ser yo quien me la quite. ¿Por qué soltarme las manos y no sacarme la capucha?, me pregunto. No tiene lógica. O sí, tal vez lo que esperan es que me la quite yo. Si me quito la capucha y los veo, les doy la excusa para que aprieten el gatillo. Yo no soy secuestrador, soy contador público. No quiero excusas.

Los vasos con orín.

Los vasos.

Vasos.



La capucha es de arpillera y tiene tierra, sospecho que la hicieron con una bolsa de papas. Al principio la tierra se me metía por los agujeros de la nariz y me hacía estornudar. Ya no. Pero la tierra no es el asunto, si yo fuera lo que son ellos, ¿qué son ellos?, usaría otra tela, una tela de trama cerrada que no me permitiera ver nada. La arpillera deja ver la luz y la sombra. La arpillera dejaría ver el movimiento si algo o alguien se moviera frente a mí; pero el único movimiento que percibí hasta ahora es el que hacen el trozo de madera que le quitan a la puerta, y el plato y el vaso que entran. Dos veces al día. Hace cuatro días que me tienen encerrado. Cuatro días y medio; sé que son cuatro días y medio porque ya tengo nueve vasos de plástico adentro de esta pieza donde me tienen. Los cuento para no perder la noción del tiempo. Los ordeno en hilera a medida que van llegando y después los cuento a través de la trama de la arpillera. El primero y el segundo corresponden al primer día, el tercero y el cuarto al segundo, y así sucesivamente. Hay nueve vasos, pasaron cuatro días y medio. Así sé si es día o noche: impar es día, par es noche. Es fácil, y para colmo tengo facilidad para los números. Los números pertenecen al mundo lógico. Ellos, los que me tiene acá, ¿quiénes?, quieren que pierda la noción del tiempo, para debilitarme. ¿Quiénes son? ¿Tienen poder? ¿Saben lo que hacen? Es una estrategia que usan con los prisioneros de guerra, lo vi en una película. No saber en qué día uno vive te hace débil, es lógico. En los vasos orino. No saber en qué se te fueron las horas, también te hace débil. Yo, por deformación profesional, anoto. Soy contador. Trabajo en un estudio de auditoría desde que me recibí, un estudio internacional, empecé como asistente y hoy soy un gerente a punto de ser ascendido a socio. Y cuando sea socio se acabaron los problemas económicos. Porque aunque todos crean que en un estudio multinacional como en el que trabajo ganás mucha plata, eso no es así durante varios años: ganás plata sí, pero la plata grande, la que hace la diferencia, viene después, cuando llegás a la punta de la pirámide. Antes de eso, el sueldo que recibís no paga el tiempo y esfuerzo que le dedicás a tu trabajo. Ni las veces que agachás la cabeza, ni las que dejás que te metan un dedo en el culo. Es paradójico, antes de ascenderte a socio te hacen un chequeo médico muy completo que incluye tacto rectal, para descartar cáncer de colon, y entonces la metáfora del dedo en el culo se hace realidad. El sueldo hasta entonces no paga nada de todo eso, lo paga la expectativa de llegar al máximo escalón posible. Después de algunos años uno ya sabe qué tiene que hacer para llegar, y si está dispuesto a hacerlo, llega. No hay mucho misterio, la estructura piramidal del estudio donde trabajo está copiada del ejército. Subordinación y valor, podría ser perfectamente el lema de nuestra compañía, aunque es otro. Pero es secreto, no me dejan decirlo.

Vasos.

Los ordeno en hilera.

En el estudio para saber a qué aplicamos cada una de nuestras horas completamos quincenalmente una planilla que llamamos *time schedule*. Por cada hora de cada día tenemos que indicar a qué cuenta debe facturarse la tarifa, el precio de nuestro trabajo. Por ejemplo, día lunes dos horas al banco tal, una hora a la petrolera equis equis, una hora y media al grupo empresario como se llame, dos horas a “capacitación” si es que uno puede justificar algún curso o conferencia. Eso suma, seis horas y media, por lo tanto no suma y estamos ante un problema porque para las ocho horas laborables, que es lo mínimo, falta una hora y media. Si el tiempo no tiene asignación específica se lo debe cargar a la cuenta “trescientos noventa”. “Trecientos ochenta” es “capacitación”, las cuentas que empiezan con cuatrocientos corresponden a bancos, las que empiezan con quinientos a grandes clientes, y las que empiezan con doscientos a clientes pequeños. Nadie sabe exactamente qué quiere decir “trescientos noventa”, no es un nombre oculto pero como siempre la llamamos así, por el número, olvidamos hace mucho su nombre. Seguramente será “tiempo no cargable”, o “tiempo libre”, o “tiempo sin asignación específica”. Sin embargo, por más que hayamos olvidado cómo se llame, cuando uno dice “trescientos noventa” todos sabemos de qué estamos hablando. Un número puede nombrar tanto como una palabra. En el *time schedule* tratamos de asignarle a la trescientos noventa el menor tiempo posible porque ese tiempo no está bien visto. Cada quince días encontrás en los pasillos gente, profesionales universitarios, la mayoría con algún máster en el exterior, preguntando: ¿vos cuánto cargaste a la trescientos noventa? Parece tonto, pero algún sentido somos más conscientes de lo que el tiempo vale que cualquier otra persona. Porque nuestro tiempo tiene un precio para los otros, los otros pagan por él. El que carga mucho a la trescientos noventa no es un buen empleado. No sacarme la capucha. En el estudio vendemos eso: horas. Y alguien nos compra eso: horas. Horas. Vasos. Y yo soy bueno vendiendo horas.

Cuento los vasos con orín.

Lo otro me lo aguanto.

Esta pieza donde estoy encerrado, ¿está en el edificio donde trabajo?

Qué ironía, mañana será día de entrega de *time schedule* en el estudio, ¿mañana o pasado mañana?, todos estarán revisando sus agendas y trasladando al reporte números de cuentas, cantidad de horas, estarán sumando, preguntando: ¿cuánto cargaste a la trescientos noventa?, mintiendo, mientras yo, aquí donde estoy, ¿dónde?, no puedo determinar cuándo termina una hora y empieza otra. No puedo fraccionar el tiempo. Me sacaron el reloj, la alianza y el teléfono. Me soltaron las manos para

que me saque la capucha, pero no lo voy a hacer. El reloj y la alianza. Aunque tuviera aquí dentro la planilla de tiempos y un lápiz, no podría completarla.

Todavía sé qué día es, estoy seguro: es martes, porque fue el jueves cuando me cruzaron el auto. Esa noche no me dieron de comer ni me trajeron agua. Los jueves después del trabajo juego tenis con unos amigos. Amigos del trabajo. Llevaba raqueta para estrenar, una raqueta que me salió una fortuna. Se deben haber sorprendido, en diez años nunca los dejé plantados. Me deben haber puteado. Y cuando se enteraron de lo que me pasó seguro se sintieron mal, hasta culpables: si se hubieran preocupado a tiempo a lo mejor la policía podría haber hecho algo, rastrear el chip de mi auto, por ejemplo. Supongo, no soy secuestrador ni policía, soy contador público. Pero ya tienen que saber. Mónica los tiene que haber llamado cuando no aparecí a dormir. Ella sabe que mis amenazas de dejarla no pasan de eso: amenazas. ¿Por qué se pone mal cuando le digo que la voy a dejar si los dos sabemos que tiene un amante? Si los dos sabemos quién es su amante. Si su amante sabe que yo sé. Si conozco su voz, y él la mía. No sacarme la capucha. Una voz. No puedo ocultar la sorpresa ante una cara, pero sí ante una voz. No sacarme la capucha. Yo no soy secuestrador. Pero entiendo, aplico la lógica y entiendo.

Orín.

Prefiero no pensar en Mónica. Me pone nervioso imaginármela tratando de juntar la plata para el rescate. Si hubiera sido al revés, si la hubieran secuestrado a ella, yo a esta altura ya tendría la plata en una valija y estaría esperando el llamado de los captores para que me digan dónde entregarla. Pero Mónica se ahoga en un vaso de agua. Vaso. Y no se maneja bien con el dinero. Debe haber llamado a mi hermano, por respetar un lazo familiar que en la realidad no existe; además mi hermano no es la persona indicada para resolver un asunto como éste. Yo si fuera ella llamaría a Juan. No es mi mejor amigo pero es el que mejor resuelve cualquier asunto, por algo es el socio a cargo del estudio a pesar de que tiene mi edad y entró a trabajar después que yo. Yo debería haber sido socio antes que él. Pero Juan le ha chupado el culo a cuanto socio tuvo arriba suyo. Son estilos. Lo que no puede negarse es que sabe mejor que nadie cómo manejar una crisis, y esto es una crisis. Mónica sola no va a poder.

Cuento los vasos.

Fracciono el tiempo en vasos.

Lo otro me lo aguanto.

¿Y si me secuestró Juan? Para qué, si él ya llegó.

Uno dos, tres cuatro, cinco seis, siete ocho, diez. ¿Cuándo entró el décimo vaso? ¿Cuándo comí lo que trajeron con él? ¿O conté mal? Yo sé contar. Soy contador, no soy secuestrador. Ni policía. Soy uno más, uno que hizo algo de plata, con un buen laburo, tengo mi casa, mi auto, esta oficina. Yo no soy responsable de lo que los demás no tengan. Recién pude comprarme el auto que siempre quise cuando me nombraron gerente. Antes de eso gastábamos para vivir todo lo que yo ganaba. Y más también. Cagar más alto que el culo, lo llamaba mi viejo; él no se habría atrevido, cultura de familia de inmigrantes, de ahorro, de morir tan pobre como viviste y dejar lo que puedas a los que vienen detrás de vos. Yo no tengo nadie detrás de mí. Mónica y yo no quisimos tener hijos. Una decisión acertada. Si el mundo está cada vez peor.

Yo creo que me eligieron por el auto. Mónica me va a decir: te lo dije. Ella no quería que lo comprara, quería que eligiera uno que llamara menos la atención. Lo blindé y le polaricé los vidrios para que se quedara más tranquila, aunque Mónica nunca va a poder quedarse tranquila. Justamente por lo del polarizado es que creo que me eligieron al voleo, porque atrás de los cristales oscuros no pudieron saber quién iba. Uno ve, pero no lo ven. Aunque tampoco uno ve exactamente cómo es la realidad a través de esos vidrios. Se ve como detrás de lentes de sol, algo más oscuro, como en sombras. No se ve el día que es, ni el que fue, ni el que va a ser. Siempre se ve otro día.

Uno dos, uno; tres cuatro, dos; cinco seis, tres; siete ocho, cuatro; nueve, medio día más. ¿Cuándo apareció el décimo vaso?

Entonces ya es de noche.

Once, doce: quieren confundirme.

Trece.

Soñé que mi auto en lugar de vidrios polarizados tenía las ventanillas y los parabrisas tapados con arpillera. ¿Dónde estará mi auto? ¿Ya lo habrá encontrado la policía? Yo no soy policía. ¿Yo no soy policía? Soy secuestrador. Si yo fuera secuestrador. No sé para qué la gente va a un psicólogo a que le explique los sueños si el significado está tan claro. No creo en los psicólogos. El psicoanálisis murió con el siglo XX. Algunos cobran la hora más guita que el más caro de nuestros socios. Una vergüenza. ¿Por qué me eligieron? Tengo plata, eso es cierto, pero como tantos otros, y además de plata qué tengo, nada especial. Tiene que haber sido al voleo. No debían saber ni siquiera si quien conducía era un hombre o una mujer antes de obligarme a abrir la puerta. Menos mal que no soy mujer. Yo no soy mujer. Aunque si fuera mujer a esta altura estaría libre porque del otro lado habría un hombre que ya habría juntado la plata del rescate. En ese sentido preferiría estar en las manos de un hombre. Las mujeres no

se llevan bien con la plata. Pero ser mujer y estar acá dentro supone otras desventajas: no poder orinar en el vaso con tanta precisión, por ejemplo. Yo orino en los vasos. Tendría que agacharse y tratar de embocarla, o decidirse a orinar en el piso. Una mujer no embocaría y no podría evitar que esto se llene de olor pestilente. Yo puedo. Yo controlo el olor. Yo meo en los vasos. Yo soy hombre. Y una mujer, además, tendría más miedo. Mónica tendría miedo de que la violaran, es tan dramática, tan de esperar siempre lo peor.

Meo en los vasos. Ordeno los vasos. Cuento los vasos.

Quince.

No soy contador público. Soy médico y policía. No, psicólogo, no.

Mónica.

¿Y si me secuestró Mónica?

¿Y si me secuestraron Mónica y su amante?

Orín. Policía. Capucha.

Mierda.

Una capucha llena de mierda.

Vasos.

Estuve secuestrado, Mónica, callate la boca.

Tienen que haber pedido por mí más de cincuenta mil dólares, porque si la cifra fuera menor, entre lo que tenemos en el banco y en casa, y algo que Mónica le podría pedir a mi hermano o a Juan, ya tendría que haber juntado la plata. O a su amante. Qué ironía que su amante pague por mí. Si piden más de cincuenta mil, Mónica tendrá que traer el dinero de la cuenta que tenemos afuera. Para ser más exactos deberá pedirle a alguien que le ayude a traerlo porque ella no tiene ni idea de cómo hacer ese trámite. El dinero lo manejé siempre yo, es nuestro ahorro a futuro, lo que no queremos tocar ni que nos toquen. A Mónica le llevará más tiempo todo, soy consciente de eso, así que no espero que la cosa se resuelva en los tiempos en que yo la resolvería. Mónica no es como yo. Yo no soy Mónica. ¿Pero en cuánto tiempo? Mierda. ¿Y si no fue al voleo y pidieron más? ¿Cien mil? ¿Doscientos? ¿Cuánto dinero cuesta tener a un tipo secuestrado durante quince vasos? ¿Cuánto habrá cargado Juan a la trescientos noventa?

No sacarme la capucha.

No soy policía. ¿Soy policía?

Me secuestró Mónica.

Soy secuestrador profesional.

Meo en hilera.

Yo tendría que haber secuestrado a Juan, antes de que lo nombraran socio.

Cuando compré el auto tuve que traer algo de plata, y tardó dos días en acreditarse en la cuenta de la concesionaria, bastante rápido teniendo en cuenta la triangulación que había que hacer, el tema del blanco y el negro. Pero acá la cosa va a ser distinta porque no sirve mover números en cuentas bancarias, acá hay que conseguir los billetes. Mónica en estado de shock tardará un día en encontrar el teléfono de mi asesor financiero, y si se tomó un día la agarró el fin de semana. La orden de débito a la cuenta puede tomar otro día, el reenvío al país otro, y además hay que sumar las diferencias horarias, porque la orden puede salir de acá en horario bancario y llegar al banco *off shore* fuera de horario. El tiempo financiero a veces te juega en contra. Hoy todo en el mundo resulta más veloz, pero el tiempo financiero es sagrado. Cuando acá empieza el día en Japón está terminando. Cuatro días, antes de cuatro días no pueden llegar los billetes. Para mañana habrá diecisiete vasos en hilera delante de mí. ¿O ya hay veinte? Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.... Catorce, quince. Dieciocho, diecinueve, veinte. Si los billetes no llegan antes del vaso número diecisiete, no llegan hasta el próximo lunes. ¿Entonces hoy es lunes? No, por poco operativa que sea, Mónica no me puede dejar acá metido otro fin de semana más. Mónica no me va a dejar.

La mierda me la aguanto.

Diecisiete.

A lo mejor pidieron menos y antes de que entre el próximo vaso por el hueco de la puerta me liberan. Han secuestrado gente por cinco mil dólares, hasta por menos. Depende quiénes sean ellos. ¿Quiénes son ellos? Meterse en este quilombo por menos me parece una locura, pero hay gente que no piensa con lógica. Yo no soy secuestrador. Si fuera secuestrador no encerraría a nadie por menos de cien mil dólares. Porque esto tiene un costo, y hay que repartir. Una locura, menos es una locura. Si fuera policía tampoco, soy contador. ¿Soy contador? Hay psicólogos que cobran más que el socio más caro del estudio. Me contaron, yo no creo en los psicólogos. Yo no creo en la policía. Soy policía. Yo no soy psicólogo. Debe ser interesante participar del proceso en el que definen el precio que van a pedir por uno. Oferta y demanda. Tiene que haber una relación entre lo que uno vale y el costo del secuestro. En definitiva, una banda de secuestradores es una empresa y le van las mismas reglas que a cualquier empresa. Llevo cargados diecinueve vasos a la trescientos noventa. Un auto nuevo. Una locura, pero es así.

No sacarme la capucha.

¿Cuánto puedo aguantar?

La mierda me retuerce.

Yo reconozco que el auto que tengo representa un valor desproporcionado dentro de mi patrimonio, pero si después de veinte años en el estudio no me puedo comprar el auto que quiero el sacrificio no valió la pena. Y el sacrificio tiene que valer la pena. Al menos eso.

Escucho pasos y una tos. La tos de alguien que fuma. Se abre el hueco en la puerta y la mano hace entrar un plato y un vaso con agua. ¿Conozco esa mano? ¿Es la mano de Mónica? ¿La de Juan? ¿La de mi hermano? Seis días. Veinte vasos.

Junto al vaso hay un sándwich. Prefiero un sándwich de lo que sea al guiso inmundo de esta mañana. ¿O el guiso fue ayer? Cuento los vasos para no perderme en el fraccionamiento del tiempo. Siete días. Veinte vasos. Me quieren confundir. ¿Cuántos días uno puede aguantarse la mierda adentro? ¿Cómo sé que estos sujetos no hacen entrar vasos en cualquier momento del día para que yo me confunda y piense que un día se completa cuando no es así? ¿Pueden ser tan hijos de puta? No quiero pensar en eso, prefiero confiar en algo, tener la certeza de que cada vez que se abre el hueco y una mano entra para dejar comida es porque pasó medio día. Confiar que no me sacaron también el tiempo. Que te saquen el reloj es una convención, no es el tiempo. Un vaso, medio día.

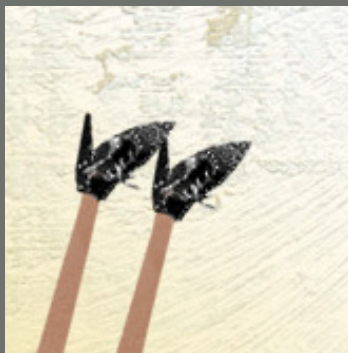
Me acerco al plato y tomo el sándwich.  
El pan está húmedo, pero lo como y me duermo.  
Me despierto.  
No aguanto.  
Lo otro.  
Mierda, ¿cuántos días?  
No aguanto.  
Duermo, cierro los ojos y duermo.

Amanecí cagado. Soñé que estaba en el baño. El olor me persigue. Me quito el pantalón y lo dejo a un costado, cerca de la hilera de vasos para que un olor mate al otro. El calzoncillo también. Estoy desnudo, pero llevo la camisa y la capucha. Lo importante es no sacarse la capucha. ¿Y si este no fuera un secuestro más, un secuestro cualquiera? ¿Si esto fuera un secuestro planificado por alguien que me conoce y me quiere ver bien cagado, revolcado en mi mierda? ¿Si el precio de este secuestro no fuera sólo el dinero que piden por mí? Llegar a la punta de la pirámide. Amanecí untado en mierda. Hombre muerto. No sacarse la capucha. Lógica. Estoy desnudo, pero no me saco la capucha. Si yo fuera secuestrador mataría a quien se sacara la capucha. Soy secuestrador, soy policía, soy contador público nacional. Voy a pedir cincuenta mil dólares. No, ahora que se cagó un poco menos. Mónica ya debe haber juntado la plata, la debe estar llevando a alguna parte, a un descampado, a unas vías, a un tacho de basura. No hay tanto olor, el pantalón hecho un bollo ayuda a tapanlo. Una mosca. ¿Por qué una mosca puede entrar o salir de este lugar? ¿Por dónde? Señor secuestrador, mate esa mosca, esa mosca puede reconocerlo. Yo

mato esa mosca. Cagado vale menos, Mónica. Dieciséis vasos. En Japón ya es otro día. Yo no soy mujer. Veinte vasos. ¿Dónde estuviste entre el vaso dieciséis y el veinte, Mónica? La mosca se posa sobre mi pantalón. Yo soy policía, y soy secuestrador; puedo ser cualquiera de las dos cosas. Lavame el pantalón, Mónica, ¿no ves que está cagado? ¿Quieres que te refriegue el pantalón por la cara? En quince mil arreglamos. Mear parado. Yo soy hombre y meo parado. Eso deme, quince mil, y le devuelvo a su mujer. Yo no soy mujer. Me importa más la lógica que la verdad. Yo no pago por Mónica. Yo no soy policía. Yo no secuestro. Robo tiempo. Robo en la trescientos noventa. Veintiocho vasos. Vasos llenos de orín. La mierda me la aguanto. La que cagó el pantalón es Mónica. Veintinueve, treinta vasos. Treinta mil, cuarenta mil, cincuenta mil. Yo no soy contador, soy policía. Necesito otro pantalón donde volver a cagar. No puedo cagar en la capucha, la mierda saldría por la trama de la arpillera. El orín en los vasos. Juan debe saber cómo. Juan es socio; no creo en los socios. Yo soy Juan. Veinticinco vasos. Estoy meando en un vaso que ya está lleno, el vaso se desborda, miro la esquina donde ordeno los vasos en hilera. Cago por segunda vez, en un rincón. ¿O ya es la tercera? Dos moscas. Veintiséis vasos. Cincuenta mil dólares. Una mano. Tos. Trescientos noventa. Tres moscas. Cuatro. Un vaso más. Ya no los cuento. Cincuenta mil dólares por el cagado, pero le hago un diez por ciento. Cuarenta mil por Mónica. Por Mónica no pago más de quince, doctor. Yo no soy Mónica. Un auto coupé puesto en la calle vale un veinte por ciento menos. ¿Dónde está mi raqueta nueva? Seis moscas. Vasos. Socios. Ocho moscas. Mónica. Arpillera. Horas. Orín. Japón. Capucha. Trescientos noventa, este tiempo se lo voy a cargar a la trescientos noventa.

Una tos. Un hueco. Una madera. Un plato.  
Un vaso. Una mano. Una mosca. Una cara.  
¿Habrá gente que vive sin saber que existe la trescientos noventa?  
¿Será esa gente la que me secuestró?  
Me saco la capucha.  
Los espero.





Una semana antes de que la policía irrumpiera en la agencia clandestina de San Telmo donde trabajaba, Leo renunció y consiguió un puesto como guardia nocturno en la Villa Olímpica abandonada. Había llegado el verano, tenía problemas para dormir y sus objetivos inmediatos eran dos: desaparecer por un tiempo hasta que todo se calmara y mantener a raya a las mariposas de luz que acudían en masa cuando encendía los reflectores del estadio, el polideportivo y la pista de atletismo. Para eso usaba redes y mallas metálicas que fijaba a los marcos de las puertas y ventanas de la oficina. La primera noche estuvo trabajando hasta tarde con el soldador y cuando terminó se sentó en el sillón hasta que amaneció para comprobar que ninguna de aquellas criaturas minúsculas y fosforescentes podía filtrarse en la habitación.

Hasta que empezó a trabajar en el predio sólo había visto fotografías de aquel intento de urbanización al que se había llamado “Icaria” y que desde la década pasada permanecía trunco y expectante, abandonado por los concesionarios que habían concebido el plan original de reconstrucción para desecharlo poco después, cuando Buenos Aires perdió su condición de “Área Olímpica”. Al poco tiempo se declaró a todo el sector *desierto urbano*, un eufemismo catastral que permitía tratarlo como un espacio de desechos. Ahora era un gigantesco estacionamiento al aire libre y un refugio de drogadictos y mendigos que utilizaban las laberínticas instalaciones del polideportivo para huir de la policía, aunque a Leo le parecía, en realidad, un desierto de cemento y acero flanqueado por fábricas inactivas por un lado y el interminable murallón del cementerio por el otro. Una vez a la semana, y por expreso pedido del Consorcio Industrial, las niveladoras arrasaban alguno de los asentamientos que se formaban en los edificios abandonados de las fábricas y provocaban una huída en masa de refugiados, que regresaban a los pocos días como empecinados en mantener su condición de ciudadanos de aquel sector que nadie más que ellos reclamaba.

El invierno se le había pasado a Leo entre las fiestas clandestinas y los “eventos no anunciados” que ya eran furor mucho antes de que fueran prohibidos. Casas viejas, bares y galpones reacondicionados fueron el refugio ante las clausuras preventivas cuando los comandos de “Los Profetas de la Hora Seca” comenzaron a poner bombas en las discotecas. A partir de entonces todo el mundo acomodó su agenda al boca a boca y al *mailing* secreto. La última de esas fiestas había sido en los bajos de la

costanera. Un temporal había sacado del fondo del río una tonelada de cocaína y la había esparcido por la playa. Estaba fondeada en una red e impermeabilizada en bolsas de plástico, pero una tormenta había roto los tirantes y dejado a la deriva los sobres, que empezaron a aparecer en las orillas.

Cuando se aburría de todo eso pidió una licencia de unos días e invirtió parte de sus ahorros en poner a punto el coche. Después salió a las rutas. Una noche entró en una estación de servicio y compró cintas vírgenes para el grabador y un adaptador que le permitía conectarlo a la batería del vehículo a través del dispositivo del encendedor, que quedaba inutilizado mientras grababa. De todas maneras, hacía tiempo que Leo había dejado de fumar.

Fue durante ese invierno que recrudecieron los problemas para dormir. Por eso se lanzó a las rutas, porque la velocidad le cortaba los recuerdos y le hacía ver el pasado como una película fuera de foco. Pisaba el acelerador y se imaginaba como un proyectil de neón disparado hacia el centro de la noche, hasta que la llegada a una ciudad o un pueblo que desconocía lo hacían volver en sí vertiginosamente. Durante todo ese tiempo, sólo una vez se había quedado en silencio con la cinta girando en el grabador. Fue durante una noche increíblemente estrellada, cuando apagó las luces del tablero y lo rodeó la negrura absoluta punteada de blanco. Se sintió como si flotara en medio del espacio. El zumbido del viento y el ronroneo del motor se grabaron uno sobre otro y ahora, cada vez que escucha esa cinta, a Leo le parece oír su propia respiración flotando sobre un fondo de bruma, como si hubiera intentado hablar a orillas del mar.

Se levantaba varias veces en medio de la noche para escribir en los cuadernos. Si estaba compartiendo el cuarto usaba una linterna para no molestar al otro huésped y eso le cambiaba el trazo. La letra se volvía más pequeña y se inclinaba ligeramente hacia la derecha. Casi siempre escribía sobre lo que había visto mientras manejaba, escenas que le estallaban en la cabeza como flashes fotográficos. En cuanto bajaban al papel, esas imágenes se borraban de su mente, por lo que al poco tiempo sólo leyendo esos cuadernos podía estar seguro de los lugares por los que había pasado.

Algunas veces, en la ruta, la lluvia era espesa y blanca, del color de la leche. Un camionero le sugirió que no condujera demasiado tiempo bajo esa lluvia, porque el repiqueteo del agua sobre el techo durante horas y la visión de la ruta desapareciendo en la lejanía podían enloquecer a cualquiera. Así que si llovía demasiado se metía en un hotel y grababa un par de cintas y después se tiraba en la cama. En una de esas grabaciones menciona al grupo de niños que se divierte arrojándoles sal a las babosas que se arrastran sobre la tierra húmeda.

La monotonía de las rutas le despojaba de eventos la vida. En algún momento, las grabaciones y las anotaciones en los cuadernos se transformaron en motivos biográficos, miniaturas que terminaban por contradecir la finalidad del viaje. Ahora, por las noches, con la vista de la pista de atletismo y el polideportivo iluminados, ha comenzado a digitalizar las cintas completas. Algunas de las frases que encuentra en ellas le resultan desconcertantes, como si las cosas más simples no soportaran ser lo que son. Es como una nueva manera –compleja y esquiva- de aprender el significado de las palabras.

Llevar hasta las últimas consecuencias la repetición de un discurso oral, anota en los cuadernos. Bloquear y torcer el tiempo para construirse un presente perpetuo. Lee páginas de su cuaderno al azar. Piensa las páginas sin anotaciones como el equivalente del desierto estático que suponen los espacios vacíos de las cintas. Una posible virtud poética oculta en el ruido blanco.

Cuando tenía nueve años, su padre le dijo que los autos chocados y las casas abandonadas guardaban la memoria del mundo.

Consecuencias del insomnio: temblores, pérdida de reflejos, angustia. En casos extremos, alucinaciones y paranoia.

Leo está mirando televisión sumido en la oscuridad de la sala de su departamento. La luz blanca y seca de la pantalla le ilumina apenas el rostro. Le llegan las imágenes fragmentadas de una historia de amor rota que no alcanza a comprender. Un famoso cirujano plástico alemán creyó encontrar el amor en una mujer veinte años más joven que él, a la que reconstruyó y modeló a su gusto a través de dieciocho cirugías. Ella lo habría mandado a matar para heredar diez millones de euros.

Publicidad oficial sobre los festejos del Tercer Centenario, seguida por algunas escenas de la sesión de diputados donde se trata el proyecto de modificación de los colores de la bandera nacional. Intercaladas, imágenes de la movilización popular en los alrededores del Congreso.

A medida que amanece, la mente se le despeja de recuerdos, como si la memoria no pudiera ser otra cosa más que una maniobra nocturna. La habitación se ha aclarado lo suficiente como para dejar pasar un borde rosado que gotea en la pared, reflejo de algún cartel exterior de neón. Escucha el gemido de un ascensor que se pone en funcionamiento, sólo audible porque los clubes nocturnos de la cuadra cesan sus actividades apenas comienza a amanecer.

El llamado de una encuestadora automática se graba en el contestador.

En la radio, noticias de las seis de la mañana: muertos olvidados en la morgue municipal, víctimas de la ola de calor. Los cuerpos están

congelados, pero si nadie los reclama en las próximas setenta y dos horas serán enterrados (sin ceremonia alguna) en el sector para indigentes del Cementerio del Este.

La alarma del despertador es como un golpe en la cabeza parido por la oscuridad. Otra noche en blanco le recuerda la imprudencia de no haber conseguido la receta para las pastillas que estaba tomando antes de que Valeria se fuera. Aunque ya es casi de día, se filtran algunos recuerdos como en la pantalla deshecha de un caleidoscopio. Lo que él pensó que ocurriría y lo que finalmente ocurrió. Valeria había ido a la peluquería y regresado con el pelo muy corto. Recuerda que lloraba. Por más que trate de evitarlo, otra vez se desliza en ese territorio siniestro, como de teatro abandonado, y en el centro del escenario está siempre ella, saliendo del departamento, resbalando en la vereda escarchada, con el pelo tan corto.

La nieve era lo primero que recordaba, lo espesa y blanca que era, y la forma en que se posaba, como una fiebre, sobre la calle y los techos de los automóviles. Cada cinco minutos alguno se adelantaba unos metros y parecía que ese animal dormido que era el tránsito iba finalmente a desperezarse y ponerse en movimiento, pero enseguida todo volvía a quedarse quieto y los cambios de luces de los semáforos se volvían una contraseña gastada e inútil. Además nevaba, y a Leo le pareció que cualquier palabra dicha en ese contexto perdería su significado. En el cine las despedidas siempre eran así, pero ahora conspiraban contra él las películas de toda una vida.

Los tres días siguientes se los pasó caminando por la ciudad como si todo fuera un sueño en blanco. Bebía cerveza y comía pescado en los karaokes japoneses de Palermo. Se hizo amigo de un agente de viajes que le ofreció un par de pasajes a Ciudad del Cabo mientras señalaba las protestas callejeras en la pantalla de un televisor y le mostraba catálogos y folletos en una portátil.

–Safaris de caza– decía el tipo, y a Leo las imágenes de los canguros y el desierto se le mezclaban con los grupos de chicas que subían a cantar al escenario y los camiones hidrantes de la policía escupiendo líquido fosforescente.

También mataba el tiempo regateando en las farmacias. Buscaba las pastillas para dormir pero no las compraba a menos que el precio le pareciera lo suficientemente bajo. A veces, cuando volvía al departamento, se arrepentía y se ponía a guardar las cosas de Valeria como si recogiera los juguetes de una mascota que acabara de morir.

Ella ni siquiera llamó durante la primera semana.

Guardaba las postales electrónicas que le iban llegando en una carpeta fantasma a la que había quitado las protecciones anti-virus. Con el correr

de los días, la carpeta se fue transformando en un sumidero al que habían ido a parar los sucesivos desastres de su historia conyugal, mezclados entre publicidades de nutriestética y clínicas de neotenia. Insistía en mantener esa carpeta activa sabiendo que algún día todo eso desaparecería, tragado o arrasado por alguno de sus depredadores informáticos. Por el momento, era apenas el lugar donde se mezclaban algunos recuerdos valiosos, cada vez más extraños, con mensajes aislados sin valor alguno.

En la televisión, noticias de las cuatro de la tarde. Dos pasajeros sufrieron heridas leves cuando el colectivo en el que viajaban fue atacado a tiros de escopeta. La policía lo atribuye a un tirador serial que desde hace seis años viene disparando desde un vehículo en movimiento, y que el pasado catorce de abril mató a una nena de once años.

Se ha quedado sin responsabilidades. En la situación en que se encuentra –puesto que no tiene la obligación de ponerse en movimiento o de tomar iniciativa alguna– casi no se comporta como un adulto. En cierto sentido, ella lo ha liberado de todas las responsabilidades. La situación le ofrece una seguridad que no conocía.

En la penumbra que reina en la oficina, a través de la ventana principal, Leo observa los globos de luz que circundan la pista de atletismo de Icaria. Algunos focos son más potentes que otros y eso le da a la urbanización la apariencia de un paisaje a punto de extinguirse. Por la tarde, un empleado del consorcio le ha dicho que alguien de la administración se encontrará con él mañana o pasado, a esa misma hora, para decirle lo que tiene que hacer todas las noches, al empezar su turno.

Enciende un cigarrillo. Le arden los labios y puede sentir las gotas de transpiración deslizarse por su espalda y empapar la camisa con el logo del Consorcio Industrial. En las ventanas del polideportivo brillan las fogatas que los vagabundos encienden en el interior de la estructura.

Esa noche, Leo sueña con edificios incendiados y un rostro sin facciones que le ofrece un beso de caramelos ácidos.

Si le preguntan por Valeria, Leo contesta que recuerda su nombre pero que ya no sabe cómo se escribe.

Otra vez sentado en la oscuridad, frente a la computadora. Libera el nuevo virus (*Céline*) con la melancolía de quien apura una despedida. No se inclina sobre el teclado, más bien alza la vista para que el humo del cigarrillo se eleve. Se ríe como un ciego mientras el monitor muestra una especie de desorden cósmico.

Hace dos años, Leo trabajó para una multinacional diseñando redes de seguridad informática. Moralez, un gerente de operaciones tácticas que advirtió rápidamente sus condiciones, le dijo que la plata de verdad estaba

en otra parte. El tipo renunció al mes siguiente y enseguida lo llamó por teléfono para preguntarle si no quería ir a trabajar con él. Había montado una agencia clandestina en San Telmo donde compraba y vendía bases de datos que iban desde padrones electorales hasta listas de usuarios de celulares y tarjetas de crédito, archivos con más de diez millones de direcciones de e-mails y nóminas enteras de personas físicas y jurídicas que poseían cheques rechazados o deudas con el fisco.

Leo arregló una entrevista para un martes por la tarde. Era más redituable robar las bases de datos que comprarlas, le explicó Morales, y para eso lo necesitaba. Le preguntó cuánto quería ganar y Leo pensó en voz alta un número que lo hiciera feliz. Después renunció a su trabajo y se pasó los siguientes seis meses en una central ubicada en los altos de una galería de la calle Bolívar, enseñando a un grupo de jóvenes programadores cómo quebrar cerrojos informáticos.

Valeria apareció una tarde por esa oficina. Tuvo que esperar a Morales más de dos horas, sentada en uno de los sillones de la pequeña sala de espera. Durante todo ese tiempo no quitó la vista del televisor de plasma por el que circulaban imágenes submarinas de peces luminosos. Tenía los ojos negros y rasgados, la cara redonda como una moneda, y parecía dispuesta a esperar allí sentada todo el tiempo que fuera necesario, como si, en realidad, agradeciera esas horas muertas que la ayudaban a desprenderse un poco más de la vida que estaba dejando atrás.

Trabajaba en una consultora, pero el sueldo era bajo y ella necesitaba plata porque vivía en un departamento que le alquilaba a su hermano y quería comprarse uno propio. Alguien se la había recomendado a Morales. Leo descubrió enseguida que no tenía nada para enseñarle que ella ya no supiera cuando cruzó la puerta de la agencia por primera vez. Durante la semana de entrenamiento básico Valeria le mostró lo que sabía hacer. Una tarde entró al sistema de la Administración Nacional de la Seguridad Social y contempló la pantalla con furia, como si estuviera midiendo el daño que era capaz de provocar.

Empezaron a almorzar juntos y Valeria le fue contando sus cosas. Vivía en Belgrano, cerca del Parque Teyler, en un dos ambientes ubicado encima de las salas de ensayo que alquilaba su hermano. Ella sabía hacer música con secuenciadores y nanomáquinas, le resultaba casi tan fácil y natural como romper redes y sistemas informáticos. Una noche, Leo la acompañó y Valeria lo invitó a subir al departamento entre las vibraciones que provocaban en las paredes los instrumentos y los alaridos sintetizados de un grupo de electrónica. Tenía su habitación llena de los prospectos y manuales médicos de un laboratorio al que le había instalado una red de fármaco-vigilancia. Encendió las computadoras y los monitores cambiaron sus tonos y diseños como si acabaran de despertar de una pesadilla vectorial.

–Dos mil pacientes– le dijo ella mientras se quitaba el abrigo y se estiraba sobre la cama deshecha-. Todos conectados al sistema. Cualquiera de ellos puede anunciar en cualquier momento si el medicamento que se está probando le causa algún efecto adverso.

–¿Qué están testeando? –quiso saber Leo mientras se inclinaba sobre las pantallas.

–Algo para los trastornos de la memoria. Dos mil bases de datos completas. Dos mil memorias transformadas en ecuaciones fractales. ¿Nunca pensaste lo maravilloso que sería poder olvidar lo que uno quiera?

Leo se dio vuelta y la miró fijamente. Valeria sonrió apenas.

–Tené cuidado con lo que me contás –le dijo ella-. Puedo robar tus datos por ahí, cifrar toda tu existencia y después cargarla en mi máquina. –y como si sólo pudiera entenderse del todo con la gente a la que acababa de conocer, agregó: –Puedo cambiarte la vida cuando quiera.

*Céline* embosca otros directorios y los arrastra, implacable, hasta los nichos digitales que habilitó para ese fin. Allí permanecerán por tres días. Una última oportunidad, piensa Leo, el anzuelo para recuperar una fotografía, un video, una captura de audio antes de la aniquilación final. Lo sorprende la eficacia de este nuevo virus. Los informes preliminares indican que se ha esparcido por la red con una facilidad asombrosa. Un desorden perfecto creciendo como un monstruo en la trama digital de la ciudad.

Afuera cae una lluvia rojiza.

Esa tarde se detuvo un momento para leer la pintura de guerra que Los Profetas de la Hora Seca habían escrito en las paredes del Ministerio. Las letras eran como siluetas de animales muertos. La policía había dispersado la manifestación unas pocas horas antes y ahora la cuadra entera estaba sumida en un sueño de catástrofe bíblica.

Avanzó por la avenida con las manos enfundadas en los bolsillos de la campera. Prefirió esquivar el grupo antimotines de la puerta principal, así que dio la vuelta entera al edificio. Un ordenanza con el uniforme marchito por el efecto del cloro concentrado en el agua corriente lo anunció y le avisó que los ascensores estaban fuera de servicio. Al pie de la escalera casi tropezó con un gato muerto, tapado a medias por el suplemento económico del diario del día.

Orbison estaba mirando por la ventana de su oficina cómo se consumían las carrocerías de los coches incendiados sobre la avenida. Se dio vuelta apenas lo escuchó entrar en la habitación. El traje azul impecable, la voz afinada y la piel brillante por los sucesivos tratamientos de neotenia lo hacían lucir incontaminado y perfecto.

–Lo que tiene esta ciudad es cansancio –dijo.



Leo se quedó callado porque tuvo la extraña impresión de que no estaba hablándole a él. Orbison lo enfocó con una mirada hinchada y sacó desde el fondo de su pecho el tipo de bostezo que podría esperarse de un maniquí.

–Ahí lo tiene –le dijo, señalando apenas con un movimiento de cabeza la carpeta color celeste que descansaba sobre su escritorio– el asunto del que le hablé.

Leo abrió la carpeta y la fotografía cayó a sus pies. Cuando la levantó, el rostro de Valeria penetró en él junto con el murmullo de la ciudad que ardía afuera.

–Hace meses que anda jodiendo –dijo Orbison–. Ya sabe muchas cosas y es demasiado inteligente para nuestros muchachos. Rastréela y avísenos. Nosotros nos encargamos del resto.

Se encontró otra vez en la calle como si hubiera sido tragado por una gruta submarina. Caminó hasta que le dolieron los pies y después se sentó en un café para revisar la carpeta. Cada dato parecía corresponder a una vida diferente. Objetos artificiales incrustados en el mapa de un mundo imaginario y al borde de la extinción. Se preguntó por qué ella había seguido haciendo ese tipo de trabajos a pesar de haberle prometido lo contrario. Entonces recordó. En el oficio lo llamaban “Síndrome de Kant”: el impulso y el deseo irrefrenables por destruir un sistema demasiado bello, demasiado perfecto.

Hay tanta luz blanca en la pantalla que por un momento la habitación parece iluminada.

El rostro de Valeria se abre paso a través de ese velo nuclear. Se le ofrece, sonriente pero falso, como entregándose al hambre de una memoria químicamente exacerbada. Es como si Leo planificara en un lenguaje artificial, inverosímil. Desde hace mucho tiempo sólo lo verdadero le resulta sospechoso.

Ella le pedía que no alzara la voz. Había entrado en un cuento de hadas.

Las instrucciones que ingresó por el teclado se disuelven en una marea gris. La regresión de un neurótico, el intento desesperado por lograr que rimen dos vidas paralelas. Piensa en esa playa y sus dedos se detienen. El remordimiento es una sombra que se mueve y cambia de lugar.

*Céline* ha vuelto. Leo apaga la computadora y la oscuridad en la habitación se vuelve total. Una ola rompe en su mente.





*“Los animales desaparecen de todas partes.  
En los zoológicos constituyen un  
monumento vivo a su propia desaparición...”  
John Berger  
“¿Por qué miramos a los animales?”*

Buenos Aires 8 de julio de 2110

Muy señores míos:

El motivo de la presente es comunicarles que en el día de ayer se ha desplomado parte del foso que rodea la zona correspondiente al parque temático Selva subtropical húmeda y que si bien se han reforzado los cimientos del ala derecha, ha sido imposible restaurar el resto de las instalaciones. Seguimos esperando que los técnicos vengan de tal forma que se pueda solucionar a la brevedad posible. Han pasado tres meses.

El único ejemplar de orangután asiático que nos queda ha sido trasladado de manera provisoria al área que aún se conserva intacta, a la jaula n° 34. De esta forma hemos podido evitar daños y perjuicios que hubieran supuesto una gran pérdida.

Sin otro particular, quedo a la espera de su respuesta.

Atentamente.

Horacio Raimondi.

Director del equipo técnico del zoológico de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Sabía que había sido en julio, aunque Ignacio dijera que habían mandado el mensaje en agosto. Imprimió una copia para mostrársela. Ignacio siempre confundía las fechas.

Se acercó a la ventana con la taza de café en la mano. Seguía lloviendo. Había apostado con él mismo a que hoy o mañana a más tardar, el bajorrelieve de la fachada del edificio del frente se caería. Escuchó la tos seca de su mujer en el dormitorio.

El cuerpo de la mujer tenía la oscuridad propia del desprendimiento, ya se le había caído parte de una mano y sólo le quedaban dos dedos aferrados a un ramo de flores. La porosidad de la piedra y la forma redondeada de los bordes del vestido lo estaban diciendo, no podía durar mucho más. Estaba a punto, pero no había sido hoy. Quizás mañana, o

pasado mañana. Ella tosió otra vez y al sonido de la persiana subiendo le siguió el de sus zuecos sobre el parquet.

–¿Querés un café? –El pelo largo recogido con un palito chino, los ojos un poco hundidos, y esa sonrisa constante que hacía perder el sentido de la risa. Como la lluvia, siempre igual.

–Ya he tomado uno.

Plegó la carta, la envolvió en un plástico y se la guardó en el bolsillo, al lado de las dos tarjetas.

–No lo hagas, no tiene sentido. Para qué, te vas a meter en líos –dijo ella.

Dejó la taza sobre la mesa, le dio un beso en la mejilla, se puso la capa y bajó las escaleras. Esquivó el edificio y desde el frente vio sus pequeños pies cargados de agua sobre el capitel. Apostó otra vez. Mañana se caería.

Llegó al puente que ya no era puente sino techo de casas y más casas de lata que sólo habían dejado un estrecho pasaje que estaba completamente inundado. El pibe estiró la mano, le dio una moneda y él quitó el palier que hacía de valla. Caminó sobre la tabla haciendo equilibrio.

–Gracias –dijo al llegar al otro lado.

No le contestó, puso otra vez el palier y se acostó en la hamaca que colgaba de las vigas del puente.

Eran ya las siete y media, el barro se le pegaba en las botas y no lo dejaba ir más rápido. Como en su sueño, cuando lo perseguían y quería correr pero los pies no se despegaban del suelo. Un sueño espantoso que lo hacía despertarse siempre empapado. Trató de acelerar, no estaba soñando y se hacía tarde. Se tocó el bolsillo del uniforme y constató que no se había olvidado las dos tarjetas.

A las siete y cuarenta llegó a la primera valla, metió la tarjeta en la ranura y la cruzó. Al menos de este lado la calle Santa Fe estaba asfaltada y era más fácil avanzar. Saludó con el brazo a los guardias del centro comercial. Los del banco dormían acodados en la escalera y en las casetas. Se secó la frente, se quitó las gotas de los párpados y caminó lo más rápido que pudo. Todavía le quedaban seis cuadras entre persianas bajadas, guardias de seguridad en la puerta de los grandes edificios y andamios. Habían dicho que estaban solucionando el tema de los derrumbes, y que la ciudad volvería a ser gobernable. Para eso, repetían, la habían dividido en cuarenta y siete distritos. Qué iban a decir. Al menos en el suyo tenían luz, podían hacerse un café, cumplir con los horarios, llegar a tiempo.

Casi veinte años haciendo el mismo recorrido a la misma hora y viendo cómo el agua se iba llevando todo. Aunque la verdad era que la lluvia no tenía fuerza para arrastrar de un golpe los restos. Su constancia pudría y corroía poco a poco. Otra cosa sería una inundación total, un barrimiento, un diluvio a la Noé, cualquier cosa, pero ni eso. Lluvia suave, lenta, que hinchaba, pudría y hacía que la ciudad entera fuera un recipiente con las paredes careadas.

Pascal decía que las moléculas de un líquido, al estar sueltas no sólo ejercen presión hacia abajo (el fondo, –o sea él mismo–) sino sobre las paredes del recipiente que lo contiene (o sea la ciudad entera) y la presión que se ejerce sobre un punto de un líquido se transmite íntegramente y con la misma intensidad en todas direcciones. Y pensar que lo había dicho hacía tanto tiempo, sin saber que un día los edificios de Buenos Aires serían como vasos comunicantes bajo la constante presión de los líquidos. Como si el río se estuviera vaciando desde el cielo. Manso y sin apuro.

Saltó un charco y cambió de acera. En el barrio ya lo habían aceptado y nadie se preocupaba. La desaparición era habitual. Cada tanto se hundía un trozo, aparecía el socavón y en el socavón crecían camalotales y musgos, en el musgo aparecían nuevos insectos y los nuevos insectos anidaban en el agua y en los recovecos de las cloacas. Quizás los cocodrilos, la anaconda y las tortugas también andaban por ahí, salvados de los vocingleros guías de antes que recitaban cuentos de Quiroga cuando los mostraban al público en el parque temático ribereño. Seguro que en libertad la anaconda y todos los reptiles fugados estaban mejor, aunque en la contabilidad del año anterior faltaran casi doscientos. La lluvia era todo, un problema.

Pero él la había peleado y estaba de este lado. Sólo tenía que cruzar un puente que no era de los peores. Más allá estaban los puentes difíciles y la fauna que vivía bajo los puentes difíciles. No podían dejar que se acercaran. Los chicos corrían en hordas y la semana pasada por fin habían conseguido llevarse las tres cabras, las últimas cabras del parque temático montaños. Si él hubiera estado de guardia, les hubiera pegado dos tiros, a ver si se llevaban o no las cabras. Hordas sin ninguna noción de futuro, porque cómo explicarles que ya habían hecho un acuerdo para mandarlas al zoológico de Boston, que había ofrecido un buen precio. Con eso al menos hubieran podido restaurar parte del edificio central que se estaba cayendo. Hinchado, obeso de agua. ¿Pero qué sentido de futuro se les podía pedir a esos muertos de hambre?

Cruzó en diagonal Plaza Italia, esquivó los arroyos y los charcos y a las ocho en punto llegó a la puerta del zoológico. Puso la tarjeta en el visor y atravesó la reja que se abrió enseguida a pesar del óxido.

Ignacio lo saludó con los ojos sin despegar los labios de la bombilla. Todavía conseguía yerba y a veces le regalaba algún paquete, según el humor o el reuma que tuviera. Se cambió de botas y se sentó en su escritorio. Abrió la carpeta, revisó las firmas, constató que los cuidadores todavía no habían llegado y lo miró.

–Debe haberse vuelto a inundar el cruce –dijo y se cebó otro mate.

Ya le había hablado de la ecuación de Pascal, pero no la aceptaba. Eso es precámbrico, decía. También le había hablado de la necesidad de

permanecer, de no diluirse como se diluía todo, le había dicho que en algún momento la presión de los líquidos cedería y todo volvería a ser como antes, lo único diferente sería que el río llegaría hasta ellos y serían una isla más del delta. Tenían que estar preparados para eso. La presión del líquido se expande cuatro veces más, es de uno a cuatro, Ignacio. Pero aquí estamos seguros, será una buena isla. Grande, verde, y aunque nos quedan pocos animales, vendrán otros. Ya verás.

–Un día dejará de llover. –Le dejó la copia de la carta en su escritorio.

–Ni vos ni yo lo vamos a ver.

–Hay que reclamar otra vez. La mandamos en julio, como te había dicho.

Una nube de mosquitos flotaba contra los cristales. Las Ipomeas estaban abiertas y la nube acelerada, como si supiera que el tiempo era corto. Más todavía. Si antes nacían, crecían y se reproducían en dos o tres días, ahora cumplían el ciclo en veinticuatro horas. Volvió a su mesa y abrió el libro.

–Eso se escribió hace más de cuatro siglos y suena a religión, hermano –comentó Ignacio, caminó hacia la puerta y se quedó mirando la calle.

Tampoco hoy vendría nadie. No era capaz de imaginar ni quería imaginar ningún futuro. Apenas era capaz de organizar los diez minutos siguientes a este y saber que seguiría allí durante las ocho horas de cada día. Sólo era capaz de suponer y de desear que en el futuro se hicieran cosas completamente distintas a las que se hacen hoy. No sabía cuáles. Cortó algunas ramas que pugnaban por trepar al marco de la puerta.

–No ves cómo crecen. Es un disparate.

Horacio no lo escuchaba, leía esos manuales viejos, inútiles para explicar la falla, la pérdida de un polo en el cierre de un ciclo. La constancia asusta, el agua cae con una obstinación que uno no sabe a qué atribuir y llueve sin cesar desde hace quince años. El sol sale, evapora el agua en tres minutos y después llueve, durante casi todo el día llueve.

–Ayer hubo un arco iris circular. Completamente circular, alrededor del sol- le dijo, pero Horacio siguió leyendo. –Y si hay algún futuro seguro que será aquel que haya sido capaz de acabar con todo esto. Incluso comprendo la necesidad de olvidarnos como si fuéramos la peor pesadilla. El punto álgido del crimen. El asesino ingenuo, o que pretende ser ingenuo mientras camina sobre cadáveres. Y si no, decime ¿Qué estamos haciendo aquí vos y yo?

–No me hables así –Levantó la vista del libro y se acercó a la puerta. Llovía con ráfagas de viento.

–Entonces, no te hagas el boludo, no mandarán a nadie –Ignacio levantó la carta y la agitó en el aire.

–Y qué querés que haga.

–Saber, al menos saber. Decir que no. Con eso me conformaría.

Horacio se puso la capa. Qué más quería que supiera. Algún día tenía que dejar de llover. De eso estaba seguro. Y el resto era sólo mientras tanto.

–Hacelo de una vez, cuántas cartas más quieres que mandemos– dijo Ignacio, con ese tono de sabio viejo que conseguía irritarlo.

Salió de la oficina. Si lo hacía iban a cerrar. Tendría que estar metido en su casa y oír toser la humedad pulmonar de cada día, a cada hora.

Caminó sobre los charcos, cruzó el puente colgante, y entró al parque temático del bosque subtropical húmedo. La ladera seguía drenando agua y si los técnicos no venían se derrumbaría del todo. Rodeó el socavón y fue hasta la despensa. Cargó el pasto y los cereales en la carretilla y los llevó a la jaula 34.

Garúa estaba sentado sobre la roca y se acariciaba las manos. El pelo empapado le caía sobre la cara.

–¿Por qué no te has metido bajo los aleros? –descargó la carretilla en la batea. Esperó que reaccionara, que tuviera hambre, que le hiciera algún gesto.

–Hace frío, si seguís ahí sentado te vas a resfriar y los veterinarios no van a venir nunca. Vení Garúa, come algo.

Garúa alzó los ojos en medio de sus largos pelos rojizos, después bajó la cabeza y se rascó una pata. Volvió a acariciarse una mano con la otra, pero no se movió.

–Los cuidadores no han podido llegar, pero te traje los cereales más secos que encontré. Pronto va a dejar de llover. Lo se, todo tiene que ver con la presión de los líquidos. Cuando no hay presión, se contraen. Pasará, no falta mucho tiempo. Vení, comé.

Horacio se sentó bajo el alero de la jaula y buscó un cigarrillo en el bolsillo interior del saco. Estaba húmedo, pero consiguió encenderlo. Garúa observó el humo. Le hizo los aros que ascendieron lentos en el aire. Siempre le habían gustado las volutas del humo. Antes las deshacía con la mano y saltaba.

Lo miró sin ninguna curiosidad y siguió encaramado en su roca. Como un dios colorado y peludo, sin apuro, seguro de que estaba ahí para siempre, que nada de lo que sucedía le interesaba, un dios que ya había superado cualquier necesidad y sobre todo cualquier deseo.

La lluvia se había adelgazado y parecía que el sol quería salir aunque fuera unos instantes. Miró hacia las altas copas de los árboles. Garúa también miró hacia arriba otra vez. Una urraca revoloteó y graznó a la espera de algo, como ellos. O como él, porque Garúa no parecía esperar nada. Ausente, completamente ausente.

–Te la dejo abierta– le dijo y caminó hacia la puerta de la jaula.

Garúa lo miró y continuó inmóvil. Abrió la puerta, la movió varias



veces para que entendiera que estaba sin llave, que no iba a cerrarla, que no tenía sentido cerrar nada más, que ahí estaban el camino, los puentes, la ciudad, el río y quién sabe si algún trozo de selva no acotada.

–Me voy. Está abierta– volvió a mover la puerta sobre las bisagras oxidadas.

Era un dios, porque ya ni lo escuchaba. Ni hizo nada, ni esperaba nada. Quizás Ignacio tenía razón, no podía haber inocencia, no, a esta altura del paseo nadie podía ser inocente. Y quién se iba, quién se podía ir y adónde.

Dio unos pasos y fue entonces cuando le pareció que Garúa levantaba el brazo rojo, ese hermoso y gran brazo con manos prensiles y lo saludaba, o era él quien estaba levantando el brazo bajo la lluvia que no cesaba de caer, fina y constante.



**Ricardo Piglia**  
**Jorge Accame**  
**Ariel Bermani**  
**Oliverio Coelho**  
**Marcelo Cohen**  
**Pablo De Santis**  
**Jorge Di Paola**  
**Juan Forn**  
**Elvio E. Gandolfo**  
**Angélica Gorodischer**  
**Daniel Guebel**  
**Luis Gusmán**  
**Juan Diego Incardona**  
**Federico Jeanmaire**  
**Martín Kohan**  
**Alberto Laiseca**  
**Guillermo Martínez**  
**María Moreno**  
**Sergio Olguín**  
**Claudia Piñeiro**  
**Federico Romani**  
**Sara Rosenberg**

